

Acequías

55

AÑO 14/PRIMAVERA-VERANO 2011
Universidad Iberoamericana Torreón

REVISTA DE DIVULGACIÓN ACADÉMICA Y CULTURAL

Cine en La Laguna

**Del exhibicionismo
ambulante
a los cines de barrio**

MARY CARMEN RODRÍGUEZ Y BRENDA AGUILAR

**Árida cartelera:
la absurda distribución
cinematográfica
en La Laguna**

MIGUEL BÁEZ DURÁN

**Breviario histórico
de las salas de cine
en la Comarca Lagunera**

BRENDA ESTELA AGUILAR RODILES

**Recomendación
de alguien
que no es experto
en cine**

DANIELA CONTRERAS

La espera

GABRIELA GARCÍA SOTO



IBERO
TORREÓN®



Héctor Acuña Nogueira, SJ
RECTOR

Zaide Seáñez Martínez
DIRECTORA GENERAL EDUCATIVA

Andrés Rosales Valdés
DIRECTOR GENERAL EDUCATIVO

Alberto González Rodríguez
DIRECTOR DE RELACIONES INSTITUCIONALES

Acequias

WWW.IBEROTORREON.EDU.MX/ACEQUIAS
acequias@iberotorreon.edu.mx

Julio César Félix Lerma
DIRECTOR DE ACEQUIAS

Jorge Reza Alba
Juan Manuel Torres Vega
Carlos Portal Salas
Ricardo Ramírez Vargas
Raúl Blackaller
Diana Leticia Nápoles Alvarado
COMITÉ EDITORIAL

María Amparo Arjona Granados
DISEÑO

María Amparo Arjona Granados
ILUSTRACIONES

Edición Primavera-verano/ junio 2011, sexta época, año 14.
Es una revista publicada y distribuida por la oficina de difusión editorial dependiente de la Dirección de Relaciones Institucionales de la Universidad Iberoamericana Torreón. Su distribución es gratuita. Acequias se publica cuatro veces por año.

Sugerencias y colaboraciones:
Esperamos tus participaciones, anuncios o correspondencia en la Oficina de Difusión Editorial
Universidad Iberoamericana Torreón
Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila.
Edificio B planta baja.
Teléfono: _(871) 705 10 10 ext. 1135
e-mail: acequias@iberotorreon.edu.mx

Número de reserva al Título en Derechos de Autor: 04-2006-0327161622900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825 y Número de Certificado de Licitud de Contenido: 8708 otorgados por la Secretaría de Gobernación.
Las opiniones vertidas en los artículos de esta revista no representan en ningún modo la postura institucional de la Universidad. Son juicios de la estricta responsabilidad de los autores.

EDITORIAL

Hoy llegamos al número 55 de Acequias. Revista de divulgación académica y cultural de la Universidad Iberoamericana Torreón. Este 2011 entramos al catorceavo año de un proyecto que pretendía "irrigar con sus aguas las letras y el pensamiento de la Región Lagunera". Hoy es una realidad que promueve y difunde trabajos de reflexión, de investigación y de creación en La Laguna, así como en diversas partes del país, y en más de 12 países de América Latina.

Correspondiendo a los principios de la Universidad de que "es una comunidad crítica que tiene como Misión ofrecer una cosmovisión humanista orientada a construir un México más justo y en armonía con su entorno", desde Acequias abrimos el diálogo con los lectores para entre todos construir una sociedad crítica, pensante e incluyente.

Esta edición de Verano lleva como eje temático "Cine en La Laguna". Aparecerá una entrevista con don Francisco Murra y un brevariario histórico sobre los cines de barrio en la Comarca Lagunera, escrito por Brenda Aguilar Rodiles; un interesante artículo sobre la distribución cinematográfica en La Laguna por Miguel Báez Durán y otros textos donde se recomiendan algunos títulos clásicos del séptimo arte.

Podrán leer también textos de temas diversos en nuestras secciones habituales: Narrativa, Artículo, Ensayo, Muestra del Taller Literario, Reseñas, Poesía. Escriben Gabriel Trujillo Muñoz sobre la literatura policiaca mexicana; Raúl Olvera Mijares un excelente ensayo a partir de una cinta originalmente alemana y recientemente rodada en inglés; Carlos Martín Briseño nos envía desde Mérida un cuento de su afilada pluma; poesía de Adán Echeverría y de Margarita Ríos Farjat, y más...mucho más.

Espero disfruten este número.

Julio César Félix
Director

Entrevista

DEL EXHIBICIONISMO AMBULANTE A
LOS CINES DE BARRIO
MARY CARMEN RODRÍGUEZ Y BRENDA AGUILAR

Cine en La Laguna

ÁRIDA CARTELERA:
LA ABSURDA DISTRIBUCIÓN
CINEMATOGRAFICA EN LA LAGUNA
MIGUEL BÁEZ DURÁN

BREVE HISTORIA DE LAS SALAS DE
CINE EN LA COMARCA LAGUNERA:
DE LAS CARPAS A LOS COMPLEJOS
MÚLTIPLES
BRENDA ESTELA AGUILAR RODILES

RECOMENDACIONES DE UNA
INEXPERTA EN CINE
DANIELA CONTRERAS

LA ESPERA
GABRIELA GARCÍA SOTO

Narrativa

CARONTE
JULIO MEJÍA III

EN EL VALLE DE CUATRO CIÉNEGAS
ALBERTO TRIANA

LA PEONÍA MULTICOLOR
IVÁN MEDINA CASTRO

EL CIELO PERDIDO
CARLOS MARTÍN BRISEÑO

Ensayo

LA LITERATURA POLICIACA
MEXICANA: UN CASO ABIERTO
GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

ESPIRITUALIDAD POSMODERNA
RAÚL OLVERA MIJARES

LA HUELLA DEL MAESTRO
JUAN DE DIOS RIVAS CASTAÑEDA

LA MUTACIÓN DE LA PARRICIDA QUE
SUSCRIBE
BRENDA NAVARRO

TRAS LAS HUELLAS DE ANDREA
PALMA
MARÍA ROSA FISCAL

¿POR QUÉ SE HA OLVIDADO EL SER
HUMANO DE DIOS?
JOSÉ ALFREDO ESTRADA

MTL

3

ESCENARIO ACTUAL
PAULINA MEZA FONSECA

SUEÑO DE MUERTE
HUGO RIMADA

Poesía

QUE NO SE ACOSTUMBRE EL PIE A
PISAR EL MISMO SUELO.
ADÁN ECHEVERRÍA

REGRESO A LA CALLE TREVIÑO.
MARGARITA RÍOS FARJAT

Reseña (libros)

HABLA DE LO QUE PERDISTE EN EL
CAMINO
ALEXIS DE GANGES

LA LUJURIA HA SIDO DENIGRADA
DANIEL LOMAS

Artículo

MARIHUANA: EL DESPERTAR DE LOS
SUEÑOS MUERTOS.
MARIELA FRANCO PORTILLO

LOS 50 MÁS PODEROSOS DE LA CLASE
POLÍTICA AUTÓCTONA (COAHUILA)
JORGE E. REZA ALVA

Acequias

4

Es una revista de literatura y crítica cultural que aparece cuatro veces al año, paralela a las estaciones: en primavera -verano (junio), otoño (septiembre) e invierno (diciembre); editada por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón.

Se llama Acequias porque es una palabra con la cual se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, porque remite a la feracidad del agua vertida en el desierto y, además, porque este vocablo sugiere, entre sus grafías interiores, las siglas de la UIA: acequias.

Con este número Acequias llega a los 55 números ininterrumpidos.

Acequias te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros y otros textos de creación literaria.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio: se recomienda que el tamaño de la letra sea de 12 puntos. Los textos deberán ir acompañados, en hoja por separado, de la siguiente información:

Nombre del autor, brevísimas referencias curriculares y autorización para agregar su dirección electrónica en la ficha de autor.

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia del autor, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, extensión y cupo. Los artículos que así lo requieran, recibirán corrección

de estilo. Debido a la gran cantidad de textos candidatos a publicarse el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores por ninguna vía.

Los materiales propuestos para su publicación deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la UIA Torreón. También pueden entregarse directamente al editor o enviarse a la dirección electrónica

acequias@iberotorreon.edu.mx

Sitio electrónico:
www.iberotorreon.edu.mx/acequias

Acequias se encuentra inscrita en los catálogos de Latindex (Sistema Regional de Información en línea para revistas científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal),

<http://www.latindex.unam.mx>



Colaboradores de este número

ADÁN ECHEVERRÍA

MÉRIDA, YUCATÁN (1975). ESCRIBE POESÍA Y CUENTO. BIÓLOGO CON MAESTRÍA EN PRODUCCIÓN ANIMAL TROPICAL POR LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN (UADY). INTEGRANTE DEL CENTRO YUCATECO DE ESCRITORES, A.C. AUTOR DE LOS POEMARIOS EL ROPERO DEL SUICIDA (EDITORIAL DANTE, 2002), DELIRIOS DE HOMBRE AVE (EDICIONES DE LA UADY, 2004) Y XENANKÓ (EDICIONES ZUR-PACMYC, 2005). ADANIZANTE@YAHOO.COM.MX

BRENDA AGUILAR RODILES

TORREÓN, COAHUILA. LICENCIADA EN COMUNICACIÓN Y MAESTRA EN ADMINISTRACIÓN Y ALTA DIRECCIÓN POR LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN. ACTUALMENTE ES MAESTRA DE CÁTEDRA EN EL DEPARTAMENTO DE LETRAS DE LA PREPARATORIA ITESM Y EN EL ÁREA DE HUMANIDADES EN LA SECUNDARIA TERCERA. HA SIDO CONSULTORA EMPRESARIAL PARA LA PEQUEÑA Y MEDIANA EMPRESA EN CRECE COAHUILA. B _ RODILES@YAHOO.COM

BRENDA NAVARRO

CIUDAD DE MÉXICO, EGRESADA DE LA CARRERA DE SOCIOLOGÍA POR LA UNAM, BECARIA DE LA ESCUELA DE ESCRITORES SOGEM-PUEBLA EN 2009. ACTUALMENTE CURSA EL DIPLOMADO DE CREACIÓN LITERARIA EN EL CENTRO DE CREACIÓN LITERARIA XAVIER VILLARRUTIA EN LA CIUDAD DE MÉXICO. ASPIRA A SER HUMANA Y NO MORIR EN EL INTENTO. BRENDANAVARRO.@YAHOO.COM.MX

CARLOS MARTÍN BRICEÑO

NACIÓ EN MÉRIDA, YUCATÁN, EN 1966. NARRADOR. PREMIO NACIONAL DE CUENTO BEATRIZ ESPEJO 2003. PREMIO NACIONAL DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN 2004, EN CUENTO. MENCIÓN DE HONOR EN EL CERTAMEN NACIONAL DE CUENTO SAN LUIS POTOSÍ 2008. HA PUBLICADO LOS LIBROS DE CUENTOS AL FINAL DE LA VIGILIA (EDITORIAL DANTE, MÉRIDA 2003; SEP COLECCIÓN EL ESPEJO DE URANIA, MÉXICO, DF, 2006) Y LOS MÁRTIRES DEL FREEWAY Y OTRAS HISTORIAS (FICTICIA EDITORIAL, MÉXICO DF, 2006 Y 2008) Y CAÍDA LIBRE (FICTICIA EDITORIAL, MÉXICO DF, 2010). ACTUALMENTE IMPARTE TALLERES DE NARRATIVA EN SU CIUDAD DE ORIGEN. CMARTINBRI@HOTMAIL.COM

DANIEL LOMAS

TORREÓN, COAHUILA, 1978, ES LICENCIADO EN DERECHO POR LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN. POEMAS Y CUENTOS SUYOS FUERON INCLUIDOS EN LOS LIBROS COLECTIVOS HOY NO SE FÍA Y MAÑANA TAMPOCO. EL POEMARIO UNA COSTILLA DE LA NOCHE ES SU PRIMER LIBRO INDIVIDUAL. VIEJODONGATO@HOTMAIL.COM

DANIÉLA CONTRERAS

ALUMNA DEL SEXTO SEMESTRE DE LA LICENCIATURA EN COMUNICACIÓN EN LA IBERO TORREÓN. COLABORÓ EN LA ASOCIACIÓN DE SOCIEDAD DE ALUMNOS (ASA) EN EL PERIODO DE OTOÑO 2010/PRIMAVERA 2011. DANIC _ ACG@HOTMAIL.COM

FABIO ALEXIS DE GANGES

SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS, CHIAPAS. 1980. MAESTRO EN LITERATURA IBEROAMERICANA POR LA IBERO PUEBLA. TIENE UN LIBRO DE CUENTOS TITULADO "SÓLO LAS CENIZAS", PUBLICADO POR LA UNICACH. MENCIÓN HONORÍFICA EN LOS CONCURSOS DE RELATOS MANO DE OBRA Y SERGIO PITOL. HA OBTENIDO EN CUATRO OCASIONES EL ESTÍMULO DE JÓVENES CREADORES (DOS EN VERACRUZ Y DOS EN CHIAPAS). AHORA ESTÁ ESCRIBIENDO UNA NOVELA FORMADA POR 12 RELATOS INTEGRADOS (EL OCEANO INTERIOR). ACTUALMENTE TRABAJA EN EL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA. FINDEPARTIDA2@HOTMAIL.COM

GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

(MEXICALI, BAJA CALIFORNIA, 1958) ES UNO DE LOS MÁS PROLÍFICOS ESCRITORES DE MÉXICO. EN SU LITERATURA, CONSTANTEMENTE INCLUYE EL TEMA DE LA FRONTERA, ESE ESPACIO TAN FECUNDO EN INTERPRETACIONES E INTERCAMBIOS A AMBOS LADOS. SOCIO FUNDADOR DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA, CREADA EN 1992 PARA PROMOVER EL ARTE FANTÁSTICO EN MÉXICO. SU MÁS RECIENTE NOVELA TRENES PERDIDOS EN LA NIEBLA, JUS, 2010. GTMMX@HOTMAIL.COM

GABRIELA GARCÍA SOTO

TORREÓN, COAHUILA, 1989. ESTUDIANTE DE LA LICENCIATURA EN COMUNICACIÓN EN LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN. OBTUVO EL PREMIO ESTATAL DE PERIODISMO ESTUDIANTIL EN EL 2010, EN LA CATEGORÍA DE REPORTAJE CULTURAL, POR SU TRABAJO MÁS QUE ES. GABYGARCIA _ 237@HOTMAIL.COM

HUGO RIMADA

INGENIERO EN ELECTRÓNICA Y COMUNICACIONES (IBERO TORREÓN), BAJISTA POR DON DIVINO, Y POR VOCACIÓN. ACTUALMENTE ES PROFESOR DE INGLÉS COMO LENGUA EXTRANJERA Y PROFESOR DE CIENCIAS EN EL TECNOLÓGICO DE MONTERREY. HA PUBLICADO CUENTOS CORTOS EN LAS ANTOLOGÍAS "PALABRAS SIN PIEL" E "INNOMBRABLE FANTASÍA" DE EDICIONES SHAMRA, Y EN LA REVISTA VIRTUAL ALENARTE. HUGORIMADA@HOTMAIL.COM

IVÁN MEDINA CASTRO

MÉXICO, DF, 1974. MAESTRO EN NEGOCIOS INTERNACIONALES POR EL ITESM -INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MONTERREY. CIUDAD DE MÉXICO. MEDINAC@SCT.GOB.MX

JORGE EDUARDO REZA ALVA

ACTUALMENTE ES COORDINADOR DE DESARROLLO INSTITUCIONAL EN IBERO TORREÓN. JORGE.REZA@IBEROTORREON.EDU.MX

JOSÉ ALFREDO ESTRADA

PSICÓLOGO POR LA ESCUELA LIBRE DE PSICOLOGÍA A.C., CHIHUAHUA. PP _ ESTRADA9@HOTMAIL.COM

JUAN DE DIOS RIVAS CASTAÑEDA

TORREÓN, COAHUILA, 1976. MIEMBRO DEL TALLER "APRECIACIÓN Y CREACIÓN LITERARIA" IMPARTIDO EN EL ICOCULT LAGUNA EN 2006 Y 2007. MENCIÓN HONORÍFICA EN EL PREMIO ESTATAL DE CUENTO SAN ANTONIO DE LAS ALAZANAS 2007, CONVOCADO POR EL ICOCULT SALTILLO. ACTUALMENTE INTEGRANTE DEL "DIPLOMADO EN LETRAS" IMPARTIDO POR LA DIRECCIÓN DE CULTURA DE TORREÓN EN COORDINACIÓN CON LA UAL. RIVASJUAN03@HOTMAIL.COM

JULIO MEJÍA III

TORREÓN, COAHUILA, 1990. ESTUDIA LETRAS EN LA UNIVERSIDAD DE MONTERREY. CO-AUTOR DEL LIBRO *MI ESCULTURA DE VIDA* (2009). PONENTE EN EL III COLOQUIO DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN (2010). GALARDONADO EN LA SEGUNDA EDICIÓN DEL CERTAMEN "PALABRAS QUE CUENTAN" DE LA UNIVERSIDAD DE MONTERREY (2010). PUBLICADO POR EL GRUPO "VIVE INTELIGENTE" (2011).
JULMEJ90@GMAIL.COM

6

MARGARITA RÍOS-FARJAT

(MONTERREY, NUEVO LEÓN). ABOGADA CON MAESTRÍA EN DERECHO FISCAL; BECARIA DEL CENTRO DE ESCRITORES DE NUEVO LEÓN (1997-1998). AUTORA DE LOS POEMARIOS *SI LAS HORAS LLEGARAN PARA QUEDARSE* (OFICIO EDICIONES, 1995) Y *CÓMO USAR LOS OJOS* (COEDICIÓN DEL CONARTE Y LA EDITORIAL BONOBOS, 2010).
ANA.MARGARITA@PRODIGY.NET.MX

MARÍA ROSA FISCAL

NACIÓ Y VIVE EN DURANGO. ESTUDIÓ LA CARRERA DE LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, DE LA UNAM, ASÍ COMO LA MAESTRÍA EN LETRAS IBEROAMERICANAS. FORMÓ PARTE DEL PERSONAL DOCENTE DEL CENTRO DE ENSEÑANZA PARA EXTRANJEROS (UNAM) DURANTE DIECIOCHO AÑOS Y, EN DURANGO, COLABORÓ CON LA UNIVERSIDAD JOSÉ VASCONCELOS COMO PROFESORA DE LITERATURA Y SEMIÓTICA. SUS PUBLICACIONES MÁS RECIENTES SON LOS DOS TOMOS DE *EL AROMA DE LA NOSTALGIA Y SABORES DE DURANGO*, PUBLICADO EL PRIMERO POR EL CONACULTA (2005) Y EL SEGUNDO POR EL INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE DURANGO (2009). HA RECIBIDO VARIOS RECONOCIMIENTOS POR SU LABOR DE DIFUSIÓN DE LOS ESCRITORES DURANGUEÑOS ALLENDE LAS FRONTERAS DEL ESTADO. COLABORA ACTUALMENTE CON LAS REVISTAS *REDACCIONES*, PUBLICADA POR LA RED DE ESCRITORES INDEPENDIENTES DE DURANGO, *DURANGO DIVERTIMIENTO* Y *CONTRALÍNEAS*.
MRFISCAL@HOTMAIL.COM

MARIELA FRANCO PORTILLO

(LEÓN, 1988). ACTUALMENTE CURSA EL 6TO. SEMESTRE DE LA CARRERA DE PSICOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA LEÓN.
MARIELA.FRANCO@HOTMAIL.COM
MIGUEL BÁEZ DURÁN
MONTERREY, NUEVO LEÓN, 1975. LICENCIADO EN DERECHO POR LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN. RADICA EN QUÉBEC DESDE 2004. ES MAESTRO EN LETRAS ESPAÑOLAS POR LA UNIVERSIDAD DE CALGARY. SU MÁS RECIENTE TÍTULO ES *MIEL DE MAPLE* (CUENTO).
MBAEZDURAN@YAHOO.COM.MX

PAULINA EUNICE MEZA FONSECA

CHIHUAHUA, CHIH, 1990. ESTUDIANTE DEL 4º SEMESTRE DE DISEÑO INDUSTRIAL EN LA IBERO TORREÓN. MIEMBRO DEL GRUPO DE CANTO DE JAZZ DE LA IBERO. DISFRUTA LEER, ESCRIBIR Y VIAJAR.
PAU.MEZA@HOTMAIL.COM

RAÚL OLVERA MIJARES (SALTILLO, 1968)

CURSÓ ESTUDIOS DE FILOSOFÍA EN MONTERREY Y EL PRINCIPADO DE LIECHTENSTEIN. AUTOR DE UNA OBRA QUE COMPRENDE NOVELAS, ENSAYOS, CUENTOS, TEXTOS BREVES, PIEZAS DE TEATRO Y TRADUCCIONES. HA PUBLICADO EN *LA JORNADA SEMANAL*, *LA TEMPESTAD*, *MILENIO*, *REPLICANTE*, *TIERRA ADENTRO*, *AXIOMATHES* DE LA UNIVERSIDAD DE TRENTO, *ANUARIO FILOSÓFICO* DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, *LA SIEGA DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA*, *ARMAS Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN* Y *LUVINA* DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA. *PUNTOS CARDINALES* (CONACULTA 2003) Y *DRAMATURGÍA DE MONTERREY* (UNIVERSIDAD DE DURANGO, 2007) SON SUS LIBROS MÁS RECIENTES.
MILIUM@YAHOO.COM

Del exhibicionismo ambulante a los cines de barrio.

Entrevista a Francisco Murra ⁷
Brenda Aguilar Rodiles y Mary Carmen Rodríguez

El señor Francisco Murra fue propietario de dos cines de barrio en la Comarca Lagunera, ambos llamados Magali. Uno de ellos estaba situado en la colonia Vicente Guerrero, en Torreón, Coahuila y el otro, en la vecina ciudad de Lerdo, Durango.

En esta entrevista narra su experiencia como exhibicionista ambulante en diversos lugares y posteriormente como propietario de los cines mencionados.

Mi primer cine fue un botellón de agua transparente...cortaba todos los días las tiras cómicas que salían en el periódico: la de Tarzán, el Fantasma, el Ratón Miguelito, etc. Hacía un rollo grande, y se los pasaba. Yo tenía a un montón de muchachas que iban y les cobraba, creo que dos centavos, porque como buen árabe sí me gusta el arte, pero siempre también me gusta recibir algo... Eso es lo primero que me acuerdo, porque siempre desde chico me ha gustado el cine... Después, conseguí un aparato que tenía dos orificios o agujeros, como usted quiera decirle, la película era de este tamaño (y lo sdimensiona con sus manos), pero era doble, entonces *Tarzán* se veía, en el de arriba, que traía una lanza, se tapaba ese y se veía que mataba al león... Entonces (se ríe), se veía brutal, no sé en donde lo conseguimos eso... después, ¿cuál otro siguió? después,



DESDE MUY JOVEN, FRANCISCO MURRA
COMENZÓ SU AFICIÓN POR EL CINE...

bueno de 8 milímetros... una película delgadita, yo tenía una camarita para tomar a la familia... Me gustó siempre eso...

¿En qué año fue esto que nos platica?

Es que aunque ustedes no lo crean, tengo 75 años, y si Dios me deja vivir, el día 8 del mes que viene cumpla 76... Entonces, pos aquello que les platico, pos cuando menos hace... que empecé con esas cositas, unos 65 años...

¿Era la época de las carpas?

8 Sí (pensativo)... Es que yo era tremendo... Hacía títeres, peleas de box... ellos se peleaban y yo era el que cobraba (risas)... Y fiestas tan importantes, que los comercios de allá de mi pueblo, yo nací en Matamoros, Coahuila... Dos o tres comerciantes, cerraban esa tarde para ir a mi festival que yo preparaba... Desde chico he salido en fiestas, ¡desde chiquillo!... Fui presidente de la Vanguardia del A.C.J.M... (Asociación Cristiana de Jóvenes Mexicanos), a lo mejor eso no les interesa, es que si yo me suelto hablando... Mejor ustedes díganme... si lo que quieren es saber de lo del cine, pues yo sinceramente, tenía dibujos de caricaturas, pegaba un rayito de sol por la casa de un vecino, y proyectaba yo en la pared... Me gustaba mucho todo lo que fuera proyección... Por eso después, seguí con ese que estaba doble, creo que soy el único que lo ha tenido... Y luego...

Pero, ¿por qué le empezó a gustar el cine? ¿cuándo fue la primera vez que entró a un cine y vio una proyección?

Mire, yo estaba en una escuela... Yo nada más cursé hasta sexto año, porque pasamos una situación económica muy dura: murió mi padre cuando yo tenía cuatro años... Pero a mí eso del cine me ha encantado siempre, por eso es que estuve metido en eso... Luego ya en ocho (milímetros), y luego ya en dieciséis (milímetros)... Y proyectaba en Parras, con las monjitas, una hermana de mi señora, porque pos querían que les pasara películas... Luego aquí, en Torreón Jardín (se refiere a la colonia residencial de Torreón, Coahuila) en el salón Claret, les exhibía yo películas a los muchachos, siempre que fueran al catecismo, entonces era como premio... Y llenaba yo aquella sala... Todavía está la misma... Y luego iba al colegio Torreón Jardín, fuimos nosotros (su señora y él) ahí, presidentes de la sociedad de padres de familia durante dos años, igual que en la Pereyra. Y donde pudiera yo andaba con mis cinitos exhibiéndolos... Y los domingos los llevábamos a los ejidos a exhibirles a los chavitos, si yo no paraba... me movía para todos lados... Y luego, aquí va el por qué entré al cine... Con mi aparato de 16 milímetros pasaba películas de las que pasaban en los cines grandes, el señor Villalobos, que Dios quiera que viva todavía y no creo, era el gerente de muchos cines, de casi todos... Y él se molestaba mucho porque se dio cuenta que yo en los barrios estaba exhibiendo Marcelino, pan y vino... ¿cómo, cómo le hace ese señor! ¿quién es?, pos ya le dijo el señor Ledesma que rentaba las películas... ¿Cómo, pero cómo le hace? En el barrio fulano están exhibiendo "Marcelino, pan y vino", y acá también la están exhibiendo, ¿pos cuántas películas le rentaste si no hay más que una? ¿cómo le hacen? Pos yo le hice, mandaba en bicicleta a uno y llévate este rollo, y al otro pos pásales estos de caricaturas... mientras... Bueno, bueno, yo no sé cómo le hacía, pero llegó un momento en que a pesar de la amistad que yo tenía con don Juan M. Borjón, líder de los cinematografistas, que este... pos me acorralaron, me citaron y me dijeron: pos Paco lo sentimos mucho pero... o te metes al cine profesional o sales pa' fuera... Ya no te vamos a poder rentar películas así... Y entonces abrí un cine en la Vicente Guerrero y le puse el nombre de mi hija mayor: Magali, se llamaba cine Magali.

Cuando andaba de "ambulante", ¿qué otros cines había en Torreón?

Pues el cine México, el cine Victoria, esos eran de los "orilleros" como yo, que no tenían ni nombre... El cine Princesa, el cine Torreón, el cine Modelo, Cinelandia, el Cinelena, el Royal que después fue el Variedades, le cambiaron el nombre... Ahí también actué yo en una obra de teatro muy bonita... En dos, en una de ellas conocí a mi esposa...

Bueno, era el cine Magali y ¿qué otro cine tenía en Lerdo?

En Lerdo tenía otro cine Magali...

¿Tenía dos cines Magali?

Sí...

¿De cuál tamaño eran los cines?

Era un salón grande, no cabía mucha gente... yo creo que unas seiscientas acá [Torreón]

y en Lerdo yo creo que unas ochocientas o más, ya no me acuerdo.... Era más grande...

Pues son más grandes que los de ahorita...

Si, ahorita que va uno a los cinitos ésos...

¿En qué año inauguró el cine Magali?

(Le pregunta a su esposa) Y estábamos casados, ya teníamos a Magali, luego, luego le puse el nombre de ella... Porque tuvimos 5 hijas y 3 hombres, 8 hijos... Como en el 62, por ahí así... Fue cuando ya me prohibieron tener cine de 16 y tuve que poner de 35, que es el cine normal, bueno, era, no sé ahorita qué tamaño de... qué película usen ¿verdad?... porque ya dejé de interesarme en eso... Y yo le buscaba, llegué a ponerme de acuerdo con Coca-Cola para que los artistas que trajeran, yo los presentara en mis dos cines. Vino José Alfredo Jiménez, Agustín Isusa, Pepe Infante, hermano de Pedro... yo tuve mucha relación con artistas porque tenía una discoteca... vendía discos, aparte de los cines... tenía mi discoteca y de plano las agencias de los discos les mandaban cartas de presentación a los artistas para que fueran conmigo para ver en que les ayudaba para hacer su promoción, y yo siempre les conseguía chamba y... ¡Uy! me hice íntimo amigo de los hermanos Reyes, me llevaban serenata a Lerdo todos los días, como diez días.... Esto se lo platico para que sepan el porqué me metí en el cine, y qué hice por hacer que esos cines funcionaran, a pesar de que había otros cines... Allá en Lerdo, el López, y ya no me acuerdo... el López era casi el único que había, y el mío que lo puse por acá por la Matamoros, ¿Verdad? Todavía estando ahí los dos locales, el Gómez y el Palacio... sí, pero a mí no me perjudicaban...

¿Usted considera que sus cines fueron cines de barrio?

Pues sí, sinceramente porque pues por más que les ponía butaquitas y trataba de arreglarlos, nunca se comparaban con los otros cines. Y por eso ellos cobraban mucho más que yo... Yo procuraba exhibir películas que me pedía la gente, esa fue una de las cosas que hizo que me retirara, cuando empecé a ver que había que exhibir películas porque ya me obligaban... El de las películas me decía, "oye pos tu quieres nomás ésta y ésta... No, si tú tienes que pasar éstas también...". Entonces como estaban medio prohibidas, y yo he sido siempre un mocho



Francisco Murra siempre iba acompañado de su esposa...

(risas), yo siempre he estado en la iglesia... Pasaba siempre en una camioneta para anunciar las películas, les hacía dos por uno, hacía muchas promociones...

¿Entonces básicamente se basaba en las opiniones de las personas para saber qué películas exhibir?

Ya más o menos, conocía el gusto de ellos, y sabía qué películas les gustaría...

¿Cómo cuáles películas exhibía?

Me gustaban mucho las de... Tarzán, religiosas; la de San Francisco de Asís, El Llanero Solitario; les pasaba también episodios, que era una de las cosas que le platicaba yo, que en la escuela en la que yo estaba, el premio de llevar los cuadernos en orden era que nos dejaban ir el viernes en la tarde al cine Zaragoza, que había en Matamoros, Coahuila... Y por eso me gustaba el cine, no podíamos ir a cualquier hora, tienes que estudiar y que trabajar de chiquillo, salía de la escuela para poder ayudar a mi madre, porque ella sola....

¿El equipo cinematográfico de dónde lo obtuvo, cómo hizo para conseguirlo?

Pues el equipo de 35... Pues había varias personas que los vendían, no me acuerdo a quién se lo compré... Compré uno primero y el otro después... Buscaba la forma... Pues no me acuerdo a la mejor los compré a través de Francisco Ledesma, que era el que rentaba las películas... Rosendo Varela era el de las americanas, el distribuidor, en paz descanse, ése ya murió....

Entonces, ¿Francisco Ledesma y Rosendo Varela eran los distribuidores aquí?

Francisco era el distribuidor de las películas nacionales, y Rosendo de las americanas...

En cuanto a los equipos no me acuerdo ni dónde los compré ni dónde los dejé...

¿Estaba usted asociado con otra persona o usted siempre fue solo?

No, yo siempre fui solo... bueno, acompañado de mi señora que no la suelto ni a sol ni a sombra...

¿Cómo era el reglamento que tenía usted que seguir?

No... Es que mire, me imagino que ellos ocupan sus películas y no les conviene tenerlas allí "arrecholadas", ellos han de querer que todos sus cines proyecten las películas para que les sea costeable a ellos... Pero a veces no me gustaban algunas películas francesas o....

¿Quiénes eran las personas que reglamentaban?

Francisco Ledesma y Rosendo Varela... Los dos eran muy amigos míos, y a mí me disculpaban muchas cosas, lo que sea... Francisco Ledesma era de Películas Nacionales y Rosendo Varela era de las americanas, de la MGM, de muchas otras más... Muy buenas películas, no hallaba a veces cuáles exhibir....

En algunas películas que usted pasaba, ¿había censura?

Sí... algunas eran A, B, C... pero yo creo que eran cuando me obligaban a pasarlas... Algunas eran de Mauricio

Garcés... Sí... no eran películas como las de ahora, no... Como la de "Viento de mujeres", eran las fuertes... pero aquellas películas como la de "Lo que el viento se llevó", todas esas tan bonitas películas, ¿verdad? de aquel entonces... Algunas de esas lograba yo conseguir también...

Por ejemplo la censura, ¿usted ponía la clasificación nada más?

No, eso lo arreglaba yo al programar. Tú llevas tu libreta y programas para el lunes: "Fulano, quiero ésta y ésta... para el martes ésta... y ésta está muy escandalosa, pos mejor no...". Pero más o menos, pero yo no le cortaba... Pero ahora, ¡Ave María! como hay cosas, hasta en la tele...

¿Considera que su cine impactó en los barrios?

Mucho... la gente estaba muy contenta con los cines... tanto, que a veces por un motivo u otro que me entretenían las películas, estaba la cola de una cuadra... y bueno qué pasa... pos es que está detenido allá y quieren que vaya... Total hasta que no llegaba la película vendíamos boletos, porque ¿para qué engañar a la gente si no sabíamos si íbamos a pasarla...? Empezaron a ponerse medio difíciles, a ponerme trabas y cosas... Pero después de que cerré la gente nos decía: ¡Ay! Cómo nos hace falta el cine en la colonia...

¿A qué horas eran las funciones, que usted realizaba, y cómo eran?

Eran dos películas... Era una película y luego el intermedio y vendíamos muchas cosas: paletas, sándwiches, dulces... ahí estábamos ocho y ocho hijos imagínate... Y luego ya seguía la otra película...

¿Usted considera que fue buen negocio?

Pues yo creo que sí... siempre tenía lleno, y no se diga cuando les llevaba a artistas... pues eso no lo veía yo en los cines otros... y yo con artistas, y no me costaban... Y para ellos era ¡uy!, esos días estaba a reventar el cine...

Cuando se crea la Compañía Operadora de Teatros, ¿cómo le afecta?

No la "aparadora" de teatros fue precisamente la que me obligó a entrar, dicen "no, pos no puedo competir con un cine de 16", es como los CD's.

¿Y su relación con el sindicato, cómo era?

¡Uy! Yo era íntimo amigo de don Juan Borjón, q.e.p.d., íntimos, muy, muy amigos... y me consideraba él mucho, no tenía yo más que dos operadores; dos en la dulcería, y el boleterero, pero creo que a él no lo tenía en el sindicato... Era don Pedro, él me hizo los pupitres, uno por uno... y era el que me cuidaba el cine, el que aseaba...

¿Más o menos en qué año cerró usted el cine, el negocio?

Hace aprox. 25 o 30 años... pero los cerré por razones familiares, porque casi no veía a mi familia... más bien mi familia me obligó... porque tenía muchos negocios, y otro de mis negocios principales era el de las sinfonolas, tenía una discoteca (donde se venden discos). Yo siempre he sido comerciante, desde niño.

¿La llegada de la televisión le afectó a usted en el negocio del cine?

No, casi no... recién estaba llegando la televisión cuando nosotros estábamos cerrando... Hasta video le tomamos al cinito cuando estábamos cerrando, y entregamos los pupitres... Y cuando llegaban los artistas...

Por último, ¿algunas anécdotas que usted recuerde del cine?

Pos muchas cosas... Me acuerdo de una cosa medio triste, que se me metió un drogado o borracho y empezó a portarse mal y lo tuve que sacar y sacó una pistola, yo no sé de dónde fui tan valiente, me tiré con él, pero lo saqué fuera del cine, y ahí en la calle, no estaba ni pavimentado, ahí me revolqué con él, y la pistola era de juguete... Me acuerdo que hasta le di unos puntapiés, ¡lárgate mugroso! Y el susto que me diste... Era todo muy familiar...

¿Qué piensa usted de los cines en la actualidad?

Pos a mí se me hace bueno, porque entras a un cine y tienes muchas películas qué escoger, si no te gusta está la otra, cosa que no teníamos antes... antes tú programabas tus dos películas en un día y esas tenían que ser y ahora... por eso yo creo que cerraron todos los demás... creo yo que ese sería un motivo porque ya quién va...

¿Qué piensa ahora de la remodelación que le están haciendo al cine Nazas?

Pos qué bueno, ya cines ya tenemos muchos, todavía mis parientes, los de la CIMACO, cuántos cines metieron y donde quiera hay cines así, múltiples... y eso sí conviene... Porque a mí me ha tocado ir, voy poco ahora al cine, pero me ha tocado ir que somos 4 o 5 gentes en una función, digo ¡uy no les va a costear!, ¡pobres!. Pero en los negocios, hoy va gente, mañana no, y ellos van viendo que películas les convienen o si no sirven, ponen otras películas más atractivas...

Ya para terminar, ¿algo que usted quisiera agregar acerca del cine?

No, pos que el cine desgraciadamente, no nomás el cine, también la televisión, no me gustan como se están manejando ya, es enseñar demasiado, muchas cosas malas para la juventud, sobretodo, no me gusta por eso... Cama, sexo por donde quiera, hasta para anunciar un refresco tiene que salir una como Dios la trajo al mundo, y se me hace que eso no es bueno para los jóvenes. Yo tengo 22 nietos y una bisnieta, y me la paso rezando para que Dios nuestro Señor los proteja porque es malo que se vayan acostumbrando a ver tanta cosa tan natural... pero no crean que nomás yo lo digo, sino también la mayoría de la gente consciente (...) Qué bueno que escojan sus películas, hay películas muy bonitas, pero ya eso es lo que tienen de atractivo (lo malo), y eso es lo malo...



Árida cartelera: la absurda distribución cinematográfica en La Laguna

12

Miguel Báez Durán

La distribución en el campo del cine, como todo lo relacionado con esta manifestación de la humanidad, se debate desde sus inicios entre los conceptos de industria y de arte. Un foco de poder conocido como Hollywood desde su concepción se ha dado a la tarea de alzarse como el único, el más predominante asesino de la competencia para de esta forma imponerle al resto del mundo su visión, su ideología, sus costumbres, sus personajes y sus obsesiones. Para bien y para mal. Así, miles de complejos cinematográficos alrededor del mundo programan al unísono las mismas películas que en la mente de estos estrategias trogloditas tienen el potencial para ser las que rebosarán las salas de asistentes y por ende las taquillas de dinero. Casi no existe, gracias a su ambición, ninguna variedad en el menú filmico por usar una imagen gastronómica bastante gastada. Sin embargo, el cine también es arte. Un filme puede alterar la percepción del espectador y conducirlo sin subestimar su inteligencia a emociones y pensamientos no antes avizorados. Por la inequidad en la distribución filmica son dichos largometrajes los más difíciles de hallar en la cartelera o incluso en el próximo a extinguirse —a causa de las descargas digitales— videoclub. Lo que es una queja en ciudades más populosas como México, Guadalajara o Monterrey se vuelve alarido desesperado en las más pequeñas como Torreón. No es un secreto para nadie, entonces, que la distribución del cine (y sobre todo del cine de arte) en la Comarca Lagunera es quizás una de las peores en el país.

Esto me parecía evidente hace quince años —cuando comencé a escribir sobre cine— y me lo sigue pareciendo hasta la fecha en que a la distancia consulto en Internet la paupérrima cartelera de La Laguna donde lo interesante es escaso. Actualmente, con las redes sociales y como se comprobó en fecha reciente, no es tan difícil acallar las voces que reclaman estrenos a tiempo de cintas galardonadas con algún premio Óscar. Y si las mencionadas películas, con toda la publicidad de su lado debida a dicha sobrevalorada premiación, aparecen tarde y de forma risiblemente fugaz en la cartelera lagunera qué se puede esperar del cine de autor proveniente de otras latitudes, de otros continentes como Europa, Asia o la propia Sudamérica. Para un cinéfilo torreonense ver en sala de cine el más reciente crédito de David Lynch, Michael Haneke, Lars von Trier o Chan-wook Park se convierte por lo tanto en un sueño irrealizable. Más de uno dirá que para eso están los formatos en video. Sin embargo, para mí, nacido después de que cada quien viera la luz a este mundo con un dispositivo-teléfono multimedia pegado a la mano, el ritual del cine en la penumbra y sobre la pantalla grande sigue detentando su relevancia. Es importante. Quizás incluso sagrado. Me rehúso entonces a renunciar a él.

Crecí —como muchos otros no sólo de mi generación son también de las anteriores— con la visita de fin de semana al cine, con la expectación por el momento en que las luces se fueran apagando hasta franquear el umbral de la penumbra definitiva, con la experiencia colectiva de las imágenes de la pantalla gigante entre conocidos y extraños. Incluso crecí con el extinto intermedio durante el cual la gente salía corriendo a la dulcería para comprar algo lo más rápido posible y no perderse así nada del relato de la película. Todo eso (lo digo sin nostalgia y sólo para apuntar un hecho) ha ido desapareciendo con las nuevas tecnologías y con la llegada de los complejos cinematográficos. Crecí también, antes de la aparición de las primera videocaseteras, con un “cinito” en casa, con un reflejo de la experiencia en sala a veces pálido otras más impresionante por su capacidad de repetición a voluntad. Esto gracias a un proyector de cintas

Súper-8. Mi padre se convertía muy a su pesar en proyccionista instalando una y otra vez el aparato y la pantalla. Mis hermanas y yo éramos, claro, los ansiosos espectadores. Por estar entonces plagada de recuerdos, la mayoría de ellos agradables, la experiencia cinematográfica es un acto que, lo sé ahora, estoy condenado a repetir por el resto de mis días.

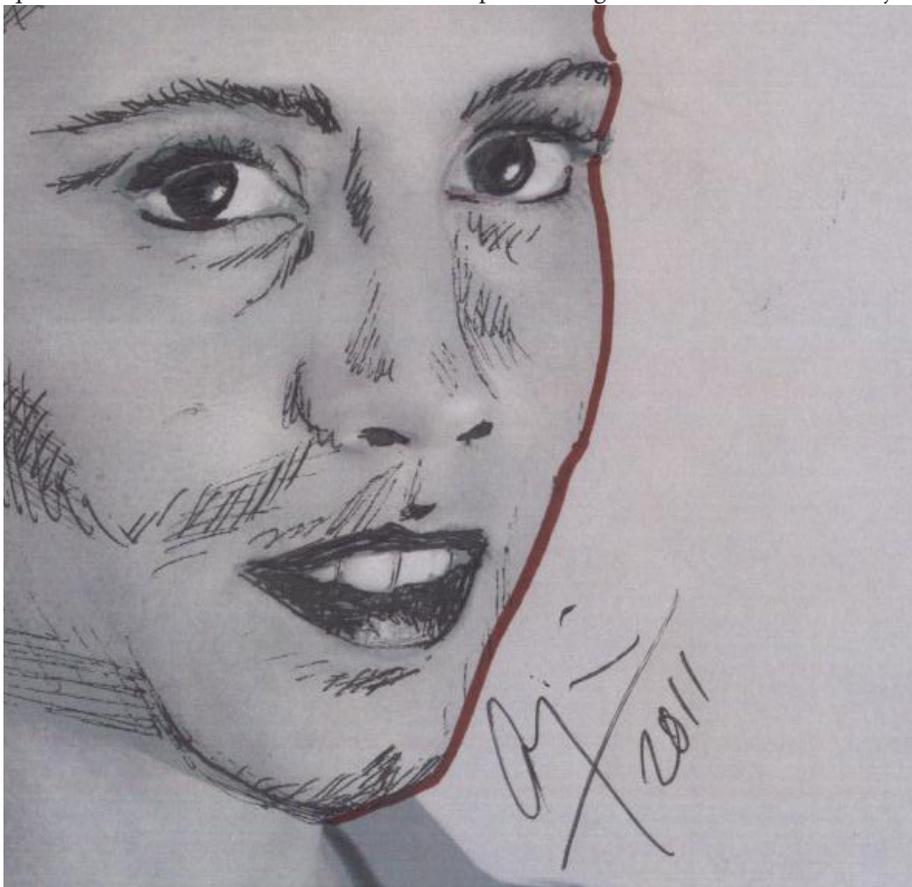
Pero no fue hasta los veinte años cuando comencé a emprender búsquedas propias, a preguntarme qué había más allá de lo recetado por las salas de cine en La Laguna. Leí críticas de otras coordenadas (aquéllas que a diferencia de las laguneras decían sin tapujos y sin eufemismos tramposos si una película era una porquería o no), me enteré de la existencia de festivales alrededor del mundo y poco a poco fui modificando la dieta audiovisual y, al mismo tiempo, hice descubrimientos prodigiosos muchos de ellos asentados en mi libro *Vislumbre de cineastas* (2001). Por alguna razón, las películas que yo más quería ver, nunca llegaban a las salas de cine de La Laguna. Si lo hacían siempre era tarde y yo sabía que si no iba corriendo a verlas la semana

de su estreno a la siguiente habrían desaparecido gracias al mercantilista argumento por parte de los exhibidores de que dichas cintas no eran rentables. Recuerdo haber visto en aquella época *Tan lejos y tan cerca* (1993) de Wim Wenders en una sala completamente vacía, en los cines que estaban sobre la Diagonal Reforma. Entonces me percaté de que el problema implicaba dos partes. Además de los exhibidores, estaba el público lagunero habituado como con las telenovelas a no apartarse de las fórmulas familiares. Si se mira el cine como mera entretención es imposible exigir créditos de mayor profundidad. Por desgracia, a pesar de los intentos para formar públicos a través de ciclos y muestras de cine, los años no me han hecho cambiar mi perspectiva sobre la pésima calidad de la distribución cinematográfica en La Laguna. En suma, no creo que mucho haya cambiado en quince años.

Tomo un ejemplo entre muchos. Lo recuerdo porque se encuentra consignado en mi bitácora (<http://otrosmalnoleen.blogspot.com>) desde octubre del año pasado. Se trata de la película argentina *El secreto de sus ojos*

de Juan José Campanella. Esta cinta basada en la novela *La pregunta de sus ojos* (2005) de Eduardo Sacheri comienza su trayecto hacia el espectador cuando se estrena en Argentina a mediados de 2009. Por supuesto, nadie en su sano juicio esperaría un estreno en Torreón para ese mismo año. Eso a pesar de que las naciones latinoamericanas por sus lazos de lengua y cultura se consideran hermanas. A la distribución del largometraje le ayuda mucho más haber ganado sorpresivamente el premio Óscar a mejor película en lengua extranjera en 2010. Un Óscar garantiza el alcance de la cinta hasta los lugares más apartados del orbe. O, al menos, eso se pensaría con toda lógica. Sólo pasa un mes luego de la premiación para que *El secreto de sus ojos* se estrene en Estados Unidos y Canadá. Nótese que ninguno de estos dos países tiene como la lengua oficial el español. Pasa un mes más, es mayo del 2010 y la película llega a la capital de nuestro país. Sin embargo, para que se estrene en Torreón tendrán que pasar todavía cuatro meses y medio. El 15 de octubre de 2010 *El secreto de sus ojos* apareció por fin en la cartelera lagunera. Para entonces la película ya se conseguía legalmente en formato DVD, restándole con eso novedad y por lo tanto restándole público en las salas. Absurdo a más no poder.

Esa misma musa de la que se valieron los mercachifles para enajenar y enriquecerse ahora les representa pérdidas pues ha pasado a las manos del público y, peor aún, del mercado negro. Con la tecnología que facilitan las videocámaras de mano, el formato DVD y las copias no autorizadas del material filmico, la gente ansiosa de ver un estreno reciente en otros países o incluso en otras ciudades acude a la piratería ante el amable e hipócrita “ya mero” de quienes regentean las salas exhibidoras. Ellos se escudan con el tibio alegato de que no hay suficientes copias. Esto en la época digital en que el celuloide empieza a ser cada vez más obsoleto. Después son las mismas exhibidoras quienes, viendo sus ganancias amenazadas por la piratería, sacan el dedo flamígero de sus bolsillos, fustigan tales actitudes e inundan los medios masivos de comunicación con mensajes condenatorios tan simplones y moralistas como vergonzosos por su representación de la inteligencia infantil. Son los defensores de los derechos de



autor cuando de seguro es el autor quien menos recibe de la rebanada del pastel. Sin la opción de salas de cine con precios más módicos, sin un plan para distribuir más equitativamente los filmes, los cinéfilos recurren y seguirán recurriendo a las vías alternas. Pero quizás sea mucho más loable (además de esta táctica cuestionable) la utilización de las redes sociales para exigir estrenos a tiempo como ya lo viene haciendo en La Laguna un grupo de personas en Facebook.

14

Las comparaciones son odiosas, lo sé. Sin embargo, en algunos casos también se vuelven inevitables. Durante mi vida he vivido sólo en cuatro ciudades. En la última de ellas, en Montreal, he hallado una cartelera cinematográfica mucho más satisfactoria y diversa. Con toda proporción guardada puedo contar tres cines dedicados exclusivamente a la exhibición de cine de arte. Eso sin contar un complejo cinematográfico que además de estrenos comerciales les da cabida también a los denominados autores. Lo hacen porque saben que existe un público para el citado tipo de cinematografía. Montreal es un área metropolitana de aproximadamente tres millones de personas. Por lo tanto, concluyo, en una con un millón como La Laguna debería existir al menos una exhibidora que se aventara el paquete de —a pesar de tener un público de nicho— proyectar este tipo de cintas. Improbable en un lugar donde siempre se ha beneficiado la industria y donde el arte es visto como algo inútil. Inútil, sí les diría yo. Pero esencial.

El cierre repentino de un complejo comercial o el hecho de que la edición 52 de la Muestra Internacional de Cine no sea exhibida en salas dentro de La Laguna no son noticias nada alentadoras. Al contrario. Huele a podrido. Huele a monopolio. Y sobre todo huele mucho más a desprecio por quienes les pagan. La manera como las cintas se reparten en el país, todo gracias a los caprichos monetarios de distribuidoras y exhibidoras, no sólo es absurda sino condescendiente con el público al que dice atender. Es en él como en otros aspectos más urgentes de nuestro entorno en donde reside el factor de cambio. Mientras más exija el público, más y mejor se le dará. Mientras más afine su paladar cinematográfico, habrá mayor posibilidad para que esas películas que no sólo nos ayudan a matar el tiempo sino que nos inspiran y a veces nos transforman lleguen por fin de forma expedita a la cartelera de la Comarca Lagunera. La otra opción es la desbandada. Después de todo, ningún cliente con sentido común va a una tienda donde lo tratan mal. Solamente si es masoquista.

Montreal, marzo de 2011



Breviario histórico de las salas de cine en la Comarca Lagunera:

De las carpas a los complejos múltiples

15

Brenda Aguilar Rodiles

Un nuevo invento llega a México.

El cinematógrafo ha sido uno de los inventos que ha revolucionado al mundo entero. Primero, por medio de imágenes en movimiento y más tarde, con la integración del sonido, logrando captar por completo la atención del público en general. “Los hermanos Lumière lo patentaron en febrero de 1895 y fue presentado públicamente el 28 de diciembre del mismo año, fecha oficial de su nacimiento”[1], llegando un año más tarde a nuestro país:

El 6 de agosto de 1896, Gabriel Vayre y Fernando Bon Benard llegaron hasta el castillo de Chapultepec para ofrecer ante Porfirio Díaz y un grupo de empresarios del país una demostración del nuevo invento. Así apareció en México el cinematógrafo. La primera proyección pública se llevó a cabo una semana más tarde, el 14 de agosto de 1896.[2]

México en ese tiempo se encontraba gobernado por el general Porfirio Díaz, quien vio en este nuevo invento la posibilidad de llevar su imagen a todos los rincones de la república:

El general Díaz y su familia quedaron tan complacidos con la exhibición que les dieron, que no pusieron ninguna objeción a ser retratados, y organizaron una segunda sesión para ver las películas tomadas... y además de las vistas donde aparecían les fueron mostradas “Una escena en los baños Pane”, “Alumnos del Colegio Militar” y “Una escena en el Canal de la Viga”. Primeras películas tomadas sobre temas mexicanos.[3]

En un principio, las películas que se realizaban en México giraron en torno a la figura de don Porfirio, mostrándolo en diferentes situaciones, como montando a caballo por el Castillo de Chapultepec, película que se exhibió durante un año, aunque después se realizaron otras con escenas de corridas de toros filmadas en la ciudad de Saltillo, Coahuila.

Las líneas de comunicación y la instalación eléctrica en diferentes ciudades del país, promovidas ampliamente por el gobierno federal, propiciaron que el cine se propagara rápidamente en diferentes regiones de la nación, tanto las que eran cercanas a la capital como aquellas que estaban más alejadas.

El país, al igual que el mundo entero, quedó maravillado con las exhibiciones ambulantes que se realizaban y en muy poco tiempo “los empresarios descubrieron que las salas teatrales eran un sitio ideal para el nuevo espectáculo”. Para 1900 no había lugar en el país, cercano a los lugares comunicados en el que no se conociera el cinematógrafo. Veracruz fue una de las pocas ciudades que contaba con uno permanentemente, mientras que en otras ciudades como Tepic, los propietarios se deshacían de los proyectores cuando los espectadores se aburrían de las mismas imágenes, ya que el material tardaba mucho en llegar porque el acceso no era fácil. El poco que se tenía era por medio de los empresarios Becerril.

Fue así como el cine se empezó a establecer en las ciudades: primero, en forma de carpas, para más tarde dar vida a los tan recordados teatros-cines y finalmente las salas cinematográficas,

dando inició al gran negocio de esta industria que muchas satisfacciones, desilusiones, éxitos y fracasos han traído a los empresarios mexicanos, pero que de alguna manera se ha desarrollado al grado que ya hoy se han cumplido más de 106 años desde la primera exhibición, y esta industria aún no muere.

De la ciudad de México a la Comarca Lagunera con la exposición Imperial.

Desde la primera exhibición pública que se realizó en la ciudad de México, las proyecciones cinematográficas abundaron a lo largo de las ciudades más importantes y modernas en ese tiempo como Guadalajara, Orizaba, Veracruz entre otras. Estas proyecciones eran realizadas por empresarios ambulantes que andaban con su cinematógrafo de ciudad en ciudad.

16

En abril de 1897 se tiene por segunda ocasión, la Exposición Imperial empezando a exhibirse en Veracruz de ahí se fue a Orizaba(...) en diciembre de 1898 está en Guadalajara, de ahí partió a San Luis Potosí no se duda que se haya detenido antes en San Juan de Los Lagos, Lagos de Moreno, Encarnación de Díaz, Jal. y Aguascalientes y que, por eso, haya tardado tres meses en su viaje de Guadalajara a San Luis Potosí, pues arribó hasta marzo de 1899(...) En San Luis Potosí, La Exposición Imperial duró más de un mes, dirigiéndose luego a Saltillo, en mayo estaba en Monterrey y en julio de 1899 fue a Torreón, Villa Lerdo y Gómez Palacio...[5]

Después de tres años de la primera proyección realizada en la ciudad de México, el cine fue una realidad en la Comarca Lagunera, no sólo en Gómez Palacio y Lerdo, sino incluso en la entonces villa del Torreón.

La *Exposición Imperial* tenía un repertorio de 250 vistas de paisajes y de ciudades europeas, en donde el empresario que las tenía las cambiaba cada dos días, éstas impresionaron tanto a los mexicanos, ya que como se puede apreciar en el párrafo anterior, dura varios años su proyección en el país.

Esta exposición fue el inicio del cine en Torreón, las personas que la presenciaron seguramente quedaron muy impactadas, ya que se les presentaban escenarios que nunca en su vida habían visto y que era poco probable que algún día pudieran hacerlo. Su afluencia debe haber sido bastante buena, ya que a partir de ella varios son los empresarios que empiezan a apostar por este nuevo negocio

En los primeros años del siglo XX, Torreón al igual que al resto de México, no contaba con cines propiamente establecidos. Este medio empezaba a formarse en pequeñas carpas y en teatros de la localidad. Uno de los primeros teatros, que existieron en Torreón en donde se pudo gestar este medio fue el teatro Herrera, ubicado en la esquina noreste de las calles Múzquiz y Avenida Juárez,[6] en donde se presentaba, además de cine, otros géneros artísticos como obras de teatro, zarzuelas y espectáculos musicales.

“Para 1908 funciona en Torreón la Carpa Pathé y existe ya el Teatro Ulloa en Lerdo”[7], y en la ciudad de Gómez Palacio se había establecido el teatro Unión. La carpa Pathé tenía la novedad de que en el fondo del lunetario se alzaba una tarima con aspiraciones de escenario y un armazón que parecía tramoya, las cuales servían para representaciones teatrales y espectáculos de las revistas políticas, éstas causaban gran atracción al público.

Los locos años veinte también lo fueron para el cine en Torreón, ya que éste comienza a tomar forma y se empiezan a instalar las primeras carpas en Torreón muchas de ellas no contaban con asientos e instalaciones adecuadas para los espectadores, y otras contaban con gradas muy rudimentarias como la carpa Imperio, instalada en Galeana y Matamoros, propiedad de don Isauro Martínez. En esta carpa de transmitían episodios como El ojo del toro, La Huella de la pelea, La casa del indio[8]. A don Isauro le fue tan bien con esa carpa que en 1930 inaugura el cine Martínez y tiempo después abre otros cines más, no sólo en Torreón, sino también en Gómez Palacio, es decir, poco a poco empieza a formar un pequeño conglomerado con cines como el Princesa, inaugurado en 1919 y el Imperio.

En Estados Unidos y en muchos otros países, la mayoría de los grandes medios de comunicación pertenecen a grupos empresariales o industriales dedicados ya sea a actividades sin relación directa con la producción de mensajes comunicacionales o a una amplia gama de éstos.[9]

Esto que señala José Carlos Lozano, investigador de la comunicación, se aplica también en la Comarca Lagunera en relación a los cines, ya que al instalar uno, no importa de qué época se esté hablando, ya sea durante las primeras carpas o en la actualidad, ha sido, es y será necesario tener contactos fuera y dentro de esta ciudad para contar con los filmes y el equipo cinematográfico necesario, así como instalaciones adecuadas; segundo, la inversión para sostenerlo debe ser fuerte, por lo tanto no cualquiera cuenta con los medios suficientes para poder ser propietario de un cine, siendo indispensable pues, contar con una infinidad de recursos personales y económicos para montarlo. Un ejemplo claro de esto es don Isauro Martínez, quien manejó cines en toda la Comarca Lagunera.

El teatro Herrera, antes mencionado, se incendió --algo muy común en los cines de aquella época, debido al material inflamable que manejaban y que constantemente se quemaba-- “existiendo más tarde en ese lugar el ‘Teatro Bilbao’, el ‘Cine Allende’, ‘Cine Dalia y el ‘Cinelena.’”[10]

Con un concurso de baile en 1923 abre el cine Royal, en donde además se presentaron varios artistas de la talla de Paco Miller, María Victoria, Juan Orol y María Antonieta Pons.

Otro cine que existió en aquel tiempo fue el llamado cine Verde, nombrado así en honor a su fachada, estaba ubicado donde más tarde estaría el cine Torreón, aquí se pasaban películas de episodios.

También existió el cine Universal, cuya ubicación era en la calle Ramón Corona entre Morelos y Juárez. Este cine, comenta Homero del Bosque en su libro citado, tenía unas 200 sillas, todas de madera y sin ninguna comodidad.

Al parecer las carpas y estos pequeños cines fueron desapareciendo, primero porque se empezaron a construir cines en forma, en donde las comodidades eran mayores como en el cine Royal, que en un principio fue teatro y el cine Martínez en 1930, actualmente teatro Isauro Martínez y segundo por la aparición del cine sonoro en 1927 con *The Jazz Singer* a nivel internacional y el “3 de noviembre de 1931 con *Santa*.”[11]

Se puede decir que los inicios del cine en Torreón fueron experimentos, juegos tal vez, aficiones muy arraigadas de empresarios que vieron la oportunidad de montar pequeños negocios con un invento del que aún no se sabía qué iba a pasar con él, es por eso que las funciones de cine se complementaban con otras actividades artísticas y deportivas dentro de las carpas. Sin embargo, esos primeros experimentos sirvieron para que el cine, al igual que en otras ciudades de México, continuara desarrollándose y para que el público siguiera soñando con los escenarios y las tramas que las primeras películas les presentaban.

Los cines de barrio, herederos de las carpas.

Históricamente no se puede decir que los cines de barrio fueron los que siguieron inmediatamente después de las carpas, ya que tanto éstas como los teatros-cines, los grandes cines y las nuevas sales múltiples, han convivido en ciertos momentos unas con otras en la misma línea del tiempo. No se puede decir que a partir de tal fecha se acaban ciertos cines y empiezan otros nuevos, aunque poco a poco los más nuevos empiezan a provocar que los que les precedieron, vayan desapareciendo dejando solo recuerdos de su existencia.

Los cines de barrio son los herederos de las carpas debido a que muchos de ellos pertenecieron a empresarios que en un inicio las montaban en ciertos sectores de la ciudad, pero posteriormente, debido a que tenían que cumplir con ciertas regulaciones que los distribuidores de películas les exigían, tuvieron que establecerse, pero nunca con el rigor ni con las exigencias que un gran cine les pedía, su única obligación era satisfacer a un público ansioso de ver sus películas y actores favoritos.

En toda la Comarca Lagunera existieron cines de barrio. En Lerdo el cine Magali; en Torreón, entre los más famosos se encontraban el cine Victoria, que estaba en la calle Victoria, el Cinelandia, el México que estaba por la Galeana pasando la Presidente Carranza, el Cinelena y en la Eduardo Guerra estaba el Magali.[12]

Francisco Murra es sin duda un claro ejemplo de cómo un empresario llegó a tener y a manejar un cine de barrio, porque aunque éstos tenían diferentes dueños y estaban distribuidos en distintas partes de la ciudad, siempre compartían algo en común, que era básicamente cubrir las exigencias del sector en donde decidían proyectar sus películas.





El señor Murra, originario de Matamoros, comenzó como muchos de los iniciadores del cine en la Comarca:

...mi primer cine fue un botellón de agua transparente...cortaba todos los días las tiras cómicas que salían en el periódico: la de Tarzán, el Fantasma, el Ratón Miguelito, Hacía un rollo grande, y se los pasaba a mis amigos, yo tenía a un montón y les cobraba, creo que dos centavos... Desde chico me ha gustado el cine... Después, conseguí un aparato que tenía dos orificios o agujeros, entonces Tarzán se veía en el de arriba, que traía una lanza, se tapaba ese y, se veía que mataba al león... ¡se veía brutal!, no sé en donde conseguimos eso... Después, utilice el de 8 milímetros...[13]

Claramente podemos apreciar como el señor Murra siente una pasión por el cine y no se contentó con sólo ser un espectador más, sino que lo lleva a montar sus pequeñas exhibiciones a finales de los 30's con sus primeros proyectores: "...a mí eso del cine siempre me ha encantado, siempre, por eso estuve metido en eso". Aunque inicialmente daba funciones a sus amigos en la ciudad de Matamoros, se puede decir que anduvo de proyccionista ambulante por varias partes del estado, ya que él mismo comenta:

"llegué a proyectar en Parras, porque una hermana de mi señora quería que les pasara películas a las monjitas". Sin embargo, casi toda su carrera como proyccionista de cine transcurre en la ciudad de Torreón, en donde llega a tener dos cines de barrio, ambos llamados Magali: uno en Lerdo y otro aquí [Torreón] en la colonia Eduardo Guerra.

Cuando el señor Murra andaba de proyccionista ambulante en diferentes lugares de Torreón, tenía que usar su ingenio para competir con las grandes salas de cine que existían en aquel tiempo y no quedar rezagado en cuanto a las películas que ofertaba al público; sin embargo, el sueño del señor Murra nunca fue montar un cine como tal, sino dar exhibiciones en varios ejidos y en salones como el Claret, que se encuentra en la iglesia de Torreón Jardín, ya que con las exhibiciones premiaba a los niños que asistían al catecismo. Hubo un momento en que no pudo resistir más a las presiones tanto del Sindicato de los Trabajadores de la Industria Cinematográfica (STIC), como algunos funcionarios de la Compañía Operadora de Teatros S.A. (COTSA) y tuvo que montar un cine propiamente dicho para seguir en el negocio:

¿Qué representaba el hecho de que dejara de andar de proyccionista ambulante?
Simplemente que ciertas colonias donde él pasaba las películas se quedaron sin la posibilidad de



apreciar un cine que les agradaba, que les entretenía y sobre todo de tener uno que realmente les llenara en todos los sentidos, tanto psicológicos como sociales.

El señor Murra fue uno de los muchos ejemplos de lo que un imperio como COTSA podía lograr contra los pequeños empresarios cinematográficos, sobre todo contra aquellos que representaban algún tipo de competencia local, como más adelante se verá lo que le hicieron al señor Ramón Ramos y su cine Laguna. Aunque afortunadamente el primero siempre contó con muy buenas relaciones dentro de ese ambiente: eso le permitió seguir con el cine, hasta el momento en que por cuestiones familiares decidió dejarlo:

Francisco Ledesma de Películas Nacionales y Rosendo Varela de las películas americanas... eran muy amigos míos y a mí me disculpaban muchas cosas...era íntimo amigo de don Juan Borjón q.e.p.d. líder del STIC y me consideraba mucho... no tenía mas que dos operadores y dos en la dulcería...

El cine que montó, tanto en la Eduardo Guerra como posteriormente en Lerdo, eran cines pequeños en comparación con las grandes salas que llegaron a existir aquí en Torreón:

El tamaño del cine era de un salón grande, no cabían muchas gentes... yo creo de que unas seiscientas en el de la Eduardo guerra y en Lerdo creo que unas ochocientas o más... era el más grande... usaba equipo de 35 mm.

La capacidad de esos cines demuestra que tanto los que él poseía, como los otros tantos cines de barrio que existían en la Comarca, no tenían la más mínima intención de competir contra los grandes cines y mucho menos con el gran imperio de COTSA, sin embargo ellos no lo veían así y mientras menos competencia tuvieran, menos posibilidades tenían de perder el control de la industria cinematográfica y la única forma de lograr ese control era por medio de los dos únicos distribuidores que existían en Torreón: Francisco Ledesma y Rosendo Varela. Ambos tenían el monopolio de la distribución de películas y si ellos decidían no pasarle sus películas a algún cine, éstos se venían abajo. Pero si COTSA no les rentaba, entonces su mejor cliente se iba, por lo tanto a pesar de que ellos manejaban la distribución, las grandes salas de cine eran las que los controlaban a ellos y los pequeños empresarios no sólo tenían que hacerle buena cara, sino a un sin fin de personas que de alguna manera podían perjudicar su negocio.

Don Francisco Murra siempre pretendió administrar su cine como un buen empresario, sin olvidarse nunca de sus principios y creencias que la fe católica le inculcó desde pequeño, ya que él trataba de proyectar películas con este fin, es decir con temas religiosos como la de San Francisco de Asís, o aquellas que les pasaba a los niños del catecismo en el salón Claret. Siempre tomaba en cuenta la opinión de las personas intentando no pasar películas clasificación C:

Procuraba exhibir películas que me pedía la gente... algunas eran clasificación A, B o C, pero C eran generalmente cuando me obligaban a pasarlas (los de las distribuidoras)... El de las películas me decía, “oye pos tú quieres nomás ésta y ésta. No, si tú tienes que pasar también éstas...” entonces como estaban medio prohibidas y yo siempre he sido un mocho, siempre he estado en la iglesia, pues no me gustaba mucho...

La gente que asistía a los cines de barrio, y no estamos hablando solo de los cines de don Francisco Murra sino de otros tantos que había en la Comarca, eran muy especiales: llenaban esas salas en busca de diversión, de conocer lugares nuevos, de vivir historias nunca antes vistas, les gustaba reír y llorar con el protagonista, ser parte de la vida de él o de ella:

La gente estaba muy contenta con los cines, tanto que a veces la cola estaba de una cuadra... las funciones eran de dos películas, era una película y luego el intermedio y vendíamos muchas cosas en él... fue un buen negocio siempre tenía lleno y no se diga cuando les llevaba artistas como José Alfredo Jiménez y Pepe Infante, hermano de Pedro...

Finalmente por cuestiones familiares y algunas presiones dentro del medio, Francisco Murra como muchos otros empresarios de los cines de barrio deciden cerrarlos aproximadamente hace 30 ó 35 años, poniendo fin a una de las etapas más importantes de esta industria, dejando a su fiel clientela sin su medio de diversión y de socialización, sobre todo sin la posibilidad de tener un espectáculo que cubriera sus necesidades más primordiales de esparcimiento:

...una de las cosas que hizo que me retirará fue cuando empecé a ver que había que exhibir

películas porque me obligaban... empezaron a ponerse las cosas medio difíciles, a ponerme trabas... Pero después cuando cerré la gente nos decía ¡Ay, cómo nos hace falta el cine en la colonia!

Los grandes cines y la formación de un imperio: COTSA.

20 Como ya se ha visto, prácticamente la propiedad de los cines pertenecía a gente de la región hasta mediados del siglo pasado, como don Isauro Martínez, Juan Bilbao, Ramón Ramos y otros. Los cines Royal y Modelo representaban la modernidad de este medio de comunicación, sin embargo poco a poco un consorcio llamado Compañía Operadora de Teatros S.A (COTSA), propiedad de don Manuel Espinosa Yglesias empezó a comprar varios cines en toda al república mexicana y Torreón no fue la excepción. El pequeño monopolio que don Isauro había formado en la región, pasó a manos de COTSA.

Nuestro país está acostumbrado a vivir a base de imperios, durante más de 50 años hemos tenido que lidiar con los grandes monopolios: de Televisa, TELMEX, PEMEX, Comisión Federal de Electricidad y desgraciadamente muchos de ellos han sido manejados por personas que no han beneficiado mucho al país.

Pues bien, COTSA llegó para quedarse adquiriendo los cines de don Isauro, como el Princesa, el Martínez, además del Royal. Posteriormente construyen el Nazas y adquieren el Torreón, quedándose, si no con todos los cines, si con los más importantes y los de mayor capacidad que eran el Nazas y el Torreón.

Antes de continuar, es necesario señalar que COTSA durante las décadas de los sesenta y setenta fue estatizado, ya que el gobierno en diferentes etapas y tiempos decidió adquirir cada una de las ramas de la industria cinematográfica:

El gobierno nacionalizó la industria cinematográfica desde su producción, distribución y exhibición tomando y nacionalizando todas las empresas privadas exhibidoras de cine, distribuidoras, productoras...[14]

Hasta que le tocó a la rama exhibidora y por lo tanto Manuel Espinosa Iglesias tuvo que ceder su floreciente negocio en el sexenio de Adolfo López Mateos:

En enero de 1961 el gobierno Federal adquiere el consorcio de empresas Compañía Operadora de Teatros, S.A.[15]

A partir de los años cuarenta hasta los setenta con el inicio del "cine de ficheras", la industria cinematográfica tuvo una época dorada. Curiosamente pocos años después de que el gobierno adquiere toda la industria cinematográfica, ésta decae como se verá más adelante.

La época dorada del cine no sólo viene acompañada de las grandes producciones que se realizaron, o de los actores y actrices que el público llegó a adorar, sino que también viene seguida de los grandes cines, los cuales tenían capacidad para más de dos mil personas por función. Durante estas décadas, sobre todo entre los cuarentas y cincuentas que fue la etapa en que más cines se abrieron en México, la industria entonces vivía una de sus mejores épocas y parecía que con ídolos como Pedro Infante y Jorge Negrete no iba a terminar nunca:

A principios de los años cincuenta existían en el país 2021 cines, cifra que otorgaba un honroso décimo lugar internacional, atrás de potencias como Estados Unidos que contaba con la alucinante cantidad de 23,120 y Argentina (2190)... En la misma época, México alcanzó el segundo lugar

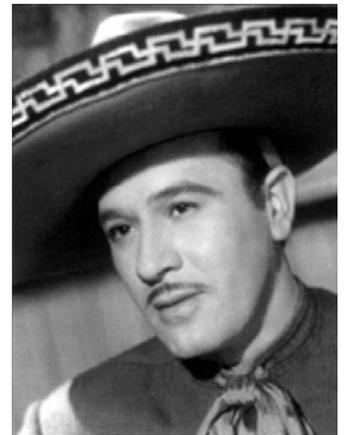
en un giro especial, capacidad promedio por cine, aquí la media mexicana, 720 butacas era igual a la inglesa y aventajaba a la estadounidense .16

En esa época, en Torreón, existían cines como el Martínez, el Laguna de la familia Ramos Clamont que se constituye como sociedad anónima el "día 6 de junio de 1949",¹⁷ el Cinelena, el Modelo, el Princesa, el Royal algunos cines de barrio antes mencionados como el Magali y el Victoria; en Lerdo encontramos al cine López. Respecto a estos cines el proyccionista Rogelio Medrano comenta:

"El Modelo" y el "Princesa" eran los cines de sociedad, hasta que llegó el Nazas en noviembre del 52 fue lo mejor que hubo... y luego de allí se abrió el cine Torreón como en el 55.[16]

El cine Nazas tenía una capacidad de alrededor 2200 butacas, el cine Torreón manejaba más o menos las mismas cifras, aunque se supone que éste era un poco menos grande.

Estos cines siempre fueron los de mayor categoría en la ciudad de Torreón por ser los más grandes y modernos de su época. Según Candelario Morales, el cine Nazas siempre se distinguió por ser un poco más populachero en el sentido de que se especializó en pasar películas mexicanas y entonces asistía gente que generalmente no sabía leer, mientras que el Torreón pasaba americanas, entre las que se destacan El Manto Sagrado, Ben Hur, películas de Elizabeth Taylor, Richard Burton etc.

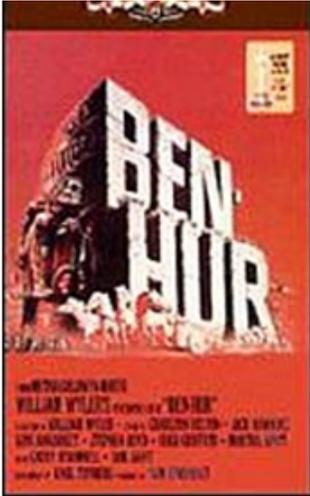


Como ya se ha mencionado, en aquella época existían sólo dos casas distribuidoras una era Distribuidoras de Películas Nacionales, que era dirigida por Francisco Ledesma y quien en "1957 constituyó una sociedad con otras personas para formar Comisiones Cinematográficas de la Laguna, empresa que se dedicaría a la distribución de películas",^[17] la otra era la Casa Varela dirigida por Rosendo Varela y ésta era la que rentaba las películas americanas, también se encontró que en "1962 se constituye Comisiones Cinematográficas de Torreón, S.A" 20 que también tenía como fin distribuir películas, aunque esta casa nunca fue mencionada en ninguna de las entrevistas. Acerca de las casas distribuidoras, Candelario Morales comenta:

Ellos eran los autorizados en distribuir el material tanto a los cines del gobierno como a los pequeños distribuidores. A los pequeños distribuidores no los dejaban trabajar en la ciudad de Torreón o Gómez Palacio, ellos trabajaban en las rancherías, Francisco I. Madero, San Pedro y otras ciudades pequeñas o poblados mejor dicho.

Durante esta época y con la ayuda de los distribuidores de películas, COTSA consagró su imperio en esta región, primero obligando a todos los proyccionistas ambulantes a que se establecieran formalmente o se retiraran a realizarlo en rancherías alejadas de la ciudad y en segundo lugar con la

adquisición de los cines mejor ubicados en la ciudad como el cine Nazas, Torreón y el Laguna. Rogelio Medrano con respecto a esto comenta:



El cine Torreón, cuando se inauguró, era del señor Gabriel Alarcón y luego después lo agarró Operadora de Teatros... el cine Laguna era de don Ramón Ramos Clamont pero se vio obligado a venderlo a Operadora de Teatros, porque si yo me dedico al cine y soy un empresario cualquiera, pero tengo mi cine porque tengo dinero, de todos modos necesitabas coquetearle a Operadora, porque las películas no a todo mundo se las pasaban y si Operadora decía: “pásame el cine”, tú decías “no, pues no puedo”, lo bloqueaba y no le daba películas. Operadora era el pulpo grande... y como siempre las compañías alquiladoras le daban preferencia a los que tenían más pantallas, porque exhibían más películas. Al que tiene dos, pues no le dan y si le dan, le dan lo que suelte otra, la que ya pasó, lo que ya está bien quemado, por eso se acabó el cine Laguna, por eso el señor Ramos Clamont se vio obligado a venderle a Operadora .



Notas

- 1 Orozco Dávalos, Albores del cine mexicano”, editorial Clío México 1996. Pág 13.
- 2 Alfaro, Francisco, La República de los cines, Editorial Clío México 1999. pág 12
- 3 Ibidem. pág 180
- 4 Ibidem pág 14
- 5 De los Reyes, Aurelio, Los orígenes del cine, FCE, México, 1983 pp. 158-59
- 6 Del Bosque, Homero, “Aquel Torreón” Instituto de documentación y centro histórico Eduardo Guerra, Segunda reimpresión Torreón, 2000.
- 7 Rivera, Max, “Los primeros tiempos, El cine y Torreón”, La Opinión, texto proporcionado por el autor en octubre del 2002 se desconoce fecha de su publicación.
- 22 8 Del Bosque, Homero. Op. Cit.
- 9 Lozano, José Carlos, Teoría e investigación de la comunicación de masas. Ed. Alambra Mexicana. México, 1996.
- 10 Quintanar, Lauro, Rivera, Max, “Cines de la Laguna”, El puente, año 1, Núm. 3, edit. Teatro Martínez, México, marzo-abril de 1991.
- 11 Cine Sonoro Mexicano 40 Aniversario, Comisión Organizadora de los Actos Conmemorativos del 40 Aniversario del Cine Sonoro mexicano, Lito Ediciones Olimpia, S.A México 1971.
- 12 Entrevista al proyeccionista Rogelio Medrano realizada por Edgar Ayala y Diana Torres Mestas. Octubre del 2002, Torreón coahuila
- 13 Entrevista a Francisco Murra, realizada por Brenda Aguilar y Mary Carmen Rodríguez en el mes de septiembre del 2002.
- 14 Entrevista a candelario Morales, administrador del cine Multimedios Cinemas realizada por Martha Rodríguez, Brenda Aguilar, octubre del 2002.
- 15 40 aniversario del cine sonoro, Op. Cit. pág. 21
- 16 Alfaro, Francisco. Op. Cit. pp. 44-45
- 17 Acta N° 15 folio 29 volumen 93 Registro de la propiedad, Torreón Coahuila.
- 18 Entrevista a Rogelio Medrano proyeccionista por Diana Torres en octubre del 2002 en Torreón, Coahuila .
- 19 Acta 155, folio 131, volumen 131, Registro de la Propiedad, Torreón Coahuila.
- 20 Acta 115, volumen 131, Registro de la Propiedad, Torreón Coahuila.
- 21 Entrevista a Max Rivera realizada por Martha Rodríguez., Brenda Aguilar y Diana Torres en octubre del 2002 en Ciudad Lerdo.

Bibliografía

- Aceves González, Francisco de Jesús. “Fuentes y pistas para desentrañar la historia regional de los medios masivos”. Investigar la comunicación. Propuestas Iberoamericanas, U de G, Centro de Estudios de la Información y la Comunicación, Asociación Latinoamericana de la Comunicación, México, 1994.
- Alfaro, Francisco. La República de los Cines. Editorial Clío, México, 1999.
- “Cines de la Laguna”. Revista El Puente. Teatro Isauro Martínez. Año 1, número 3, mayo-junio, México 1991.
- Cine Sonoro Mexicano 40 Aniversario, Comisión Organizadora de los Actos Conmemorativos del 40 Aniversario del Cine Sonoro mexicano, Lito Ediciones Olimpia, S.A México, 1971.
- Del Bosque, Homero, “Aquel Torreón” Instituto de Documentación y Centro Histórico Eduardo Guerra, Segunda reimpresión, Torreón, 2000.
- “Distribuidores de películas”, Revista El Puente. Teatro Isauro Martínez. Año 1, número 4, mayo-junio, México, 1991. pág. 29-32.
- Gómez Vargas, Héctor. Mirar a lo Lejos. Visiones sobre los medios audiovisuales de León. UIA-León, Instituto Cultural León. México. Pág. 78-93.
- Orozco Dávalos, Albores del cine mexicano”, editorial Clío, México, 1996.
- Reyes, Aurelio de los. Los orígenes del cine mexicano. FCE, México, 1983
- Terán Lira, Manuel. Historia de Torreón, editorial Macondo, Torreón, 1991.



Recomendaciones de una inexperta en cine

Daniela Contreras

Es bien sabido que en México existe un problema de distribución en cine, sin mencionar la falta de producción que tenemos, lo que empeora con el hecho de que recibimos principalmente películas producidas en Hollywood, por ello la gente no está acostumbrada a ver películas que no sean de éstas (yo incluida). Los datos más recientes del Instituto Mexicano de Cinematografía indican que en México se estrenaron 131 producciones de Estados Unidos, 25 coproducciones EE.UU.- Europa, 16 coproducciones de EE.UU. y otros países y tan sólo 54 películas mexicanas durante 2009. No se tienen datos de cuántas películas extranjeras, sin ser coproducción con el vecino del norte, se estrenaron. Por tal motivo anexo una lista de películas extranjeras y mexicanas, para quienes quieran refrescar su mente con filmes actuales y otros no tanto, de directores reconocidos y apreciados que conocí gracias a una clase de Historia del Pensamiento y por algunos medios de comunicación.

23

El séptimo sello (1957) del Director Ingmar Bergman, narra la historia de un hombre que ha regresado a su hogar después de años de estar lejos en las cruzadas; sin embargo, a su llegada se encuentra con la muerte y éste le ofrece jugar ajedrez con tal de conseguir algunos días más de vida.

Noches de Cabiria (1957) de Federico Fellini, protagonizada por su esposa Giulietta Masina. En el filme se plantea una realidad para muchos seres humanos en el mundo: la soledad. Cabiria es una prostituta en Roma que busca el amor pero no es tan afortunada para encontrarlo.

El ángel exterminador (1962) de Luis Buñuel. Protagonizada por Silvia Pinal y Jacqueline Andere. En una fiesta de clase alta los invitados, por alguna extraña razón, son incapaces de salir de la sala.

Una giornata particolare (1977) de Ettore Scola, cuenta la historia de una mujer (Sophia Loren) en la época fascista de Italia que tiene una vida poco satisfactoria, con un esposo y seis hijos que realmente no le prestan mucha atención, por lo cual se siente sola. Una mañana especial, cuando se lleva a cabo el desfile de bienvenida a Adolfo Hitler en Roma, ocurren hechos poco usuales que la hacen reflexionar sobre su vida.

Fanny y Alexander (1982) de Ingmar Bergman. Tras morir su padre, Fanny y Alexander se ven afectados, ya que su madre se casará nuevamente con un obispo que les ofrece una vida a la que ellos no estaban acostumbrados.

No amarás (1988) de Krzysztof Kieslowski es la versión filmica de un episodio de una serie de televisión en Polonia (dirigida también por él) llamada el Decálogo. Esta serie toma como referencia los diez mandamientos para narrar historias de gente que vive en un edificio de departamentos en Varsovia. Las obras más reconocidas de este director son Azul, Blanco y Rojo.

El Pianista (2002) de Roman Polanski, un pianista polaco judío sufre las inclemencias de la segunda guerra mundial y hace todo para sobrevivir a los campos de concentración Nazis.

Las estaciones de la vida (2003) de Kim Ki-duk nos narra la historia de un niño que vive con un monje en una pequeña isla solitaria y cómo con el paso de las estaciones crece y su vida va cambiando, llevándolo por un proceso de desarrollo que en muchas ocasiones es doloroso.

El Laberinto del Fauno (2006) de Guillermo del Toro. Es una producción de México, España y Estados Unidos, que narra la historia de una niña que es llevada a vivir junto con su madre a una base militar española con su nuevo padrastro, donde conoce una hada y a un fauno.

Estadísticas proporcionadas por: <http://www.imcine.gob.mx/informes-y-estadisticas.html>



La espera

Gabriela García Soto

24 Cada principio de año para los fanáticos de la cinematografía se presenta la oportunidad de ver la entrega de premios al cine más famosa del mundo: los Óscars. Se llevan a cabo desde 1929; aunque esa primera edición no tuvo mucha emotividad, ya que los ganadores fueron dados a conocer tres meses antes. En esta ocasión se celebró la octogésima tercera entrega, llevada a cabo en el tradicional Teatro Kodak en Los Ángeles, California. El glamour y el derroche no faltó en la alfombra roja; de igual manera, la comedia se hizo presente con los jóvenes anfitriones: Anne Hathaway y James Franco; y por supuesto, México se hizo presente con la nominación a mejor película extranjera por *Biutiful* de Alejandro González Iñárritu.

Todo parece estar servido entonces para aquellos que gustan del séptimo arte. Domingo en la tarde; sentado frente al televisor con algunas botanas y con la atención centrada en quién ganara el premio más importante de la noche, es decir, ¿Cuál será la mejor película? Hay diez nominadas que se disputan ese honor, pero finalmente solo una sale vencedora. Pero la verdadera pregunta aquí es: ¿estarán buenas esas cintas? Porque es bien sabido que la distribución de muchas películas tarda en llegar a México, ya sea porque les dan prioridad a otros países o no existen muchas copias de las mismas.

A unos días de la entrega, un comentarista de la radio de una cadena nacional, estuvo discutiendo los films que estaban nominados, cuales eran sus favoritos, y de manera optimista concluyó que casi todos los largometrajes nominados más importantes ya estaban en exhibición en los cines mexicanos y que solo faltaba el *Discurso del Rey*, pero que en cuestión de días estaría llegando. Sin embargo, este optimismo no aplica para todos en el país, porque ciertamente, esa misma tardanza que se presenta para que lleguen las cintas a México se da pero con las ciudades “pequeñas”, por llamarlas de alguna manera; lugares como el Distrito Federal y el área metropolitana, Guadalajara y Monterrey tienen prioridad por sobre el resto de las poblaciones, debido a su renombre y su gran número de habitantes; ya que esto significa que los ganancias pueden ser mayores en tales zonas.

De manera que como residentes de La Laguna, con una población de arriba del millón de habitantes, nos vemos rezagados en ese sentido. Podemos mencionar el caso del *Cisne Negro*, nominada a mejor película y de donde salió la ganadora a mejor actriz, Natalie Portman; esta cinta llegó a México el 11 de febrero, se exhibió como mencionamos en las grandes metrópolis del país y hace una semana, el 18 de marzo se estrenó en las salas de los cines de Torreón. Junto con ésta, llegó otro largometraje nominado y con actores ganadores,

El Peleador. Sin embargo, la gran ganadora de los premios Óscars, “*El Discurso del Rey*”, sigue sin pisar tierra lagunera; sigue su exhibición por las principales localidades, pero no sabemos cuando estará arribando a los cines locales.

Mientras tanto, aprovechando la euforia de saber que el trabajo de un mexicano estaría participando en la contienda por un Óscar, además de la oportunidad de generar un poco más de ingresos; en algunos cines se re-estrenó *Biutiful*, la cinta de González Iñárritu que representó la octava nominación de México en la categoría de Mejor Película Extranjera y que nunca se ha ganado.

Hablando de ganadores, en 1994 Steven Spielberg ganó un premio de la Academia por la dirección de la película “*Salvando al Soldado Ryan*”; cinta bélica protagonizada por Tom Hanks que nos narra como un escuadrón de combate se da a la búsqueda de un soldado. A 17 años de lo anterior, guardando la debida distancia, se estrenó lo que podríamos llamar la versión mexicana de la cinta de Spielberg. Ciertamente la historia es diferente, pero mantiene una base en común al exponer que es un grupo de personas al rescate de un soldado en una zona de guerra; con la diferencia que cuenta con ese humor que caracteriza a las cintas mexicanas, además de la presencia de los narcotraficantes.

Pero lo relevante de “*Salvando al Soldado Pérez*”, nombre que lleva la película, es que gran parte de sus grabaciones fueron realizadas en Coahuila, como las Dunas de Bilbao y otras locaciones de Viesca, Torreón y San Pedro de las Colonias. También, uno de los actores principales, el que hace de “el pumita”, Rodrigo Oviedo, es oriundo de Torreón y es uno de los fundadores de la casa productora originaria de la misma ciudad, Terregal Films; productora que junto con Viamedia y Lemon Films estuvieron encargados de la producción de este largometraje.

Por si fuera poco, ese mismo fin de semana que arribaron a nuestros cines las nominadas al Óscar: “*El Cisne Negro*” y “*El Peleador*”; en las instalaciones de un centro comercial de la ciudad de Torreón se dio el estreno mundial de “*Salvando al Soldado Pérez*”, una de las películas mexicanas más caras de la historia.

Y la historia va así, a pesar de que debemos esperar semanas para ver cintas que en otros lugares ya se exhiben, nadie nos roba esos minutos de fama ganados al ser el centro de atención aunque sea por un día, es cierto que no es el mejor film de todos los tiempos; pero por esta vez seremos el punto de partida en lugar de ser el punto al final del recorrido.



CARONTE

Julio Mejía III

25

El mar aguarda caprichoso. Se mece plácido a veces, con esa cadencia serena y seductora de sirena. A lo lejos –muy a lo lejos–, navegó una embarcación. Aquello fue cosa de hace varios ayeres, cuando el amanecer todavía significaba esperanza.

El capitán era un hombre cuya barba asemejaba la sabiduría de los mares. Poco se sabía de él. Un día, sin más ni más, llegó al pueblo. Se decía que vino del mar. Lo profundo de su voz y la firmeza en sus ojos fueron la única prueba que el pueblo jamás necesitó. Dejó tras de sí una marea tan apacible que fue imposible cuestionarlo.

Enseñó a los carpinteros a construir botes; enseñó a los granjeros a cultivar el mar; enseñó a todo el pueblo a soñar. Contaba, en sus muchos ratos libres, toda suerte de historias fantásticas: exóticas tierras lejanas bruñidas en oro macizo; brujas que enamoraban a los marineros con sus cantos; bestias que devoraban navíos enteros; ciudades enteras sumergidas en las aguas. El capitán se sentaba en una gran roca sobre la arena, su mirada surcando la lejanía hasta toparse con una puesta de sol; un suspiro largo y anhelante apagaba los cielos. Y entonces, el brillo de la luna y las estrellas sobre la playa daban razón a sus palabras.

Un día el capitán se quedó sin historias. Su memoria empezaba a flaquear y calló por largo rato. Aquella tarde, una lágrima más salina que todos los océanos juntos se escurrió por su mejilla. Jamás el mar se había manifestado tan silencioso como en aquella tarde.

Un oleaje melancólico le susurró al pueblo un sueño del cual se adueñarían. No habían pasado más de un par de días desde que cayó aquella lágrima oceánica. Fue el misterio de aquel discreto llanto lo que reunió a los hombres. (Nunca debe uno desobedecer el misterio – menos aún si se trata del misterio de los mares). Un bote y una tripulación entusiasta esperaban al capitán en la playa una mañana. En su rostro se dibujó una sonrisa cansada. Era hora de partir.

Partieron sin avisar. Despertaba el amanecer cuando las mujeres y los hijos se percataron de la ausencia. Pero no hubo necesidad de cuestionarse o hablar. Con cierto orgullo y algo de ingenuidad se henchían de orgullo al pensar en el ánimo aventurero de sus padres, hermanos, esposos e hijos. Y el mar, como notando el vigor de tantos sentimientos, respondía con su áureo fulgor.

Han pasado meses. ¿Tal vez años? Nada se sabe de los hombres. Las mujeres los esperan en la playa. Día y noche, sembradas en la arena, llueven suspiros y miradas de naufragio. Todavía no se ha dicho palabra alguna de lo ocurrido. Quizás al fingir que nada ha pasado, excepto, tal vez, un malentendido, todo volverá a ser como antes. El mar responde con un oleaje suave y desinteresado.

Una marea cada vez más mustia lava la triste memoria de aquel abandono. Ya no queda ninguna huella del capitán, ni rastro alguno de los varones de la aldea. Las madres fueron siempre vírgenes; los hijos, huérfanos. Los recuerdos fueron ahogados en las aguas del olvido.

Cierto día, un hombre cuya barba asemejaba la sabiduría de los mares llegó a la aldea. Dijo haber venido del mar. Contaba toda suerte de historias fantásticas al pueblo. Pero un día, despertó del falso encanto en que vivía. Tenía una misión por cumplir todavía. Lloró una lágrima solitaria. Los hombres del pueblo, respondiendo a su llamado, construyeron el humilde bejel que jamás regresaría a casa. Al anciano solo le quedaba sonreír en resignación. Y el mar, conmovido, susurró como solo el mar sabe hacerlo.



En el valle de Cuatrociénegas

Alberto Triana

26 —¿Quién es el gran dragón, aquel, al que el espíritu ya no quiere seguir llamando señor ni dios?

—No lo sé.

—”Tú debes” nos dice el águila, pero el espíritu de la serpiente dice “yo quiero”. Repita conmigo señor Madero: “yo quiero”.

—Yo quiero.

—En lo más solitario del desierto de Coahuila tiene lugar la segunda transformación señor Madero. La serpiente se transforma aquí en espíritu y quiere su libertad: reinar en su propio páramo. Ahora le vuelvo a preguntar: ¿Quién es el gran dragón, aquel, al que el espíritu ya no quiere seguir llamando señor ni dios?

—El gran dragón es don Porfirio. Es el dueño de esta tierra, el cacique. Esos sujetos aparecieron desde antes de la llegada de los españoles.

—Por fortuna fueron ellos los que llegaron primero a México porque trajeron el castellano: una de las flores de Europa.

—Como mexicano, siento la gloria creadora de España e Italia, naciones hermanadas por la cultura latina.

—Los romanos también tuvieron un origen difícil, bajo la tiranía de Tarquinio El Soberbio, último rey etrusco. Hasta que los primeras tribus de latinos y sabinos decidieron acabar con él y su reino. Luego de la destrucción, una loba alimentó a los gemelos Rómulo y Remo y así nació Roma.

—Pero las cosas no sucedieron exactamente así.

—Es cierto, la realidad fue mucho más cruda. Los primeros romanos ni siquiera tenían una cultura propia. Pero los padres de Roma y los magistris quisieron que fuera así porque querían mezclar a los dioses como Venus y Marte con sus héroes como Eneas al nacimiento de la urbe.

—Una fundación mítica, como la de Grecia.

—Las mitologías dan cohesión a los pueblos señor Madero. Nietzsche nos diría: “*Valores milenarios brillan en las escamas de Quetzalcóatl, y el más poderoso de los dragones en México habla así: todos los valores de esta tierra brillan en mí*” En cada una de sus escamas señor Madero brilla el “*¡Tú debes!*”

Jean Paul, un gran amigo de Madero desde sus estudios en Francia, temía al gran pensador alemán, pues frecuentemente es malinterpretado. Para los franceses desde Bazaine, el general Díaz estaba asociado con Marte, pues en los círculos militares siempre se preguntaron por qué nunca pudieron exterminarlo desde que midieron sus fuerzas en la Batalla de Puebla. Los europeos no sabían que los ancestros indígenas de Don Porfirio en las tierras de Oaxaca desenterraron una piedra de sol de Quetzalcóatl (asociada con Apolo) del tamaño de una sandía y la agregaron a su tradición del altar de muertos.

Pero Jean Paul, gran racionalista, creía que el General Díaz era a lo mucho un semidiós como Aquiles. Su punto débil serían las elecciones, donde finalmente perdería frente al descontento popular. Por eso en una carta animó a Madero a que siguiera preparando su borrador de La Sucesión Presidencial, donde expresaba sus anhelos democráticos:

Otros pueblos del continente viven en sí y para sí, como los minerales, las flores, el quetzal o el jaguar. México es el espejo universal que a todos recibe, la conciencia de América Latina. Más allá de sus proyectos agrícolas y de inversión recuerde que la democracia es la empresa más importante.

Le recuerdo un extracto de Julio Verne en El eterno Adán:

El progreso no es indefinido. La ciencia y la técnica no se transmiten a través de los siglos, sino que es necesario redescubrir y reinventarlo todo periódicamente, tras los cataclismos cíclicos que

retrotraen el hombre a las tinieblas del primitivismo. Lejos de ser lineal, la evolución es una espiral que retorna indefinidamente sobre sí misma, en la que los aciertos y los errores, el surgimiento, el auge y la decadencia de las civilizaciones se repiten a distintos niveles.

—A mediados del siglo pasado, los franceses llegaron con Marte a México —dijo Madero—. Don Jacinto estuvo entre las filas de don Porfirio:

—El general Díaz era monstruoso en el campo de batalla. Pusó la infantería rígida como un muro de piedra de Bonampak mientras la caballería y los cañones causaban estragos entre las tropas francesas. Bazaine lo despreciaba pues Díaz no tenía carrera militar formal, era uno de tantos generales improvisados que se fueron curtiendo durante las invasiones a México. La esperanza de vida de la soldadesca era muy corta, sólo duraban algunos años, si tenían suerte.

—Marte y Apolo volvieron a intervenir en Oaxaca. Hace treinta años don Jacinto era fuerte como Áyax, curtido por el campo. Junto con don Porfirio, eran sufridos y abnegados como legionarios romanos.

—Pero Bazaine planeó mal formación— espetaron los norteamericanos.

—Era imposible—respondió don Jacinto—. Dicen que Napoleón diseñó esa estrategia desde París. Fue aprobada incluso por el ministro de guerra francés en México. Después de los enfrentamientos Díaz se llevaba las insignias arrancadas a los uniformes de los cuerpos de los oficiales asesinados y las ofrecía como ofrenda a su dragón en el altar, sobre todo para el mes de noviembre.

—¿Por qué esa obsesión mexicana con la muerte? — preguntaron, pues no terminaban de comprender el temor irracional que se le tenía en México al general Díaz.

—La familia Díaz Mori fue la única que sobrevivió al brote de influenza española que acabó con comunidades enteras y sortearon muchas epidemias a lo largo del siglo pasado. El joven Porfirio entendió esto y conservó esa piedra como reliquia sagrada esperando que algún día le trajera fortuna y lo sacara de la pobreza. Incluso tuvo problemas en el seminario.

A Madero le fue mostrada una espada, hecha con acero de Castilla, las tierras del Cid. El arma perteneció al explorador Pablo de Oviedo, quien en un viaje al sur aprobado por Cortés, descubrió que los indígenas seguían rindiendo culto al dragón. Los norteamericanos trajeron la espada desde Viena, la capital del imperio austro húngaro: ahora Madero debía ser el heredero de este nuevo imperio, pues consideraban que el dictador Porfirio Díaz había fracasado en su intento de militarizar el país, pues México tenía las condiciones de ser una potencia eligiendo el modelo romano con el capitolio y el senado. Pero Madero quería la forma democrática de Atenas. Algunos norteamericanos no creían del todo en esas historias alrededor del general Díaz, pero lo cierto era que la democracia era también un mito desde la época de la Reforma.

—¿Qué necesita señor Madero? ¿Qué necesita para acabar con el dragón? ¿Armas? ¿Municiones? Se las traeremos de Estados Unidos, a cualquier precio. Un mexicano debe poner fin a este conflicto.

—Pero los mexicanos no desean las armas, pues no tienen el perfil de Aquiles, atleta de la guerra. Por el contrario, los mexicanos son como Héctor, domador de caballos: después de la jornada en el campo solo desean regresar al hogar con su Andrómaca.

—¿Juzga la voluntad guerrera de los pueblos por su tamaño señor Madero? Pues no debería hacerlo. Italia es una península y de ahí salieron las legiones de Roma que avanzaron por Europa y el Mediterráneo. La guerra es la fuerza motriz de las civilizaciones. Con la guerra tendrá industria señor Madero. Con la guerra acabará con la pobreza en su provincia, Coahuila (1).

—Había cinco reyes que rendían culto al dragón en México: el principal estaba en el centro y los otros cuatro representaban los puntos cardinales. Hasta que Quetzalcóatl se volvió hombre para compartir la tierra con Nezahualcóyotl, rey poeta.

—Pero fue derrotado por el dios-brujo Tezcatlipoca, espejo negro que humea, y prometió a los antiguos pobladores regresar desde el mar. En la mitología alemana el héroe Sigfrido mató al dragón Fafnir y al unirse con su sangre se volvió inmune al mal. En el origen de la literatura inglesa, Beowulf enfrentó también al dragón después de acabar con el monstruo Grendel.

—Comprendo la alegoría. En México, en cambio, no deseamos la muerte de nuestro dragón, pues trajo el maíz a los pueblos prehispánicos, cuando su sombra bajaba por los escalones de las pirámides al mediodía, señal del Apolo délfico. Quetzalcóatl, como Zaratustra, está dotado de una visión poderosa como el águila, mientras la serpiente anuncia el eterno retorno.

—Por eso está aquí en su tierra señor Madero, incluso el nombre Coahuila designa a la serpiente. Aquí aprenderá la eterna circularidad del tiempo, como las ondas dejadas por la víbora en la arena. (2)

—Pero el General Díaz tiene al ejército con él, sus comandantes rinden culto al águila. Sus cañones anunciaban el ruido del trueno. Combatió a los franceses en Puebla, escapó a la cárcel

de Bazaine. Juárez lo nombró general del oriente. Tiene toda la ciencia de la guerra. Y yo sólo soy un civil.

—Ahí tiene a su último señor: será enemigo de él y su régimen pues ha hecho imposible la vida a los mexicanos. Pronto se verá atrapado en el laberinto del valle de México. Pero la sombra del dragón le indicará el camino. Siga esa sombra señor Madero, siga esa sombra, y llegará al centro del laberinto. El fraude en las elecciones regresará, por lo que Marte y Apolo volverán a intervenir en el valle de México en este nuevo siglo. No le quedará más remedio que recurrir a las armas. Puedo asegurarle que la espada nunca conoció sangre indígena. Así consta en el diario del capitán Oviedo— dijo el orador, de modales prusianos.

28 Y en la runa de la espada de Madero fue grabado el signo del dragón. Juró nunca desenvainar el arma contra el pueblo. Tampoco deseaba la muerte de don Porfirio, el héroe de Oaxaca. Pedirá ayuda a Jean Paul y los franceses para forzar una salida del dictador hacia Europa, como Napoleón se retiró a Santa Elena. A la antigua usanza, Madero depositará el arma en el Castillo de Chapultepec y se retirará a la meditación en Palacio Nacional. Pero antes, tenía contemplado, a fin de temporada, llevar un arreglo floral a la Virgen (asociada con Atenea), en la capilla de Torreón, antes de partir a enfrentar al dragón en el valle de México durante su campaña anti reeleccionista. Madero comprendió que su viaje a la capital sería un viaje iniciático, de descubrimiento. Un viaje breve, pero de anhelos inmortales. (3)

Después de una oscura negociación con los norteamericanos, Madero había concluido su retiro espiritual con unos indígenas. Sus pesadillas donde era desgarrado como Prometeo por las águilas de don Porfirio eran frecuentes. Una vez que salga de su hacienda, Madero ya no regresará con vida a Coahuila como Héctor, quien descendió hasta el Orco(). Se cumple siempre la voluntad de Júpiter. Pero el sacrificio de la serpiente con el águila, de Madero frente al General Díaz, permitirá restablecer el orden de la naturaleza en México.

—El general Díaz ya no será más el gran dragón. El gran dragón de México siempre será Quetzalcóatl.

Así habló Francisco I. Madero.



Apéndice

Coahuila: en lengua indígena “serpiente que vuela”.

José de la Cruz Porfirio Díaz Mori (Oaxaca 1830-París 1915): Militar y político mexicano. Místico de la autoridad según Enrique Krauze.

Francisco I. Madero (1873-1913): Político mexicano. Místico de la libertad, Enrique Krauze.

Lucio Tarquinio el Soberbio (en latín, Lucius Tarquinius Superbus). último rey de Roma. Gobernante de los etruscos (Etruria).

Quetzalcóatl: deidad principal de las culturas de Mesoamérica, significa serpiente con plumas, serpiente preciosa, ave de las edades, gema de los ciclos, divina dualidad, pecado y perfección, movimiento y quietud. En lengua náhuatl, coatl, además de significar “serpiente”(como en el nombre Coahuila), también quiere decir “gemelo”. Quetzalcóatl es, entonces, el gemelo antagonista de Tezcatlipoca.

Marte: Dios romano de la guerra.

Apolo: Dios olímpico, representa la luz y el sol, la verdad y profecía, tiro con arco, la medicina y la música, lo mismo que la poesía y las artes.

Eneas: Héroe romano de la guerra de Troya, hijo del príncipe Anquises y de la diosa Afrodita.

Atenea: Diosa de la sabiduría, la estrategia y la guerra justa. Patrona de Atenas.

Pablo de Oviedo: personaje ficticio dentro del relato.

Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844 –1900) Filósofo alemán.

François Achille Bazaine (1811-1888): mariscal de Francia.

(1) Los norteamericanos confunden los estados de México, con las provincias de España.

(2) Analogía asociada con el cuánto, la energía primordial del universo.

(3) Madero es nombrado caballero por las principales logias y sociedades secretas de América.

La peonía multicolor

Iván Medina Castro

A Yukio Mishima

29

U nos meses antes de diciembre en el aciago año mizunoe-inu, noveno perro, la inclemente tempestad en la provincia Kai había anegado los sembradíos de uva, melocotón y ciruelo echando a perder toda la mies. No obstante esa calamidad, el invierno acostumbrado, suave y con poca nieve, giró desapacible para presentarse largo, frío y con abundantes copos. La villa Kofu estaba perdida sin su producción acostumbrada de frutas para mercar. La hambruna amenazaba a hacerse presente en cualquier momento.

Ante semejante suceso, se convocó a toda la aldea para una reunión extraordinaria dada la contingencia. La gente se congregó y cada uno de los lugareños a su turno manifestó su pensamiento. Ya siendo el momento del joven Kimitake, éste manifestó: “Venerada asamblea de aldeanos, yo tengo la solución. Los mayestáticos mensajeros han informado que el emperador Meiji convalece de una grave y misteriosa enfermedad, por ello la corte real ha convocado a todos los súbditos del reino a la búsqueda de la mítica peonía abigarrada en la cumbre del monte Fuji, para la elaboración de una pócima capaz de mitigar su mal, y quien entregue un renuevo de flor en el Castillo Edo antes de la aparición de la luna llena, será recompensado.”

Al escuchar la propuesta del joven, la muchedumbre se rodeó por un murmullo simultáneo hasta volverse un caos. El más longevo, se incorporó con dificultad e inmediatamente la algazara cesó.

-Kimitake, agradecemos tu ofrecimiento, pero generaciones han tratado de buscar el peculiar capullo de los cinco colores y nadie la ha hallado hasta ahora. Únicamente sé de su existencia por rumores generados por el paso del tiempo. Incluso, Tokugawa Leyasu, último gran general conciliador de los bárbaros, mandó una expedición de valerosos y diestros samuráis a la cúspide del cono volcánico con la consigna de que si no hallaban la flor, se abstuvieran de regresar. Hasta estos días nada se sabe de ellos. Además, se cree que una extraña criatura peluda conocida como abumi-kuchi protege el retoño durante su breve floración.

-Pero... -se atrevió a irrumpir el joven.

-¡Basta Kimitake!, olvídate de esa absurda empresa. No insistas, recuerda que la obstinación de los shogunes, igual que el de las personas comunes, empujan a acciones insensatas. -dijo con voz cascada el anciano.

La población entera se retiró del lugar sin haber logrado un consenso sobre cómo solucionar la crisis que se avecinaba.

Justo después de las primeras señales del deshielo, el joven campesino, desobedeciendo la prohibición del consejo, tomó su sable y su pequeña daga ceremonial y montó el caballo más veloz que había en las caballerizas, dando marcha a su encomienda con una luz de esperanza en los ojos. Pronto llegó a las faldas del volcán en los límites del barrio Shimizu y encontró un incontable número de personas dispuestas a hallar la reliquia, y a otros tantos que regresaban con semblantes compungidos y lánguidos por el desengaño.

Kimitake no se descorazonó por ello y, sin desistir, trepó la montaña escarpada y de difícil acceso, atravesó ríos caudalosos hasta llegar a la cima del cráter pero todo se presentó en vano, no era posible localizar rastros de la peonía ni a su defensor. El día declinaba y, junto con él, se dobló su espíritu. Decidió claudicar.

El joven, con su frustración a cuestas, deseó volver a su terruño, aunque no bastaba acudir al arrepentimiento. Y tal como los torrentes desatados cambian de cauce después de la tormenta, Kimitake saltó a la grupa de su fiel corcel negro y cabalgó desafortunadamente a través de un tupido bosque de bambúes. En su trayecto, vislumbró en un umbrroso paraje a un cuerpo que yacía sobre un lecho de crisantemos anaranjados y amarillos. Kimitake pasó de largo ignorando al

hombre pues su tristeza lo tenía cegado. Sin embargo, habiendo galopado algunos kilómetros de distancia, recordó las enseñanzas de su mentor en la pagoda: “dar es darse a sí mismo”. Por consiguiente, regresó a asistir al desvalido pese a su desolación.

Ya junto al necesitado, Kimitake se sobresaltó tras notar zarpazos profundos que le recorrían el cuerpo entero. Pronto preparó un campamento y cubrió con su chal al monje de largos cabellos blancos. Lo cuidó alimentándolo una hogaza, un poco de miel que sobraba, y lo confortó con sake de su odre. A los pocos días transcurridos, el monje se recuperó. No habló con Kimitake, simplemente sacó de su morral un revestimiento en pañuelos de seda y dijo: “por favor, acepta este presente, no tengo más pertenencia.” Kimitake tomó sin interés la envoltura y de idéntica manera la guardó en su sayal. Volvió a uparse sobre su rocín y trotó hasta llegar a un lago de límpidas aguas e, inalterable, contempló melancólico aquel paisaje tan amado y familiar. Sus oscuros ojos soñadores reflejaban el encanto del panorama. Todo era silencio y paz. Posteriormente, Kimitake se apeó de su animal y consciente de su desobediencia y fracaso, siguió el ritual seppuku para renunciar al último suspiro y así recobrar su honor.

30 Se prosternó mirando al sol naciente y buscó dentro de sus pertenencias el tanto de empuñadura con incrustaciones en jade. Mientras así lo hacía, desenvolvió accidentalmente el regalo obsequiado y su sorpresa fue mayúscula al observar un tallo de peonía hermoso y resplandeciente de varios colores y de un profundo olor a incienso. Kimitake, con llanto surcando su rostro, se postró allí mismo y ofició con fervor una plegaria a la deidad Ame-no-uzume por brindarle dicha y felicidad.

La proximidad del crepúsculo finalmente había llegado, y con ello el límite de la fecha estipulada. Kimitake, a sabiendas de eso, se dirigió hacia el Palacio Imperial. El jamelgo corría sin tomar aliento, pero por más veredas que cruzaba daba la impresión de que el día no iba a acabar nunca, todavía menos la tarde. Antes de la puesta del sol, ya exhausto y falto de ánimo, Kimitake llegó a las enormes puertas de roble blanco del alcázar y en aquel lugar se desplomó, satisfecho por haber rescatado de la inanición a los habitantes de Kofu y salvar de la muerte a su majestad.



El cielo perdido

Carlos Martín Briseño

Para Mónica Lavín

31

Iracema permaneció de pie unos segundos junto a la escalerilla del aeroplano, masajeándose las sienas, ajustándose los lentes oscuros en el calor de la tarde, sin aceptar la ayuda de su marido para descender. “Sabía que iba a afectarme”. Se pasó la mano por la frente, quejándose de un intenso dolor de cabeza que atribuyó al cacofónico zumbido del motor y al reflejo del sol desde el océano.

Ya en el bungalow, Romero fue a la ventana, aspiró el aire puro de la isla y, recostándose en el alféizar, se felicitó por su elección. Desde ahí, el exuberante jardín sembrado de buganvillas, el sendero de las orquídeas recortadas; mas allá la playa pringada de cocoteros, y el océano de aguas calmas y azulosas le recordaron las pinturas de Gauguin. La Orana María sobre todo, uno de sus lienzos preferidos, y que admiró casi una hora en el MoMA de Nueva York.

El sitio sobrepasaba sus expectativas. En esta ínsula del Pacífico, el delirio cromático del pintor francés parecía aleccionado a cada momento por la naturaleza. Aquí tendría tiempo para reconquistar a su mujer, sustraerse un poco del cataclismo de la ciudad y sondear en las profundidades de la más reciente novela del autor húngaro, de nombre impronunciable, que se había comprometido a reseñar. Afuera, con una paciencia de animal cansado, el sol iniciaba su descenso.

En el silencio instalado entre los dos, mientras Iracema desempacaba, Romero abrió un frasco de aceitunas negras, sacó la botella de Hendrick’s y preparó dos gin tonic. Ofreció uno a su mujer, que lo dejó olvidado sobre el buró, y tomó asiento en un sillón de rattan, desde donde podía observar a gusto la silueta de Iracema. El tiempo no le había hecho mella. Conservaba las piernas bien formadas, libres de várices, las rodillas lisas y ese trasero firme y redondo que lo trastornaba. Las virtudes del yoga y la ausencia de maternidad habían tenido un efecto benéfico: seguía casi igual que veinte años atrás, cuando la descubrió entre los alumnos en el salón de clases.

Con un doctorado en el extranjero, él iniciaba entonces la docencia. La mujer, la carrera de Letras. No fue a primera vista. Se enamoraron con lentitud, recelosos, prudentes, persuadidos por la filosofía de Erick Fromm de que el verdadero amor es un sentimiento donde dos seres se convierten en uno y, no obstante, siguen siendo dos.

Sorbió de su copa. La memoria lo retrajo a esa tarde de aguacero en que la mayoría de sus alumnos no llegó a la facultad y aprovechó para invitarla al cine club del campus. Vieron Indochina. Al salir fueron a cenar a un café del centro histórico. Ahí, animado por el vino, le habló de la pulcritud en la fotografía de la cinta, disertó sobre los diálogos que hacían pensar en un guionista talentoso, alabó el acierto del director por elegir a una Deneuve, ya mayor, como heroína de un film que aborda la decadencia del imperialismo francés. Iracema se mostró deslumbrada con todo ese despliegue de erudición, mientras su mirada iba de las manos grandes a la barba cerrada hasta detenerse en sus labios. La edad no parecía importante.

Ojalá, piensa, al servirse el tercer gin, haya valido la pena haber venido de tan lejos.

Lenta, la brisa trajo consigo a la noche. En la penumbra de la habitación, tras un baño de agua caliente y un estoy cansadísima, Iracema se quedó profundamente dormida. Romero la miró con el mismo deseo de todos esos años. La halló, incluso, más hermosa en esa cama colgante, rejuvenecida sobre aquellas sábanas ajenas. Bebió su quinta copa hasta el fondo y decidió tomar una ducha. Se burló de la simplista concepción ecológica de los isleños: el agua brotaba de una caracola.

Despabilado, fue hacia la hamaca de la terraza y abrió las páginas de la novela que había

traído consigo. En un principio le irritó la insistencia del narrador por inmiscuirse en el destino de sus personajes: una pareja en conflicto incapaz de sobreponerse a la pérdida accidental del hijo, y que se refugia en una casa junto al lago Balatn, cerca de Budapest.

Romero dedujo que el húngaro practicaba este anacronismo, combinándolo con profusas descripciones, con la intención de parecer deliberadamente vanguardista, aunque en él, lo único que provocaba era un profundo desaliento. Sólo hasta el tercer capítulo cayó en la cuenta que se trataba de un ingenioso truco al servicio de la verosimilitud. Entonces se dejó envolver por la trama de la novela. Su memoria almacenaba las imágenes: el condominio frente al lago, la piscina rodeada de arbustos olorosos, ese sol empalidecido, las armonías del vodka al verterse sobre el hielo y la pareja que buscaba expiar culpas a través una discusión permanente. Ahora era un voyeur del juego que sobrevino en el rellano de la escalera, cuando la mujer quiso huir y refugiarse en la habitación. La entrega fue rápida, instintiva, indispensable para otro comienzo.

32 Pesados los párpados, con el libro resbalándose de las manos, Romero cedió al cansancio. Soñó con Iracema desnuda, acostada de espaldas sobre un camastro, la misma posición de la nativa en *El espíritu de la muerte*. Luego se descubrió agazapado, mirándola, y justo cuando iba a atacarla, volvió a la realidad. Sudaba. Y tenía una erección. Detestaba la frialdad de su mujer, las escaramuzas del domingo por la mañana que él complementaba con la visita a una casa de masajes, una o dos veces por semana. Hacían el amor con prisas; la mente ocupada siempre en proyectos académicos, varados en ese acuerdo de conveniencia que los ayudaba a seguir adelante con sus aspiraciones profesionales.

El precario equilibrio empezó a resquebrajarse cuando Iracema, al cumplir cuarenta y cuatro, llegó puntual a la menopausia, comprendiendo que no tendrían ya ni la esperanza de un hijo que los obligara a mantenerse juntos. Los meses subsecuentes la relación devino en una silente coexistencia. Más tarde ella anunció que no tenía ánimos para continuar.

Romero sintió miedo. Ella era la única que lo comprendía un poco, la única capaz de soportarlo. Tenía dificultades para concentrarse en sus artículos y leer sin anteojos. ¿Comenzaba su descenso? Así que sugirió este viaje. Perderla confirmaría su ruina. Por eso se encontraba aquí, de madrugada, intentando leer bajo el manto ambarino del cuarto creciente de la luna, a punto de acostarse junto a una Iracema que, probablemente, ni siquiera ahora, en este rescoldo del paraíso iba a condescender a sus deseos.

En el comedor, el mesero le informó que Iracema había salido temprano a recorrer en bote los manglares. Su disgusto le contrajo la mandíbula. Ese paseo debió ser para dos. ¿Por qué bebí tanto? Le punzaban las sienes, sintió la espalda y cuello rígidos... se había quedado entumido en la hamaca, los lentes puestos, el libro en el pecho, y sólo despertó hasta muy entrada la mañana, cuando la impertinencia del sol cayó sobre su rostro. En su berrinche, derramó la taza del expreso recién servido. El mozo trató de ayudarlo pero Romero se opuso cortésmente. Decidió regresar a las páginas de su novela. Antes de retirarse, dejó un billete de diez dólares y pidió que le llevaran hielo y agua tónica al bungalow.

Llenó su vaso con más ginebra y se acomodó en la hamaca de la terraza. Ahora la pareja parecía haber establecido una tregua para renovar su apetencia sexual. Y en este punto el autor se enfrascaba en un largo y farragoso retrato del lago y sus alrededores que a Romero le pareció excesivo. Prosiguió la lectura un par de horas. A ratos dormitaba y, en los sueños, confundía su vida con la historia. El recuerdo de Iracema llegaba constantemente a su cerebro. Tratando de mantener los ojos abiertos, divagaba y debía refrescar su garganta para desperezarse. Finalmente se durmió.

Cuando abrió los ojos era noche. Oyó el mar y sintió la piel fría. El libro había caído, las páginas estaban cubiertas de arena. Se inclinó para recogerlo. Al levantar la mirada vio luz en el cuarto y se puso tenso. Dispuesto al reclamo, se encaminó hacia la habitación. Se imaginó gritándole, sacudiéndola, echando en cara ese mutismo suyo al que atribuyó el desastre de la relación, pero antes de poner la mano en el picaporte, cayó en la cuenta de que todo era enormemente cursi, una escena salida de la pluma de Toni Morrison. Y el viaje había sido demasiado largo como para agotarlo en discusiones.

Abrió la puerta, llegó despacio a la cama donde Iracema leía *Deseo*, de Elfriede Jelinek. En otra ocasión le diría qué piensa de la austriaca. Se sentó al borde de la cama y pidió disculpas. Iracema cerró el libro y lo miró con lástima. Dejó que pasaran unos segundos sólo para decirle que se hallaba verdaderamente cansada. Romero quedó en silencio, inmóvil, aguardando que las palabras fluyeran voluntariamente de su boca. Permaneció así hasta que escuchó:

—Mañana la pasamos juntos, lo prometo; despiértame temprano para nadar —al tiempo que ella desapareció bajo las sábanas.

Al amanecer se acercaron juntos a un mar frío, discretamente turquesa bajo el sol que vacilaba en asomar por completo. Iracema se zambulló sin mayor trámite, pero él prefirió quedarse cerca de un cocotero, mirándola. Volvió a la novela y al rato ya estaba cabeceando, lidiando con una historia que no acababa de convencerlo. Había leído más de la mitad y no vislumbraba aún cual habría de ser el desenlace de estos amantes que buscan en el sexo redención a sus errores. Dejó el libro y dormitó un instante. Despertó inquieto y buscó con la mirada la figura de su esposa. La vio pequeñísima, ondulante entre el azul movimiento de las olas. Tuvo la impresión de que se la tragaba el océano. Nervioso, se puso de pie y fijó bien la vista. La iridiscencia del sol y el sudor que mojaba sus pestañas le impidieron hallarla al primer intento. Después la descubrió nadando hacia la orilla y corrió hacia ella. La vio salir con el miedo impreso en el rostro y presintió que no se había equivocado.

—¡Me jaló! ¡Me mordió! —dijo exaltada, llorosa.

—¿Sucedió algo?

—¡Tú y tus idioteces de venir hasta aquí! —señaló una herida en la planta de uno de sus pies.

Romero quedó sin saber cómo responder. Petrificado. Fueron unos segundos, pero tuvo tiempo para vislumbrar una vejez sin Iracema. El futuro siempre es una mierda. “Y el amor finaliza tan pronto como sentimos a un ser limitado”, resonaron en su cerebro las palabras de Nietzsche. ¿Por qué no la devoró el mar? Me toca ser un viejo abandonado. Qué remedio.

Enseguida la estrechó contra sí y la condujo con firmeza al bungalow. Sin dejar de sollozar, la mujer untó su piel húmeda a la del hombre y se dejó llevar hacia la cama colgante. Sentirla tan suave e indefensa sobre las sábanas le hirvió el cuerpo. Y sin dar tiempo a reaccionar, le quitó el traje de baño y se le encimó. Fue un acto breve y seco, un estallido encubierto por la soledad de la isla y los rumores del océano.

Aún desnudo, sin hacer caso del llanto apagado de Iracema, Romero se sirvió otro vaso de ginebra y salió una vez más a la terraza para continuar la misma, interminable historia.



“ambienta 2”
 óleo sobre tela/madera

La literatura policiaca mexicana: un caso abierto

Gabriel Trujillo Muñoz

34

El escenario del crimen

Empecemos por una descripción. He aquí un criminal de éxito, un militar prominente, un hombre cercano al poder, que ha ganado su fortuna con las malas artes del robo, el secuestro y el asesinato, y que por su condición de intocable se halla protegido por la ley pues él mismo es su representante. Contemplémoslo en su momento de mayor poder. Veamos cómo se pavonea frente a la sociedad gracias a que se sabe impune por sus crímenes. He aquí, entonces, en una sola persona el símbolo de lo ilegal y lo legal, de la justicia que sirve de fachada al abuso, la prepotencia, la arbitrariedad.

Quien nos lo describe lo conoció en persona: era un tipo “sociable y simpático en su trato personal, que tenía, como se dice vulgarmente, muy buena presencia, que era lujoso y hasta exagerado en el vestir, pues siempre traía cadenas muy gruesas de oro enredadas en el chaleco, botones de hermosos brillantes en la camisa y anillos de piedras finas en los dedos”. ¿Estamos hablando de un narcotraficante mexicano de reciente factura? No. El personaje aludido es el coronel Juan Yañez, ayudante del presidente de la república, el general Antonio López de Santa-Anna, en la cuarta década del siglo XIX. Este coronel trabajaba en el propio palacio nacional. Y desde ahí, “era el jefe de una asociación que tenía cogidas como en una red a la mayor parte de las familias de México. El aguador, la cocinera, el cochero, el portero, todos eran espías, cómplices o ladrones” bajo el mando de este hombre ostentoso.

Por tales hechos delictivos, Manuel Payno (1810-1894), el novelista mexicano adherido a la narrativa costumbrista, lo tomó de modelo para escribir su última novela, *Los bandidos del río frío* (1889-1891), que fue publicada en forma de folletín con enorme éxito del público lector de aquellos tiempos. Quizás porque la novela de aquel coronel, al que Payno llamó Relumbrón, daba cuenta cabal de la trama que unía la vida social y la vida criminal en el México recién independiente. Y al poner en pie a una serie de personajes, la mayoría provenientes de la novela picaresca nacional al tipo de Joaquín Fernández de Lizardi y su *El Periquillo Sarniento* (1816), su novela ofrecía un retrato veraz de los entretelones de la vida comunitaria, un panorama donde se congregaban todas las clases sociales bajo una mirada crítica no sólo de la condición humana, sino de las veleidades propias de un México que oscilaba, ya entonces, entre el desprecio por la autoridad y el temor al despojo, entre el encumbramiento de los fuera de la ley y el afán patrimonialista familiar de la incipiente clase media.

En *Los bandidos de Río Frío*, lo mismo que en *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama* (1865) de Luis G. Inclán, el delincuente aparece como un destructor del orden social, pero también como un personaje fascinante por su forma de ser o de actuar. Pero Payno no se deja engañar por los fastos de Relumbrón. Para él, como para sus lectores contemporáneos, la anécdota de su novela toca un punto vital: el del estado como una mafia mayor. El de la criminalidad que utiliza la maquinaria del gobierno para seguir asediando a la sociedad desde lo criminal. O viceversa: el estado que usa a los bandidos como grupos paramilitares para usos represivos. Así, cuando finalmente a Yañez se le atrapa -fue aprehendido en el mismo palacio nacional-, el juicio subsiguiente provoca que un fiscal fuera envenenado y que un escribano, el que llevaba la causa, fuera “casi muerto a palos en una calle oscura” para detener la investigación en proceso.

Payno asegura que, a pesar de que “personas de categoría y de buena posición social estaban complicadas, y se hicieron, por éste y otros motivos, poderosos esfuerzos para echarle tierra, como se dice comúnmente, pero fue imposible”, ya que el escándalo había sido grande, la

sociedad de la capital y aun de los estados había fijado su atención y se necesitaba un castigo ejemplar”. Por eso, después de largas liberaciones, el coronel Yañez, junto con varios de sus cómplices, se les sentencia a muerte y finalmente son ejecutados. Y Payno concluye asegurando que “el personaje, pues, que figura en la novela, ha existido realmente; pero por más que he hecho para inventar lances, robos y asesinatos, me he quedado muy atrás de la verdad, y el extracto de la causa habría sido más interesante que cuantas novelas se puedan escribir”.

De esta manera podemos ver que la literatura policiaca, que la narrativa criminal mexicana, está anunciada en *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno con la claridad que da contemplar el poder y sus tentáculos. Es obvio que Santa-Anna se vio forzado a sentenciar a un hombre que no era menos criminal que él mismo, y que lo hizo ante la presión de la opinión pública y recordando, maquiavélicamente, que con un escarmiento así él, como presidente de la república, quedaba fuera de toda sospecha criminal. Un final de novela negra acorde a la negra historia de aquel México tan pleno de traidores y tan necesitado de ciudadanos comunes, honestos y laboriosos, como las cientos de víctimas de Relumbrón y su banda de asesinos y ladrones.

Huellas dactilares

Cuando Payno murió, en 1894, las cosas seguían igual que en los tiempos de Santa-Anna. En pleno porfiriato, los representantes de la ley actuaban como criminales. Es decir: eran los nuevos relumbrones en busca del negocio ilegal que los convirtiera en hombres prósperos e intocables. Jacinto Barrera Bassols publicó en 1997, *El caso Villavencio*, una biografía de uno de estos criminales bajo el amparo de la ley. Su nombre: Antonio Villavencio, policía, gendarme y agente secreto de don Porfirio Díaz, que intervino en la aplicación de la ley fuga contra un magnicida fallido que intentó, en 1897, matar al dictador. Más tarde, en 1908, fue enviado a Chihuahua para conducir la investigación sobre un desfalco al Banco Minero, propiedad del poderoso clan Terrazas-Creel, donde la oligarquía local le pagó para que buscara chivos expiatorios y no descubriera a los verdaderos culpables, que no eran otros que los propios banqueros locales.

Vista así, la vida nacional, como lo dice el autor de la solapa de *El caso Villavencio*, ha reconocido la imposibilidad de la justicia cuando la propia autoridad la subvierte u obstaculiza. Y la sociedad misma acepta que violencia y política son hilos entrelazados que difícilmente pueden romperse. Esta conciencia ha hecho que parezca inútil escribir, en México, literatura policiaca. ¿A quién le importa descubrir al criminal si éste, probablemente, escapará del castigo? ¿De qué sirve hallar el móvil de un delito cuando la causa obvia es económica o política? Y si es la primera, ¿quién tiraría la primera piedra? Y si es la segunda, ¿quién se pondría con el ogro filantrópico a las patadas? Sólo queda la saga del Robin Hood mexicano, el ladrón que roba a los ricos para repartir las ganancias entre los pobres. Llámese Eraclio Bernal, Chucho el Roto o Jesús Malverde. Esperanza de los pobres y terror para los ricos.

Por eso buena parte de la narrativa policiaca mexicana surge de espaldas a esta realidad: como un juego intelectual de salón, en ámbitos sociales específicos, donde el enigma criminal es plausible y entretenido. En este caso, la indagatoria es más psicológica que social. Es la mente criminal la que centra la atención de quienes practican, como pioneros, este género literario. Por otro lado, lo policial se vuelve una exposición de la lucha del poder, una radiografía del estado de nuestro Estado nacional. Aquí lo criminal se relata a través de los brazos ejecutores de la ley, de los ajustes de cuentas del gobierno (o del caudillo) en turno.

La primera veta, la más tradicional, la más apegada al detective racionalista anglosajón, como el Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle, tiene como primer antecedente a José María Barrios de los Ríos. De ella provienen autores como Rafael Solana, Antonio Helú, Rafael Bernal en su primera época y María Elvira Bermúdez. La segunda veta, donde lo policiaco es lo político, donde la ley es la que establece las argucias de lo criminal, puede ser rastreada a partir de Payno. Al naturalismo de éste le siguen autores como Martín Luis Guzmán, Rodolfo Usigli y el Rafael Bernal de *El complot mongol*. Sin olvidar, por supuesto, los corridos de contrabandistas y narcotraficantes que se han popularizado tanto como para crear auténticas sagas criminales, una épica aparte, en el transcurso del siglo XX.

Más tarde aparece la parodia del género, con Pepe Martínez de la Vega y su detective de Peralvillo y Anexas: Péter Pérez, que con su nombre en inglés reconoce sus deudas con la literatura anglosajona, y Jorge Ibargüengoitia, que se burla de la visión político-policíaca a la Martín Luis Guzmán en *Los relámpagos de agosto*. Pero esto ocurre en las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo XX, cuando ya se publican en el país revistas especializadas como *Detective internacional* (1945) *Selecciones policiacas y de misterio* (1946) y *Aventura y misterio* (1957), y circula ya la primera antología del género en México: *Los mejores cuentos policiacos*

mexicanos (1955) de María Elvira Bermúdez. Esto es: en la época dorada, la primera, la pionera, de esta literatura en el país, porque cuenta con editores que la apoyan y con lectores que la buscan y se identifican con ella.

Es entonces cuando escritores del mainstream literario se acercan a este género por medio de ensayos eruditos (Alfonso Reyes) o a través de su incursión en esta narrativa: José Revuelta con *Los motivos de Caín* (1957), Vicente Leñero con *Los albañiles* (1964) y *Asesinato. El doble crimen de los Flores Muñoz* (1985); Jorge Ibarguengoitia con *Los relámpagos de agosto* (1964) *Maten al León* (1969), *Las muertas* (1977) y *Dos crímenes* (1979), o Carlos Fuentes con *La cabeza de la Hidra* (1978), sólo para nombrar algunos de los autores más representativos. En los últimos veinte años, a ellos se han sumado Sergio Pitol, Luis Arturo Ramos, Fernando del Paso, Enrique Serna y un larguísimo etcétera.

36 Pero el escritor que representa al San Juan Bautista de la nueva narrativa policiaca mexicana es Rafael Bernal. Con su última novela, al igual que Manuel Payno, modificó para siempre las reglas del género en la literatura nacional. Por vez primera, el investigador-protagonista tiene dudas sobre la justicia que dice respaldar, ya que en la intriga internacional en que se ve envuelto, donde la CIA y la KGB lo desdeñan, no hay donde cubrirse, no hay en quién confiar. Por vez primera sentimos que estamos, como el protagonista de Bernal, en terreno abierto y que somos el blanco móvil de todos los involucrados en la trama. La certeza en el estado mexicano, el honor personal, el amor o la amistad ya no tiene, en El complot mongol, razón de ser. Estamos solos e indefensos porque somos ciudadanos de segunda en una nación de tercera. Comparsas en la fiesta de las balas. Cadáveres invitados al banquete de la muerte.

El detector de mentiras

Lo que sigue es, cosa curiosa, el regreso del detective mexicano, pero ya no del investigador metódico y racional, aunque sus hábitos o apariencia lo nieguen, que no pierde ningún detalle de la escena del crimen, como sucede con Máximo Roldán, el detective de Antonio Helú; o Armando Zozaya, el de María Elvira Bermúdez; o Teóduo Batanes, el de la primera época de Rafael Bernal. Ahora el punto de referencia no es el investigador sagaz a la Hércules Poirot o Miss Maple, sino el detective duro y sin piedad, que conoce en carne propia la violencia ciudadana, los rincones oscuros de la gran ciudad, y que vive en esa zona fronteriza entre la ley y el crimen, entre sus compromisos solidarios y sus instintos de supervivencia. Un hombre individualista, al margen de la sociedad, pero que no carece de su propio código de honor, que sabe qué es lo justo y qué lo injusto. ¿Para qué decir más? Estamos ante el primer detective a la medida del México contemporáneo: Héctor Belascoarán Shayne, que vive en el centro de la ciudad de México y comparte su oficina con un plomero, un tapicero y un ingeniero especialista en los subterráneos del Distrito Federal.

Nacido gracias a la pluma de Paco Ignacio Taibo II, Belascoarán Shayne se da a conocer en *Días de combate* (1976) y logra el estrellato, es decir, la empatía con los lectores mexicanos, a partir de *Cosa fácil* (1977). Su aparición marca un hito en la narrativa policiaca nacional. Viene, en todo caso, a sustituir a los investigadores nacionales a la antigua usanza que buscaban las claves del crimen en el propio criminal y no en el entorno, no en la red de complicidades que hace del ladrón o del asesino sólo una pieza más de la maquinaria del poder en turno. Y es esa maquinaria, ese poder, lo que busca revelar la novelística policial de Paco Ignacio Taibo II. Y lo que éste descubre por medio de su detective, lo lleva a cabo también Federico Campbell a partir de ir desmenuzando lo criminal como parte indisoluble del quehacer del estado moderno en su novela *Pretextos* y en sus diversas colecciones de ensayos sobre la sicilianización de la sociedad mexicana. De nueva cuenta, lo policiaco se transfigura en lo político. Juego de sombras chinas que van desde León Toral en *La Bombilla* hasta Mario Aburto en *Lomas Taurinas*.

Reconozcámoslo: Héctor Belascoarán es un personaje prototípico de la generación del 68 -antiautoritario, vehemente luchador por la justicia plena en aras de un ideal social, solitario desconfiado de las trampas del poder-; un héroe a la medida de la izquierda no dogmática que comienza a surgir en los años setenta. Aún hay en él un culto por la violencia, pero Paco Ignacio Taibo II apuesta por la cultura popular como un refugio solidario ante las crisis interminables en que se va deslizando el país. Con la aceptación masiva que logra su detective, la novela policiaca mexicana se robustece durante las décadas siguientes, en íntima relación con el surgimiento de la sociedad civil en todos los ámbitos de la vida nacional.

A fines de los años setenta y en el transcurso de los años ochenta, la narrativa policiaca se consolida definitivamente en México. Autores como Rafael Ramírez Heredia, Malú Huacuja, Edmundo Domínguez Aragonés, Luis Arturo Ramos, Orlando Ortiz, Myriam Laurini

(argentina residente aquí) o Rolo Díez (chileno vecindado en México), levantan la obra negra de este género literario en el país. Cada uno de ellos ve la realidad nacional desde ópticas policiacas que incluyen lo psicológico, lo fantástico, el thriller o el relato de aventuras. El detective duro, cínico, que mide el mundo con el rasero de su inteligencia mordaz y su fraternidad pasada de moda, está al orden del día. Destacan aquí las novelas y cuentos de Rafael Ramírez Heredia con su investigador privado, Ifigenio Clausel, que como el personaje de Paco Ignacio Taibo II, sólo puede escupir carajos ante el caos en que vive inmersa la sociedad mexicana. Dos antologías dan cuenta de la historia y vitalidad de lo policial en la narrativa nacional: *El cuento policial mexicano* (1982) de Vicente Francisco Torres y *Cuento policiaco mexicano. Breve antología* (1987) de María Elvira Bermúdez. Recuentos de una investigación en proceso, crónicas de una literatura que ya ha levantado cabeza, aunque los críticos literarios aún la vean con desconfianza, si no es que con disgusto.

Para entonces, el género policiaco ya ha obtenido carta de naturalización en el país. Y eso que apenas unos años antes, el propio Carlos Monsiváis, el cronista cultural más despierto del país, había señalado la imposibilidad de su práctica con buenos resultados, ya que no podía, según él, ser creíble pues “si esta literatura aspirase al realismo, el personaje acusado casi nunca sería el criminal verdadero y, a menos que fuese pobre, jamás recibiría castigo” por sus fechorías. Estas palabras, publicadas en 1973 en la *Revista de la Universidad de México*, acabarían por no tener ningún sustento ante personajes como Belascoarán y Clausel, quienes, como buenos hijos de la novela negra norteamericana, dirían que “la justicia es mía”, “que el castigo lo imparte uno y no la ley”. El detective como un juez de la horca, pero también como un héroe redentor, como un hombre que vuelve a poner en equilibrio, con sus propios métodos y sus escasos recursos, la balanza de la justicia, el orden del mundo. Por eso, más que detectives privados, los héroes de la nueva narrativa policial mexicana son ciudadanos cansados de esperar que la justicia haga justicia. Hombres de ley en un orbe de criminales bajo el amparo del poder. Minorías empeñadas en una cruzada imposible de realizarse en su totalidad y, por ello mismo, trágicamente gloriosa, necesariamente inútil.

Testigos de cargo

La última década del siglo XX ve llegar una nueva oleada de cultivadores del género policiaco. Si sus abuelos se entretuvieron con enigmas de salón de té, con asesinatos absurdos o pasionales, que la fría razón del investigador nacional dilucidaba con buena fortuna y para satisfacción de todos los involucrados, excepto, claro, del culpable en turno; si sus padres preferían la novela de intriga internacional que sucedía en México o vislumbraban las conexiones entre el poder y el crimen con detectives capaces de tener una conciencia política, una visión de conjunto de la vida nacional; los recién llegados ya pertenecen a una generación nutrida con la cultura de masas tanto como por literatura policiaca. Son, pues, autores educados por MTV y el cómic japonés, asiduos del internet y apasionados del lado oscuro de las grandes urbes del mundo, lo que incluye asesinos en serie, experimentos genéticos, mesías suicidas y magnicidas en potencia. Como lo expone Leobardo Saravia en su prólogo a *En la línea de fuego* (1990), estos nuevos relatos:

No se ajustan a ningún esquema preestablecido y tiránico que los determine; no campea la justicia ejemplarizante, ni el pedante del héroe sonríe a la cámara. No hay una especial prevención contra el crimen. Se le asume como un suceso límite y predecible. La justicia no aparece y cuando lo hace, se deja convencer venialmente, la corrompe su propia ineptitud o se equivoca candorosamente: la justicia siempre como variable dependiente. En este ambiente, la violencia policiaca se erige como “la objetivación concreta del poder”, como lo afirma el académico Nicholas Kaldor. Una anotación derivada de la lectura es que en estos cuentos a nadie le interesa aclarar ningún crimen o solucionar algo; domina el escepticismo, el desencanto al plantear el crimen y sus alrededores: la lógica de la ejecución. Aparecen en escena otros móviles más terrenos: la ambición, la lujuria o la venganza. Prevalece una indiferencia por la razón y la justicia: la plenamente moderna “banalidad del mal”. Esta es una diferencia radical respecto a las convenciones del género. A nadie le interesa, al parecer, acometer la solución del crimen o de cualquier desafío justiciero. Queda únicamente el hecho consumado, sin referente ni asidero moral alguno. Ni siquiera el claroscuro del bien y el mal en su eterna lucha de marionetas.

Ninguno de los autores finiseculares de tales textos quiere restablecer el orden del mundo porque su hábitat original, su medio natural, es el caos social, la vida como ruptura y disolución. El país en que han crecido y madurado ya no es del desarrollo estabilizador del

que escribieron Helú, Bermúdez o Martínez de la Vega, ni el país en revuelta juvenil y sueños revolucionarios de Taibo II o Ramírez Heredia. El contexto es otro aunque parezca ser el mismo: el auge del narcotráfico como un poder omnipresente; la caída paulatina pero cada vez más acelerada del sistema político mexicano; las luchas del poder entre grupos antagónicos que llevan al asesinato de miembros de la iglesia, presidentes de partidos o candidatos a la presidencia; la rebelión zapatista, pro derechos indígenas, en Chiapas; la espiral en ascenso de la violencia ciudadana; la migración masiva rumbo al vecino del norte y su cauda de conflictos fronterizos, el auge de los linchamientos como justicia expedita en diversas comunidades; la aparición de la intolerancia étnica, religiosa, sexual, en forma pública y violenta, auspiciada muchas veces por grupos de interés particulares más que gubernamentales. Dos obras clarifican la situación de esta literatura: *Antihéroes. México y su novela policial* (1993) de Ilán Stavans y *Cuentos policíacos mexicanos* (1997) de Víctor Ronquillo.

38 Con estas pocas circunstancias, es posible advertir que el propio país es el que se ha vuelto una extensa novela policiaca en la que todos somos testigos de cargo, víctimas o cómplices. Por eso la nueva novela policiaca de los años noventa se ha diversificado. Por una parte, ahora se ha descentralizado: Juan Hernández Luna se preocupa más por expurgar las sombras criminales de su Puebla de los Angeles mientras Francisco José Amparán se instala en Torreón, Coahuila, para ofrecernos las aventuras de su ingeniero-detective. Y lo mismo hacen Hugo Valdés con Monterrey, Gerardo Segura con Coahuila, Alfredo Espinoza con Chihuahua, Leobardo Saravia Quiroz con Tijuana o Gabriel Trujillo Muñoz con Mexicali. Por otra parte, los detectives duros han dado paso a gente menos marginal: sus protagonistas ya no son, necesariamente, hombres o mujeres entrenados para los golpes del oficio. Son mexicanos comunes y corrientes a quienes lo criminal los sorprende sin previo aviso. Como buena parte de nuestros compatriotas, estos nuevos protagonistas están preparados para vivir en un mundo donde la vida y la muerte es cuestión de azar (qué taxi tomas, cuánto dinero llevas, cuál reloj usas); ruleta rusa de lo cotidiano que, de tan común, a nadie ya sorprende. Su relación con el mundo ya no pasa por la nota de sociales, sino por la nota roja estilo Alarma.

En el México del siglo XXI, la novela policiaca seguirá prosperando por una sencilla razón: es la novela costumbrista por excelencia de nuestro país postratado de libre comercio de América del norte. En el espejo de su violencia nos podemos contemplar de cuerpo entero: a profundidad y sin eufemismos. Vernos tal cual somos, con nuestras carencias y miserias, pero también con nuestra dignidad y nuestra libertad en lucha permanente, en constante conflicto con un mundo que cada día es más voraz en su morbo y en sus placeres, es decir, que cada vez es más felizmente monstruoso, porque sus sueños y pesadillas se cumplen puntualmente con solo desearlas. Y la fiesta de las balas no tiene para cuando terminar. De ahí que la literatura policiaca refleje, con terrible certeza, la cabeza de la hidra del alma nacional: nuestros gestos de ira e impotencia, de dolor y burla, de sadismo y solidaridad. En sus escenarios y personajes contemplamos lo peor y lo mejor de nosotros mismos. Las heridas y fisuras del alma nacional.



Espiritualidad posmoderna

Raúl Olvera Mijares

39

Hace poco pude ver, casi por equivocación, una cinta alemana originalmente rodada en inglés. Los teutones no son ingenuos y aspiran de inmediato al éxito comercial. En fin, no todos pueden ser Werner Herzog, en su última cinta *Bad Lieutenant* (2009) con la sorpresa para bien de Nicholas Cage, o ni siquiera el alguna vez Tom Tykwer con su incursión en el género movido con *The International* (2009), ambos filmes también rodados en inglés, de acción y, por supuesto, éxitos comerciales. Si bien las comparaciones son odiosas, *Die Päpstin*, el título original es *Pope Joan* (Sönke Wortmann, 2009), basada en la novela homónima de la escritora americana Donna Woolfok Cross (1947), aparecida en 1996, tuvo como protagonistas a actores alemanes y británicos por igual, entre otros Johanna Wokalek (Johanna von Ingelheim), Gerold Alexander Held (emperador Lotario), Jördis Triebel (pagana nórdica, madre de Johanna), David Wenham (conde Gerold), John Goodman (papa Sergio), Iain Glen (sacerdote de la aldea, padre de Johanna) y Edward Petherbridge (maestro griego Esculapio).

La cinta es eminentemente comercial, inútil sería sostener lo contrario, con algunos aciertos, o peculiaridades más bien para los espectadores actuales, como los filtros de cámara para provocar la sensación de un pasado remoto y las antiguas maquetas de ciudades, tan comunes en los filmes silentes del expresionismo. La reconstrucción de época es, por consiguiente, sumaria y reducida a su mínima expresión, en cuanto a los medios técnicos desplegados, donde se echa de ver la investigación histórica del libro y la reconstrucción antropológica de las costumbres en aquel tiempo. La figura de Juana la papisa se pierde, en realidad, entre la leyenda y la superstición. Una obra del siglo XIII, el *Chronicon pontifum et imperatorum* de Martin de Troppau, contiene una extraña interpolación, escrita con otra mano y posterior, que asevera la existencia de una mujer que ascendió al solio pontificio y, poco después de dar a luz, desapareció. Existen varias versiones de su fin: unos dicen que murió de parto, otros que fue lapidada, otros más que se recluyó en un convento de clausura y que más tarde un vástago suyo llegaría incluso a convertirse en prelado de la Iglesia.

La cinta cierra precisamente con la inserción de esta nota de pie de página que se cree realizó Anastasio Bibliotecario (886), precisamente el compilador del *Liber pontificalis*, quien no es sino otra hembra que se hace pasar por varón, la cual de niña le habría tocado en suerte recibir sus primeras enseñanzas de Johanna. De este modo, el círculo de mujeres cripto sacerdotisas se vuelve aún más amplio y se especula acerca de cuántas más pudieron haber sobrevivido en circunstancias similares. En un país como Alemania, donde los luteranos aprobaron la ordenación de mujeres como sacerdotes y obispos (con el feminismo galopante en aquel país sin empacho dirían sacerdotas y obispas) desde finales del siglo XX, no es de extrañar que se realice una cinta sobre la única mujer en la historia que llegó a ser papa, disfrazada o no, eso aún es materia de controversia, precisamente en un período de la Edad Media, comprendido entre la muerte de Carlomagno (814), la división de su reino entre sus tres hijos y las disputas por el poder y prestigio de la antigua Roma. Una época de leyenda, esa edad oscura ha de contemplarse desde el esplendor del siglo XIII que ofreció toda una interpretación histórica, basada en el florecimiento de la teología, la filosofía y las artes liberales, que tuvo como sede las grandes universidades (Bolonía, Padua, Nápoles, París, Oxford, Cambridge, Palencia y Salamanca).

El papa Sergio II, cuyo pontificado se extendería del 844 al 847, fue a quien en la cinta sucedería Juan, ese nombre proscrito, por razones varias de cronología y omisiones ulteriores, en la lista de los papas. Históricamente uno se mueve en el terreno de la especulación y la fantasía, porque bien pudo haber sido otro pontífice, como León IV (847-55), Gregorio IV (827-44) o Benedicto III (855-58). Como en la caso de *El código Da Vinci* (Ron Howard, 2006),

que descansa sobre la hipótesis de la autenticidad del evangelio de María Magdalena, La pontífice, así se tradujo al español de México (Juana la papisa debió haberle sonado a los distribuidores como un nombre poco decoroso), es un trabajo eminentemente de ficción pero que logra colocar el dedo en la llaga. No sólo se cuestiona la ordenación de las mujeres sino el celibato obligado de los sacerdotes, el lujo y los excesos de las sedes episcopales, la adopción de las formas exteriores de grandeza de la antigua Roma por parte de la Iglesia católica para adquirir prestigio, la prohibición de abrir escuelas destinadas a la instrucción de las mujeres, seres que se consideraba irracionales y por tanto incapaces de aprender algo, sin olvidar la forzada conversión de los germanos (Carlomagno mismo era teutón y a pesar de ello persiguió las creencias de su propia gente, que acabaron muchas veces masacrados al rehusarse a abrazar la fe de Cristo).

Existen figuras de mujeres heroicas y místicas, como Juana de Arco, Teresa de Ahumada y Juana Inés de la Cruz, cuya vida ha sido ya objeto de película; otras, recientemente nombradas copatronas de Europa, como Catalina de Siena, Brígida de Suecia y Benedicta de la Cruz (la filósofa judía Edith Stein, discípula de Edmund Husserl), esperan al cineasta, valeroso y bien dispuesto, con sus vidas cuajadas de heroísmo que pudiera interesar al gran público, en la actualidad como se sabe mayoritariamente no católico. La cinta *Vision, Aus dem Leben der Hildegard von Bingen* (Margarethe von Trotta, 2009) retrata la vida y la obra de la beata renana (aún no es oficialmente santa) sin caer en ñoñerías, al final llega incluso a cobijar una pasión lesbica por una de las jóvenes novicias de origen noble y cuerpo de ángel. No es raro, como en el caso de la mexicanísima sor Juana, que las muchas luces de la inteligencia, en una hembra, la lleven no sólo a adoptar ropas de varón para entrar a ciertos lugares vetados, como eran las universidades, sino también el gusto por requebrar en poemas eróticos, e incluso más de bulto, a su propio sexo. Estas tendencias no están presentes en La pontífice, quien haciendo honor a su género, acaba muriendo heroicamente de parto, desangrada, con el auxilio de la griega Deméter o, con otro nombre, la diosa latina Ceres, que protegía a las parturientas, porque ninguno de los píos y santos varones ahí presentes, príncipes de la Iglesia, se acomode a asistirle.

Cronológicamente considerada, Johanna es precursora de Hildegarda de Bingen y otras monjas benedictinas entre místicas y médicas, y aprende el arte de curar mediante hierbas de su madre, quien en noches de ventisca y tormenta aún invoca al viejo y misericordioso Odín, uno de los falsos dioses condenados por el cristianismo. Buena parte del orgullo alemán ante su cultura, espoleado inconscientemente por Tácito en su obra *Germania* (el autor romano no tenía ni la más remota idea de lo que los alemanes del futuro iban a hacer con sus comentarios elogiosos, no sólo en relación con ellos sino con eslavos, magiares y otras etnias que poblaban aquella extensa y bárbara comarca), ese orgullo saldrá a flote en el filme y se hará presente en la laboriosidad de sus artesanos, el tesón de su gente y la bravura de sus guerreros. El contraste entre las chozas y enamadas, donde se guarecían los antiguos germanos, y el fasto de Roma no podía ser más craso. El prestigio de las

antiguas familias patricias de la Urbe es decisivo en la elección del sumo pontífice y los preladados. La variedad de productos comestibles, razas humanas y pérfidas técnicas para deshacerse de los estorbos son notorios en Roma. De nueva cuenta, la reconstrucción resulta sumaria y cuestionable desde el punto de vista del efecto visual, pero siempre informada por estudios históricos y antropológicos acerca de la época, además de un cierto buen gusto. En realidad, la Roma del siglo IX retratada en la película no difiere mucho de la del siglo V, la Roma tomada a saco en el año 410 por el bárbaro teutón Alarico. Aquí emerge de pronto la vieja alianza entre los fascistas alemanes e italianos jamás extinta del todo en el inconsciente colectivo germano. La arquitectura monumental de la emblemática Roma representará la quintaesencia del Poder, no sólo para la Iglesia católica sino, al parecer, también para los regímenes totalitarios.

La huella de Grecia queda representada en el sabio Esculapio, el primer preceptor de Johanna. Él le hablará de Platón y Aristóteles y le dará su versión latina del poema *Odyseia*, la obra más importante de sus antepasados, libro que su fanático padre, un sacerdote arribado de las ásperas costas inglesas, le hace borrar a látigo renglón tras renglón. Para el celo del converso las alfas y betas griegas valen tanto como las sospechosas runas de los paganos. La relación del padre con las mujeres, tanto con Johanna como con su madre, es brutal. Hasta que Johanna se encuentra con Gerold, un noble en la corte del obispo donde Esculapio la recomienda, a fin de proseguir sus interrumpidos estudios en la escuela catedralicia, hasta ese momento conoce lo que es una figura de hombre, no de bestia ni de agresor. El romance se posterga pero ha de llegar hacia el final de la cinta. Gerold es precisamente el padre de la criatura que Johanna porta en su seno. Acarician planes de huida pero la atareada existencia de la Pontífice los va postergando hasta un punto en que es demasiado tarde. La cinta no carece de momentos afortunados y aspira a la conmoción del espectador, presentando una vida ejemplar de mujer y de cristiana, también el recorrido de un alma inquieta que busca entre libros la luz. Existe una versión anterior de Pope Joan (1972) del director inglés Michael Anderson, con la actriz sueca Liv Ullman, estrenada por cierto con molestos cortes, impuestos por la censura norteamericana, bajo el tendencioso título de *The Devil's Impostor*. Tengo que confesar, que a despecho de las rudezas técnicas y ciertas interpretaciones más bien esquemáticas, meros esbozos históricos, salí de la sala reconfortado, aunque mi deseo original era ver Ricky (2010), una película sobre un curioso bebé, híbrido entre humano y ángel, para continuar en la misma tónica, de François Ozon.



La huella del maestro

Juan de Dios Rivas Castañeda

41

Cuando el fervoroso e incipiente deseo de escribir se apodera de nosotros volviéndose una obsesión permanente, es entonces que hemos sido tocados, o golpeados, por las letras de los grandes literatos, y aunque admiremos a muchos de ellos -y nuestra percepción consciente no dé el vislumbre- uno de entre todos, en algún momento de nuestra actividad creativa, termina por grabar su huella en nuestro estilo.

La Comarca Lagunera ha sido en las últimas dos décadas, y sigue siendo, una olla que desborda hombres y mujeres interesados en la creación literaria como si de palomitas de maíz se tratara, y de donde han surgido escritores con oficio que no solo ven a las letras como un mero esparcimiento que llene sus ratos de ocio y de vagancia, ni como un hobby que les dé la oportunidad de sentirse intelectuales para poder subir a una tarima y humillar a sus semejantes tachándolos de ignorantes e iletrados, sino escritores que han sido seducidos por la literatura y que han aceptado a las letras como una forma de vida, con una entrega y un compromiso enteros y en armonía perfecta con la pasión del sacrificio en la fragua de las palabras que dan sentido a sus textos y en los textos que dan forma y estructura a sus libros. Son estos escritores lo que han abrazado a “la literatura como un fin y no como un medio”, algo difícil de entender para el aprendiz no ideal del arte a través de la palabra escrita, cómo comenta Saúl Rosales (1).

Entre los costales de escribidores que ha producido el furor lagunero por las letras se encuentran excelentes escritores, que han destacado no solo en este polvoso y aseado cacho de provincia, sino también a nivel nacional e internacional. Tres de estos escritores cuyos meritos literarios, aunados a la constancia de su producción y a su calidad libre de discusión, los han colocado en un lugar importante y como referencia dentro la literatura mexicana contemporánea, son Saúl Rosales, Jaime Muñoz Vargas y Vicente Alfonso.

Saúl Rosales ha escrito cuento, poesía, ensayo, novela y teatro, es miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua desde octubre de 2003, director de la revista de literatura *Estepa del Nazas* y del Taller Literario del Teatro Isauro Martínez. El autor de la novela *Iniciación al relámpago* ha recibido importantes reconocimientos, como el de “Creador emérito de Coahuila” en 1998 (2).

Jaime Muñoz Vargas también ha incursionado en casi todos los géneros literarios; además de escritor es periodista, escribe la columna “Ruta Norte” en el diario *La Opinión Milenio* de Torreón, Coahuila, y en los últimos diez años se la ha pasado arrojando letras al mundo como si fuera una imprenta humana y ganando galardones literarios, entre los que destacan el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 2005 con su libro de relatos detectivescos *Leyenda Morgan*, y el Premio Nacional de Novela Rafael Ramírez Heredia 2009 con *Parábola del moribundo* (3).

Vicente Alfonso tiene libros memorables y entrañables, como *La laguna de tinta* y *El síndrome de Esquilo*, ambos de cuento, y constantemente escribe ensayos y artículos para revistas y periódicos nacionales. Entre los premios que se ha echado a la bolsa se encuentran el Armado Fuentes 2003 y el Estatal de Periodismo Coahuila 2007. En el 2006 ganó el Premio Nacional de Novela Policiaca con *Partitura para mujer muerta* (4).

La obra cuentística de estos tres literatos laguneros es abundante, y de una notable calidad que los coloca al tú por tú con escritores que deambulan en el incierto resplandor de la fama nacional y extra-fronteras. Jalo bajo el fuego de la crítica el cuento debido a que es el género que más han cultivado Saúl Rosales, Jaime Muñoz Vargas y Vicente Alfonso, y a que en tres relatos, uno de cada uno de ellos, se distingue una fluorescente y profunda influencia que circula entre los textos de los tres intelectuales, y que es a lo que Saúl Rosales llama vasos comunicantes (5); sin embargo, la novela, el ensayo y la poesía que han escrito son sinónimo y pauta -como menciona-

del verdadero oficio de escritor, el del escritor profesional.

Los cuentos “Amor en Moscú” (6), de Saúl Rosales, “Sirena del Báltico” (7), de Vicente Alfonso, y “Las grandes alamedas” (8), de Jaime Muñoz Vargas, parecen pertenecer a un mismo libro, aun cuando no es así, debido a que presentan similitudes en el estilo, el fondo, la forma y el desenvolvimiento de sus personajes, siendo todo esto más notorio en “Amor en Moscú” y “Sirena del Báltico”, donde el segundo parece una continuación del primero. En “Las grandes alamedas” la ideología política y el pensamiento intelectual reflejan la influencia del cuento “Amor en Moscú”, que ha quedado impregnada en la trama del relato de Jaime Muñoz Vargas.

“Amor en Moscú” está narrado en primera persona a través de la voz de un estudiante torreonense que viaja a Rusia con fines académicos y termina convirtiéndose en amante de Olga, una joven estudiante rusa y rubia, que lo conquista con la belleza de su cuerpo. El estudiante se enamora del cuerpo de Olga, cuerpo que él describe como La Belleza, e intenta traerla consigo a México, pero lo impiden los prejuicios que cada uno de los dos padece.

42 En “Sirena del Báltico”, Vicente Alfonso nos relata las desventuras que enfrenta un joven que al parecer representa a un museo mexicano, y que es responsable de unas estatuillas pertenecientes a una muestra de arte precolombino que se exhibe en un museo de San Petersburgo, en Rusia. El joven, en una de sus vagancias por los pasillos del enorme museo, se topa con Katia, una hermosa muchacha rusa que inmediatamente despierta sus sueños eróticos, y con quien los cumple casi en forma instantánea. El joven, sin saberlo, se enfila hacia la pérdida irreversible del corazón y de la razón.

Las similitudes entre el personaje narrador de “Amor en Moscú” y el de “Sirena del Báltico” comienzan con la admiración que ambos sienten hacia la URSS y su sistema político socialista, pero no como para quedarse a vivir ahí permanentemente. Ambos jóvenes torreonenses son asaltados por la idea de traer a sus amantes rusas a México. En el cuento de Saúl Rosales, el joven estudiante, al llegar al aeropuerto de Moscú, se sorprende al mirar las inscripciones de identidad de los aviones (9); lo mismo le sucede al personaje masculino en el relato de Vicente Alfonso (10).

Saúl Rosales utiliza un lenguaje barroco en su cuento, barroco no tanto en las palabras, pero si en el ensamble estructural de las frases, en las cuales es necesario leerlas completas hasta donde dé la pauta una coma, un punto y coma, un punto y seguido o un punto y aparte, para así poder entender en su totalidad el mensaje narrativo. Vicente Alfonso se vale de un lenguaje similar en “Sirena del Báltico”, y utiliza un breve juego de palabras al comenzar el cuento: “Pero ella no está allí. Ahora es el hada helada, es celada de celos” (11). Este juego de palabras es utilizado, aunque un poco más extenso, por Saúl Rosales al describir los momentos eróticos que pasan los protagonistas de “Amor en Moscú”: “Jugando con las palabras era una forma de vida/ una forma debida. [...] Todo lo fecundaba el consentimiento recíproco, consentimiento, con sentimiento, con amor, con amor-nía, con armonía, con plenitud y con tranquilidad” (12).

Dos detalles más: tanto Saúl Rosales como Vicente Alfonso comienzan sus cuentos con una probadita del final, dándole un toque de narración casi circular, volviendo al punto donde todo empezó para después cerrar con el final completo. Por otro lado, los protagonistas masculinos muestran sus prejuicios machistas al aferrarse por convencer a sus amantes rusas de que se vayan con ellos, pero ambos fracasan, las mujeres rusas no ceden.

En sus relatos, Saúl Rosales y Vicente Alfonso reflejan la admiración y el amor platónico que sienten por la Rusia socialista a través del amor y la idealización que experimentan sus personajes por las mujeres rusas. Sin embargo, el estudiante torreonense de “Amor en Moscú” prefiere su país y sus prejuicios, y el personaje de “Sirena del Báltico” despotrica contra la ilusión de la belleza que le presenta Rusia y se aleja de toda lógica y de la razón al grado de ya no querer volver a la realidad, optando por acabar con todo, incluso consigo mismo.

Una diferencia muy notable entre “Amor en Moscú” y “Sirena del Báltico” es que el primero en todo momento es realista, y el segundo, al llegar a la parte final, justo en el penúltimo párrafo, si se analizan más a fondo las líneas, pareciera como si Vicente Alfonso abriera una pequeña ventana para que a través de ella se pueda conjeturar un final fantástico: el espectro o fantasma de una joven mujer que perdura y vive a través de una figura femenina pintada por Rembrandt en uno de sus cuadros, seduce y enamora a los hombres que pasean por el pasillo donde se encuentra la pintura, al grado de hacerlos perder la razón.

Retomando el cuento “Las grandes alamedas”, de Jaime Muñoz Vargas, la influencia de Saúl Rosales en el relato nos sonrío justo después del título, ya que Jaime utiliza como epígrafe la frase con que termina “Amor en Moscú”: “La solidaridad vive y resiste”, palabras seguidas en el siguiente renglón por el nombre de su autor (13).

Jaime Muñoz Vargas también adereza su relato con la ideología socialista clavada en el espíritu de los tres personajes principales: Pepe Rojas -el narrador-, Antar Lynch -el extranjero

chileno-, y Betina López, muchacha comarcana que se enamora de Antar. A diferencia de Saúl Rosales y Vicente Alfonso, en cuyos cuentos el amor está cargado por un profundo erotismo, Jaime Muñoz Vargas narra un amor un tanto más intelectual, donde Betina se enamora de la sapiencia y la ideología de Antar, aunque Antar en un principio se enamora de la belleza de Betina, y quizás, más adelante, del hecho de que es su principal seguidora y de la militancia ideológica y política que comparten. En la historia de Jaime, el amor termina por imponerse y Betina sigue a Antar hasta Chile, donde juntos participan en una manifestación contra el golpe de Estado que recibió Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973 (14). En “Las grandes alamedas”, Jaime narra la historia con un lenguaje bastante digerible, pero para hacerlo se necesita de un conocimiento profundo de la lengua que ayude a no caer en los lugares comunes, y si se llega a ellos hacerlo con una maestría que los justifique.

Las similitudes que presentan “Amor en Moscú”, “Sirena del Báltico” y “Las grandes alamedas”, no son obra de la casualidad, sino de la admiración que sienten Jaime Muñoz Vargas y Vicente Alfonso por Saúl Rosales, por el maestro Saúl Rosales y su obra literaria. Dicha admiración ha dejado huella en el estilo narrativo de ellos dos, cuyos relatos reflejan la huella del maestro.

1 “Cenáculo de la autocrítica y la crítica literaria”, *Acequias*, Revista de literatura y crítica cultural, Universidad Iberoamericana Torreón, otoño 2008, núm. 45, p.24.

2 Información obtenida del sitio web de Wikipedia, la enciclopedia libre, enlace:

http://es.wikipedia.org/wiki/Sa%C3%BAl_Rosales_Carrillo

3 “Perfil del usuario Jaime Muñoz Vargas”, Blog Ruta Norte Laguna, enlace:

<http://rutanortelaguna.blogspot.com/>

4 “Perfil del usuario Vicente Alfonso”, Blog El síndrome de esquilo, enlace:

<http://www.elsindromedesquilo.blogspot.com/>

5 Comentario escuchado en una clase de ensayo del maestro Saúl Rosales.

6 Rosales, Saúl, *Autorretrato con Rulfo*, ed. ISSSTE, México, 2000, 157 pp.

7 Alfonso, Vicente, *El síndrome de Esquilo*, ed. Ficticia, México, 2007, 128 pp.

8 Muñoz, Jaime, *Ojos en la sombra*, UAC, Saltillo, 2007, 211 pp.

9 Rosales, Op. cit., p. 88

10 Alfonso, Op. cit., p. 8

11 *Ibid.*, p. 7

12 Rosales, Op. cit., p. 99

13 Muñoz, Op. cit., p.175

14 *Ibid.*, p.192



La mutación de la parricida que suscribe

Brenda Navarro

44

Si todo escritor o escritora joven es parricida, tal y como dice Eduardo Lizalde, he de confesar que necesitaré aprender de las más sutiles estrategias para llevar a cabo dicha tarea. Me sentaré ante el teclado, la hoja de papel o el teléfono móvil para ejecutar tal crimen, como si de ello dependiera la vida, y depende: la de los padres y madres, y las hijas e hijos que vienen a generar el equilibrio entre las pulsiones que dialécticamente buscan nuevos ciclos y transformaciones en las historias.

He de matar entonces, porque como dice Rubén Bonifaz Nuño: “para los que están armados, escribo”. Y armada iré por el camino del caos guiñándole el ojo a quien con valentía ha tomado como arma a la palabra, y a la palabra vive y a la palabra fallece. Porque todo muere y todo nace, esa es la existencia, y en ella, la mutación parricida dará frutos, y será el viento que limpie con cautela, el polvo añejo de quienes tienen que agonizar para que los hijos asciendan y sean.

¿Acaso no es esto la poesía? Ser: nacer, crecer, reproducirse y morir. Morir en la letra última del primer verso, para dar paso a la sílaba inicial del nuevo pensamiento. Ser, aunque en este hecho se cometan las peores violaciones: decirle al amado que se le idolatra con el espejo de la verdad, terminar el idílico placer del sufrimiento, enaltecer batallas, crecimientos, modas, distancias, descontento, groserías, alabanzas, pasiones, orgasmos, impotencias o indiferencias. Todo en el agrisado sabor de la palabra escrita y declamada, en la conjunción de una dualidad que se imanta para coexistir. Ser, siempre ser, sin inclinar la balanza hacia lo malo o lo bueno. No hay crimen que se adjetive. Solo es.

Y cuando se cruza la línea entre asesinar con la delicadeza de la mente y el momento en que se lleva a cabo, entonces cada acción debe de ser visible para todos. Porque no hay asesinato que no se descubra, mucho menos que se silencie. ¡Mientras más lo sepan, más alharaca se hará y más visitantes se tendrán! El espectáculo de la literatura, -por momentos mórbido y personal-, será el canal de comunicación que permita la sublimación del peor de los eventos: convenciones de poetas muertos, poetas vivas, declamaciones políticas, sonetos cursis, cartas de amor en catorces de febrero, versos de odio para quien se aleja, y botellas de alcohol que se confunden con mariachis y guitarras. Después, nada. La muerte de la poesía barata, y el

renacer de la poesía parricida, a la que me entrego.

Ya lo decía Anne Sexton en su poema El asesino: La muerte correcta está escrita/Colmaré la necesidad/Mi arco está tenso/ Mi Arco está listo/Soy la bala y el garfio/estoy amartillada y dispuesta/.

Porque al reconocerme como la ejecutante del asesinato inicial y del último, -no importa el orden en que la madre y el padre mueren- no hago más que reconocer mi esencia, y con ella, la naturaleza de todos. Y permito así, el reflejo coqueto de saberme humana y como humana, dueña de pequeños fragmentos de pensamiento, emoción, verdad, mentira, etc. Que se verterán en dos o tres haikus, o cuatro o cinco sonetos para desencadenar en la poesía libre, la que es, la que existe, la que vive en el transcurso de la voz y desaparece en el silencio de la soledad que me permitirá una y otra vez seguir. Hasta morir.

¿No es entonces, así la poesía? Matar a quién nos da vida, aunque esa vida misma sea la nuestra; Enriqueta Ochoa lo expresaba mucho mejor que yo cuando decía: Pienso en la fecha de mi suicidio/ y creo que fue en el vientre de mi madre/ aún así, hubo días en que Dios me caía/ igual que gota clara entre las manos/.

Quiero entonces, asesinar y suicidarme un poco si con ello tengo la oportunidad de desplegar mis inconscientes y razonamientos en palabras que emerjan de mis manos, los dedos de los pies, las pupilas, las piernas cansadas de andar, de las cicatrices que me hice cuando niña y de las heridas que laceran de adulta. Que al morir y renacer salga a relucir abruptamente de cada fibra que me compone lo que soy, como la lágrima que se escapa del ojo en el llanto, como la sangre que huye de la herida. Que nazca y muera lo que “es” en mí para poder ser otras y otros. Ser entonces, no la joven que destaza por placer, sino la poeta que se tiene que ser: la mutación de la parricida que suscribe hacia una poeta, poeta de carne y hueso, de amor y odio, de vida y muerte. Poeta sin más.



Tras las huellas de Andrea Palma

María Rosa Fiscal

45

Hacia finales de 1996 decidí entrevistar a mi tía Rosario Bracho Pérez Gavilán, la menor de los doce hijos (de los cuales sobrevivieron once) que formaban la numerosa familia de Julio Bracho Zuloaga y Luz Pérez Gavilán Guerrero enumerándolos en el orden en que ella los mencionó aquella tarde: Luz, Julio, Jesús, Guadalupe (Andrea Palma), Refugio, Rosa (monja), Toribio (jesuita y misionero), Miguel, Felipe, José y Rosario. Julio Bracho Zuloaga era propietario de la hacienda La Ochoa (de la que hoy sólo se conserva la capilla) en el municipio de Poanas, así como de una fábrica de hilados y tejidos que también producía mantas. En los primeros años del siglo veinte, dicha hacienda pertenecía a “Ignacio, Refugio, Carlos, Julio y María Bracho Zuloaga (hijos de Toribio, quien a su vez la heredó de su padre Rafael Bracho Sáenz de Ontiveros) quienes formaron la Sociedad Bracho Hermanos para trabajarla”.

Al iniciarse la revolución, Julio Bracho Zuloaga fue elegido jefe de la Defensa Social en Durango, lo que lo obligó a emigrar, junto con su familia, a la Ciudad de México. Lo que quedó de La Ochoa después del reparto de tierras se dividió entre Julio y Jesús (así lo afirmó mi tía Chayo aquella tarde), quienes deben de haber extendido un amplio poder notarial a su hermana para viajar a Durango, en los años cincuenta del siglo pasado, para ocuparse de “un asunto de tierras”, como ella decía sin añadir detalles. Se hospedaba en casa de mi abuela Josefina y fue así como la conocí. Finalmente, cuando se concluyeron las negociaciones respecto de los terrenos, dejó de venir a Durango.

Años después mi madre y yo disfrutamos muchísimo de su compañía en el Distrito Federal. Tenía tres hijos y, para ayudar a la economía familiar, se dedicaba a coser hermosas cortinas de brocado y otras telas suntuosas que después adornaban elegantes residencias de la Colonia del Valle, de la Cuauhtémoc o de las Lomas de Chapultepec. Además de ser prima hermana de mi madre, fue también una gran amiga. Los domingos solían comer juntas y después ir al teatro a disfrutar de una comedia o de una opereta; por entonces, era común que Enrique Alonso o Manolo Fábregas montaran obras divertidas y también se ponían en escenas operetas como *La viuda alegre* (de Franz Lehar), donde se lucía Cristina Ortega, o *El murciélago* (de Johann Strauss), con Ernestina Garfias. Era una mujer muy bella y distinguida, sin duda más hermosa que su hermana Andrea e, incluso (según mi opinión), que Rosa, quien profesó con las Madres de la Cruz y de quien se dice que estuvo enamorado el poeta Antonio Gaxiola Delgado (1890-1917), muerto a los 27 años durante la Revolución. Conocí a mi tía Rosa en Durango cuando fue enviada al convento local. A pesar de los rigores conventuales y de los serios problemas de la columna vertebral que por entonces padecía, conservaba la belleza de la juventud y sus rasgos aristocráticos sonriendo con los labios y los ojos luminosos.

En aquellas comidas nunca hablábamos de sus famosos hermanos: Julio (1909-1978), director de cine, Jesús (1910), camarógrafo, y Andrea Palma (1903-1987), actriz. Comentábamos los sucesos y las preocupaciones de la vida cotidiana. Pero aquella tarde cuando la visité en su departamento de las calles de Río Hudson, en la Colonia Cuauhtémoc, mi objetivo era precisamente conversar acerca de Andrea (1903-1987). A Julio nunca lo conocí; a Jesús, lo vi en una ocasión y a Andrea la saludé, junto con mi madre, al terminar dos obras de teatro cuando fuimos a su camerino y ella, con gran cordialidad, nos abrazó a las dos.

Mi tía Chayo estaba muy enferma, casi ciega, de manera que sus recuerdos fluían sin orden alguno en la cronología. A veces, guardaba silencio, seguramente ensimismada en memorias familiares y en sus días de adolescencia cuando la familia, reunida, compartía penas y alegrías. Se rehusó a que grabara la conversación. Los datos que me dio no coinciden plenamente con el relato que Andrea hacía de sus inicios en el cine. Sin embargo, no hay que extrañarse, porque,

en última instancia, como afirma el escritor argentino Tomás Eloy Martínez en su novela *Santa Evita* (2008), “cada quien construye el mito del cuerpo como quiere”. Por una parte, cuando las personas hablan de su propia vida, omiten datos, agregan otros, todo ello con el propósito de crear su propia leyenda o inventar la historia como les gustaría que hubiera sucedido. Por la otra, mi tía Chayo hacía hincapié en las relaciones familiares, en la reacción de sus parientes frente al papel que Andrea interpretó en *La mujer del puerto* (1933). El padre ya había fallecido, la madre consideró que se trataba de “la tragedia de su vida” y los hermanos, más tolerantes, apoyaron la carrera cinematográfica de Andrea. No obstante, mi tía Rosario afirmaba que la carrera de su hermana había repercutido sobre su propia vida limitando su libertad por el estricto control ejercido sobre ella por su madre Luz. Aquí recuerdo que, en el caso de Ramón Novarro y según su biógrafo Andre Soares, en su libro *Beyond Paradise. The Life of Ramon Novarro* (2002), su madre siempre se conmovió del éxito alcanzado por Novarro como actor lamentando que no hubiera continuado con sus estudios musicales ya que mientras residieron en Durango ofrecieron conciertos de piano tocando a dúo y lo mismo hicieron en las tertulias familiares en sus primeros años en Los Angeles.

A su arribo a la capital del país, durante aquellos días difíciles, doña Luz Pérez Gavilán de Bracho, auxiliada por sus hijas, contribuía al sostenimiento de la familia elaborando pasteles y dulces que entregaban para su venta en la Dulcería Celaya, en las calles de 5 de Mayo, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Andrea, aficionada a la sombrerería y con dotes para la costura, abrió la “Casa Andrea”, donde confeccionaba elegantes sombreros en los estilos acostumbrados para asistir al hipódromo o al frontón que eran muy demandados por las señoras de sociedad. Al terminar la jornada, acompañada de su prima Teresa, frecuentaba el teatro de Gómez de la Vega donde una noche sustituyó a una actriz enferma dado que sabía bien el papel. Tal fue el inicio de lo que sería una brillante carrera cinematográfica. El apellido Palma le fue sugerido por su gran amigo, el pintor Adolfo Best Maugard (1897-1965) que también incursionó en el cine cuando el director ruso Serguei Eisenstein filmó en nuestro país.

En busca de mejores horizontes, Andrea cerró la casa de sombreros para viajar a Los Ángeles, California, con el fin de entrevistarse con su primo Ramón Novarro, entrevista frustrada por la celosa madre del actor, según recordaba mi tía Chayo. Sin amedrentarse por el frío recibimiento de su tía, consiguió alojamiento con su prima Teresa Bracho y empleo en una fábrica de sombreros a donde la famosa actriz Marlene Dietrich, siempre difícil de complacer, acudía en busca de nuevos diseños. Quiso la suerte que fuera Andrea quien la atendiera confeccionándole novedosos sombreros y tocados que la dejaron muy complacida. Como consecuencia de la admiración que despertó en ella la actriz alemana o como un homenaje sin palabras, cuando personificó a Rosario, la protagonista de *La mujer del puerto*, imitó algunas de sus poses y ademanes al grado que Luz Alba (seudónimo de Cube Bonifant) afirma: “No se comprende por qué se empeña tanto en imitar a Marlene Dietrich. Andrea Palma no necesita hacerlo”.

Seguendo su costumbre, Andrea y Teresa iban al cine o al teatro al finalizar las diarias tareas. Una noche, al salir

del cine, conoció a Arcady Boytler. Días después recibió una llamada telefónica del famoso director invitándola a protagonizar la película antes mencionada, en el rol que escandalizaría a su familia. El responsable de la fotografía fue Alex Phillips, especialista en close-up. Una vez concluida la filmación, al ver las pruebas, Andrea se preguntaba: “¿De dónde me habrá sacado ese hombre la belleza que no tengo?”, a lo que el fotógrafo respondió: “La calavera, la calavera vale millones”. Presumida, en esa misma entrevista, agregó: “Claro que después salí más bonita en una película con Figueroa, pero él aprendió de Alex”.

Andrea prefería el teatro al cine, y no es ninguna sorpresa. Heredó esa afición de su familia y quizá también de su corta vida en la hacienda. En esa época, era común que las personas que vivían en un rancho o en un lugar apartado escribieran y representaran sus propias obras de teatro invitando a los vecinos. Así lo relata Elena Garro en un pasaje de su novela *Los recuerdos del porvenir* (1977), donde la protagonista, Isabel Moncada, y sus hermanos, que viven en Puebla, escribían pequeñas obras de teatro que luego representaban para sus padres armando la escenografía con sábanas, manteles y lo que encontraran en la casa.

En distintas ocasiones, los Bracho, Guerrero, Cincúnegui, Gómez Palacio y otras personas de la sociedad duranguense escenificaban zarzuelas o comedias con propósitos benéficos. Por ejemplo, el día 22 de febrero de 1896 en el periódico *El Estandarte*, de la ciudad de Durango, apareció una reseña comentando la puesta en escena de la zarzuela *La fille de Madame Argot*, de Lecoq, en el Teatro Coliseo, por integrantes de las familias mencionadas. Los fondos recaudados se destinarían al Asilo de Huérfanas que los Pérez Gavilán sostenían desde 1890. Relata que de los palcos superiores arrojaron unos versos dedicados a la señorita Concepción Guerrero, que interpretó “espléndidamente un difícil papel donde lució su afinada voz”, calificando, además, a la señora Leonor P.G. de Samaniego (madre de Ramón Novarro), de “bella y virtuosa”. Los primeros versos de ese poema dicen:

¿Por qué mágica fuerza, irresistible,
Has venido hoy a la teatral escena,
Tú, siempre tan modesta y apacible?
Te trajo tu virtud, porque eres buena.

Andrea llegó al Distrito Federal cuando tenía diez años. Concluida su tarea escolar, siempre encontraba tiempo para escribir obras de teatro que representaba en su casa para deleite de su padre que la premiaba con generosos aplausos. Seguramente recordaba las piezas que montaba la familia en Durango antes de su partida hacia la capital del país. Su carrera cinematográfica se inició más tarde pues antes se impuso la necesidad económica de salir adelante, lo que la llevó a la sombrerería. No obstante su afición a escribir argumentos teatrales, creemos que no dejó ninguna obra escrita o publicada. A lo largo de su carrera, según recordaba mi tía Chayo, interpretó papeles de mujer fatal y madre abnegada, pero también encarnó a Sor Juana Inés de la Cruz en 1935 en una película que, en opinión de Andrea, resultó “mediocre”. No obstante, afirmaba: “puse mis cinco sentidos en ella y me veía estupenda de monja”.

En *La mujer del puerto*, inspirado en la novela *Le port*, de Guy de Maupassant (1850-1893), la actriz dio vida a Rosario, apelativo de moda en esos años y, en este caso, polémico porque

a pesar de su connotación religiosa, Rosario se ve envuelta no sólo en la prostitución sino en una relación incestuosa al enamorarse del marinero Alberto Venegas (Domingo Soler), quien resulta ser su hermano. En el ámbito literario, Rosario se llamaba la mujer de quien se enamora el general Aguirre en la novela *La sombra del caudillo* (1929), de Martín Luis Guzmán, y que, en opinión de Axkaná González, uno de los personajes más importantes de la obra, caería en la prostitución una vez que Aguirre la abandonara. Andrea filmó, además, la película *El Rosario* (1943), que la dejó muy satisfecha. Estaba convencida de que su personaje era “precioso, muy sentimental y abnegado” amén de que cuando se estrenó en el Palacio Chino, “no se oía ni el vuelo de una mosca, la gente estaba conmovida y se sentía un respeto enorme”. En otras palabras, en esos días el sustantivo rosario servía para referirse a un rezo, como nombre propio -ya para una prostituta, ya para una mujer abnegada-, o para hablar de una cadena de desventuras.

En la escena más recordada y bien lograda desde el punto de vista cinematográfico de la citada película, se aprecia a Andrea Palma ataviada con un vestido negro de manga larga, con la espalda descubierta y un chal rematado en flecos que se le resbalaba de los hombros. “El traje era precioso”, decía Andrea, “el escote en la espalda le daba un toque tremendo”. El chal lo tomó prestado de su madre -¡oh, contradicción!- y concluía: “¡Fíjese qué error! Un personaje con dicho vestuario no era real, no podía ser. Sin embargo, existió”.

47

Interpretó nuevamente a una prostituta en *Ave sin rumbo* (1937) y, en cierta manera, en *Distinto amanecer* (1943) donde encarna a Julieta, una fichera obligada a trabajar en un cabaret por razones económicas, en tanto que Pedro Armendáriz da vida a Octavio, un honesto líder sindical perseguido por haber descubierto a un gobernador corrupto. Desde nuestro punto de vista, hay dos escenas memorables en esta película; la primera es cuando Julieta y Octavio bailan al ritmo de “Cada noche un amor”, interpretada por Ana María González, escena calificada por el crítico de cine Diez Martínez como “Una de mis escenas románticas favoritas del cine mexicano”, y muy difícil de filmar, según algunos, porque ambos actores rivalizaban por atraer la atención de la cámara. En la segunda, al final de la película, Julieta le entrega a Octavio los documentos comprometedores que lo habían puesto en peligro y lo ve alejarse en el tren mientras ella permanece en el andén (no lo acompaña porque debe cuidar de Juanito, su hermano menor). Esta escena recuerda a la interpretada por Humphrey Bogart (Rick) e Ingrid Bergman (Ilse) en otra película histórica: *Casablanca* (1942). Aquí Ilse abandona a Rick y viaja en avión con su marido Lazlo (Paul Henreid), un personaje crucial en la guerra contra los nazis en la segunda guerra mundial, a quien Rick entrega unos documentos secretos. Es decir, al igual que Rosario, Ilse antepone el deber al amor y ve cómo Rick se queda en tierra a medida que el avión despega.

La filmografía de la actriz nacida en Durango es considerable. Como películas importantes en su carrera destacaríamos *Bel ami* (1946), *Tarzán y los monos* (1948), *Aventurera* (1949) y *Ensayo de un crimen* (1955), y *Miércoles de ceniza* (1958). Filmó, asimismo, dos películas en Hollywood: *The Last Rendez-vous* (1936), con Pepe Creso, y *La Inmaculada* (1939), que le pareció “horrible”. Sus experiencias en California la dejaron muy descontenta por lo que opinaba que aun cuando había figurado como primera actriz, prefería actuar en su país.

En uno de sus viajes a España conoció al actor Enrique Díaz Indiano, con quien contrajo matrimonio, aunque no tuvieron hijos. A su muerte, la actriz continuó viviendo sola en su departamento hasta que consideró necesario instalarse en la Casa del Actor buscando la compañía de personas afines con quienes compartir experiencias y recuerdos. Allí falleció el 11 de noviembre de 1987. Andrea consideraba que la suya había sido una vida dichosa porque había disfrutado del teatro, del cine y del amor. “Yo no hubiera sido totalmente feliz sólo con amor, por más que me adoraran y que adorara; y tampoco me hubiera sentido enteramente dichosa en el teatro y el cine si no hubiera tenido el amor que tuve. Me he realizado completamente. Y todavía muerta y hasta calavera, quiero estar en un foro”.

El recuerdo de mi tía Chayo me asaltó de pronto a principios de este año cuando tropecé, sin buscarlo, con las notas que había tomado en aquella entrevista y que permanecían olvidadas en el archivero. Empecé entonces a sumergirme en la vida no sólo de Andrea, sino de los Bracho en general y comprendí mejor las siguientes palabras que Tomás Eloy Martínez escribe a propósito de su interés por contar la vida de Eva Perón: “las almas también aspiran a que alguien las escriba. Quieren ser narradas, tatuadas en las rocas de la eternidad. Un alma que no ha sido escrita es como si jamás hubiera existido. Contra la fugacidad, la letra. Contra la muerte, el relato”.



¿Por qué se ha olvidado el ser humano de Dios?

José Alfredo Estrada

48

El presente ensayo surge como resultado de la reflexión sobre la forma en que el ser humano se autoconcibe en la actualidad. Por medio de la observación atenta de las personas con quien coincido en mi cotidiano vivir, de la propia experiencia y la reflexión una gran e inquietante pregunta se ha apoderado de mis pensamientos ¿Por qué se ha olvidado el ser humano de Dios?.

Ya en este punto muchos objetarán, no hemos olvidado a Dios, tú lo habrás olvidado, o quizá, esa es una percepción personal y muy subjetiva o incluso, yo nunca he creído en él!. En efecto, esta pregunta parece contener una afirmación muy atrevida, subjetiva y tal vez intransigente, pero ruego me sea permitido justificar el presente ensayo.

En primer lugar es imprescindible que comience por una explicación de lo que en este ensayo entiendo por Dios, apelo con dicho termino, en primer lugar, independientemente de la religión, creencia o postura filosófica con que se aborde, a la noción de un ser supremo, omnisciente, omnipotente, inefable, y testimoniable, creador del universo y por ende del ser humano. En segundo lugar apelo a la postura que el hombre, en el supuesto de que sea creyente, debe asumir en consecuencia. ¿Cual es esa postura, muchos preguntarán? La de respeto por todo lo que en este mundo ha sido creado por Dios, respeto por el mundo mismo, por los animales, por las plantas, por todos los seres vivos y no vivos, respeto por el ser humano, en fin respeto y amor por todo lo que somos y por lo que nos rodea.

Uno no puede creer en dicho ser supremo y a la vez destruir su obra, uno no puede creer en él y atentar contra la integridad humana, uno no puede creer en él y profanarlo, destruirlo pues ello, implicaría una negación de dicho ser y de todo lo divino.

De esta manera, es en relación a la conducta del ser humano en la actualidad, que esta pregunta con la afirmación implícita en ella me parece legítima y justificada.

El ser humano ya no busca el contacto con lo sagrado, en su mayoría, se ha convertido en un ser enajenado, en un ser que vive fuera de sí, fuera del espacio y tiempo sagrados, sobre los cuales Mircea Eliade tanto estudió, espacio y tiempo en que y con el cual, el hombre antiguo vivía en comunión. Este nuevo ser humano ha renegado de su facultad y corresponsabilidad creadora y re-actualizadora de dicho tiempo, de dicho espacio, vive en una realidad creada por el para evitar el contacto consigo mismo, con la fracción de lo sagrado que le es más accesible.

Como bien lo expresaría el analista suizo Carl Gustav Jung después de su visita a los indios de un pueblo en Taos, quienes con conciencia de su responsabilidad y coparticipación en el orden cósmico, practicaban un ritual a su parecer, indispensable para el bienestar de la humanidad, por medio del cual ayudaban a los dioses a cruzar el cielo, afirmando que si no lo hacían, el sol, en pocos meses dejaría de brindarnos su calor, su luz y su vida; escribió lo siguiente: “Si por un momento olvidamos todo el racionalismo europeo y nos transportamos al claro aire de montaña de aquella meseta solitaria... si también dejamos a un lado nuestro conocimiento íntimo del mundo y lo intercambiamos por un horizonte que parece inconmensurable... empezaremos a tener una comprensión interior del punto de vista de los indios pueblo... Aquel hombre se siente capaz de formular respuestas válidas a la influencia abrumadora de Dios, y el que pueda devolver algo que es esencial incluso para Dios provoca orgullo, pues eleva al individuo humano a la dignidad de un factor metafísico”.

Agustín de Hipona, uno de los grandes padres de la iglesia, hace especial énfasis en el hecho de que, el ser humano trata de expresar la realidad de su alma, las afecciones de esta y su verdad a través de signos, del lenguaje sea oral, escrito o incluso no verbal; más estas expresiones nunca serán perfectas y verdaderas, pues el hombre media en ellas, solo el Verbum-Dios, es perfecto y expresa la verdad pura, de esta forma, la única manera de acceder a Dios, a la verdad,

es estableciendo un diálogo constante con esa fracción de Dios que todos poseemos, nuestro espíritu.

Agustín: ¿Te parece pues que el habla no ha sido instituida sino para enseñar o para recordar?

Adeodato: Así sería si no me inclinara a lo contrario el hecho de que cuando oramos, sin duda que hablamos, pero no nos está permitido pensar que Dios reciba de nosotros enseñanza o recuerdo alguno.

Ag.: A mi parecer, ignoras que se nos mandó orar en alcobas cerradas, con cuya expresión se indica la intimidad del alma, únicamente por que Dios no busca que se le recuerde o enseñe con nuestra locución que nos conceda lo que deseamos. Pues el que habla muestra exteriormente, mediante un sonido articulado el signo de su voluntad. A Dios en cambio se le ha de buscar y suplicar en lomas secreto del alma racional, que llamamos hombre interior, puesto que quiso que su templo fuera éste. ¿o es que no has leído en el apóstol: “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el espíritu de Dios habita en vosotros?” y que “Cristo habita en el hombre interior”? Y no has advertido en el Profeta: “Hablad en vuestros corazones compungidos en vuestras alcobas; ofreced sacrificios de justicia y esperar en el señor”? ¿En dónde piensas que se ofrece el sacrificio de justicia, sino en el templo del alma y en las alcobas del corazón? Y en dónde hay que sacrificar ahí hay que orar. Por consiguiente, cuando oramos, no necesitamos hablar, es decir, pronunciar palabra que suene, a no ser tal vez, como hacen los sacerdotes, a fin de expresar el propio pensamiento, no para que les oiga Dios, sino los hombres y así, por una especie de asentimiento, se eleven a Dios por el recuerdo .

49

El aborigen, es conciente de ello, son muchos los ejemplos de los que hoy día disponemos al respecto; gracias a las investigaciones de espíritus concientes de la importancia de las religiones para el ser humano como factor facilitador búsqueda y de contacto con lo sagrado, me permito citar a Küng, quién sobre una tribu de Zimbawe, en que los aborígenes entran en contacto con el Dios creado Mwari, por medio de los espíritus cercanos a ellos, intermediarios, propios..., opina:

“El mundo y el hombre están dirigidos por fuerzas invisibles, que son factores muy activos. Es de importancia crucial en este contexto la relación con los espíritus de los antepasados, más cercanos a los hombres que el lejano Dios creador....Por su origen el hombre es religioso. Y los antiguos cultos hicieron y hacen posible que se interpreten los secretos de la vida y de la muerte. Es antiquísimo en el hombre el de dicha, de salvación, de curación” .

Es en el marco de la globalización, de la reducción de distancias, de los avances en los medios y técnicas de comunicación, del cruce de culturas que el ser humano a perdido este contacto con sigo mismo. Es gracias a la instantaneidad con que el hombre vive, a lo fácil y rápido que le es acceder a la información, a la inmediatez de los avances tecnológicos, que el esfuerzo, la meditación y la valoración de cada logro y proceso han sido desplazados, dando lugar a un vacío inmenso, un vacío que a pesar de los intentos compulsivos, no puede ser llenado y que por ello se intenta vanamente ignorarlo. Se vive en constante búsqueda de emociones, de experiencias cada vez más intensas, más extremas y más alejadas del ser. En la actualidad nos resulta más fácil establecer una relación con una persona al otro lado del globo que con nuestros vecinos, debido a que todo contacto genuino nos amenaza, nos recuerda lo poco que nos conocemos, ya que no podemos conocer a los demás sin conocernos a nosotros mismos. Es así que quedan evidenciadas todas las negligencias de la forma en que hemos encarado nuestro proceso evolutivo, todas las negligencias de nuestro proceso de autoaceptación y autoconocimiento. La vida hoy día es vertiginosa e irreflexiva, nos preocupamos más por conocer los medios por los cuales funciona un automóvil, o la manera de ganar más dinero que por dilucidar los motivos de nuestra conducta, las razones de nuestros actos. Se ha perdido pues el interés y el respeto por el cultivo de lo sagrado y es en vista de ello que los dioses han volado de sus nichos pasando la antorcha a la madre TV y el padre Nintendo. Como bien menciona Harry Oldmeadow en su reflexión sobre la obra de Eliade, “Eliade percibe en el pasado humano una gran línea divisoria que separa al hombre arcaico e histórico del hombre moderno. El hombre arcaico vive en un mundo cuyo sentido y valor se articulan simbólicamente, a través de una mitología que se representa y se reactualiza en la vida ritual y ceremonial. El hombre histórico es más conciente de si mismo en el tiempo pero su visión del mundo sigue siendo profundamente religiosa y espiritual. El hombre moderno, en cambio, no vive en un cosmos ordenado y con sentido, sino en un universo caótico, opaco y mudo en el que ha perdido la capacidad de la experiencia religiosa: “El cosmos desacralizado es un descubrimiento reciente del espíritu humano”. Tal es el legado de un cientificismo materialista. La obra de Eliade pone agudamente de relieve estas diferencias con su tratamiento del modo arcaico y el modo moderno de entender el tiempo y el espacio.

Para la mentalidad tradicional, el espacio no es homogéneo, como lo es para la ciencia moderna, sino que está determinado cualitativamente. El espacio sagrado, tanto natural como

hecho por el hombre, tiene un sentido y esta centrado, mientras que el espacio profano es caótico, carece de sentido y es amenazador. El espacio sagrado esta organizado, al rededor de un centro, un punto en el que se producen las hierofanías, en el que las barreras entre las dimensiones física psíquica y espiritual de la realidad se hacen permeables y transparentes. También el tiempo esta determinado cualitativamente, y es cíclico y repetible, o “recuperable”. El espacio y el tiempo son santificados por su relación con lo que es sagrado, es decir, con lo que es inmutable, lo que está más allá del mundo del flujo, más allá del tiempo y el espacio. Las concepciones modernas del tiempo y del espacio, por otra parte, son mecanicistas, materialistas y unidimensionales” .

50 El hombre contemporáneo es un hombre enfermo, que ha medida que maquilla el mundo profano en el que habita y su apariencia, cataliza la putrefacción que ha tomado lugar en su interior, se ha vuelto un animal obstinado, una especie de bestia estulta que en ausencia del espíritu crítico y reflexivo, en ausencia de la práctica ritual que le garantizaba el contacto con Dios y con su esencia, se autodestruye cometiendo los mismos errores de manera constante, anda a ciegas, sin rumbo por la vida. Es necesario ralentizar el tiempo, es vital que hagamos una pausa en nuestra vida diaria y nos hagamos responsables de nuestra propia vida, de nuestros esfuerzos por vivir, de nuestras acciones y nuestros compromisos para con el mundo. Es éste a mi parecer el marco de realidad del ser humano en general, un marco trágico, asfixiante y que permite vislumbrar un horizonte sin futuro un horizonte vacío. Son pocas las opciones presentes el día de hoy para el ser humano que cuenta en su ser con semilla de la *epimeleia heatou* (inquietud de sí), que es el paso precedente al *gnoti seauton* (conócete a ti mismo), propuesto por el oráculo de Delfos, una de las más viables, y de las que mas beneficios a traído a la humanidad en época resiente es el psicoanálisis. Facilitador de esa conjugación de espacio y tiempo, como bien menciona Eliade, tiene grandes similitudes con las antiguas técnicas de yoga, en que por medio del recuerdo de lo acontecido en otras épocas, es posible instaurarse en el tiempo primigenio, el tiempo de los dioses, proporcionando así por el contacto con la fuerza original, el alivio, la salud y la fortaleza de los primeros días. En el psicoanálisis por medio del recuerdo de la primera infancia (ese paraíso perdido), permite la sanación, el conocimiento de los motivos de la conducta y un panorama más amplio de uno mismo. Es un espacio de contacto con nuestras pasiones, nuestras afecciones y motivaciones así como un lugar donde podemos reflexionar sobre éstas, en fin una especie de espacio sagrado para el hombre moderno.

Son muchas las opciones que tenemos a nuestro alcance, para restablecer el orden de lo sagrado, el psicoanálisis solo es una, la vida en auténtica comunión con Dios, mediante el seguimiento de las pautas establecidas por una religión en particular, de manera auténtica y comprometida es otra; lo importante es que despertemos a la realidad, a la vida y estemos dispuestos a vivirla regocijándonos con nuestra propia compañía. Como bien diría Kierkegaard en su cita del Evangelio, viviendo contentos de ser hombres.

BIBLIOGRAFÍA.

- Agustín de Hipona, *El maestro o Sobre el lenguaje*, Editorial Trotta, Madrid 2003.
- Harry Oldmeadow, *Mircea Eliade y Carl G. Jung*, José J. De Olañeta Editor, Palma de Mallorca 2008.
- Mircea Eliade, *Mitos, sueños y misterios*, Editorial Kairós, Barcelona 2005.
- Hans Küng, *En busca de nuestras huellas*, Editorial de Bolsillo, México 2007.



Escenario actual

Paulina Meza Fonseca

51

Poco me falta para saber, aparte de sus amores, desamores y problemas cotidianos, de qué color son los calzones de mis 991 amigos en Facebook. Y yo creo que, tal vez, las cuentas de redes sociales enlazadas de algunos de mis contactos están mejor conectados que su conciencia con sus acciones.

¿Qué nos pasa con la inmersión inevitable en el mundo cibernético? ¿Qué tan valorable es el status público artificial, virtual? ¿Qué tan real es? ¿Qué tanto influye la estructura de los programas de internet, y la forma en que nos expresamos mediante ellos?

No sé si al final de este escrito tendré respuestas 100% concretas para las preguntas que surgen en mi cabeza al empezar a plantear el ensayo...

Por lo menos me sirve un poco más para reflexionar el contexto en el que me muevo actualmente.

Mi realidad es espejo de mi, y si me causa cierto conflicto este tema, es porque me sé parte de él.

Pero, para empezar a hablar de estas revoltosas cuestiones, me voy al inicio de utilización los términos de público y privado, usados cuando se proclamaba el señorío de tierras en la Edad Media europea, en la cual la organización social y económica influyen en el status del objeto calificado con estos adjetivos.

Aquí se vuelve bivalente la separación, lo privado casi siempre se refiere a cosas del estado y la aristocracia, y lo público es de la gente, los dominados. Esto nos lo cuenta Jürgen Habermas en su libro, *Historia y crítica de la opinión pública*.

Aquí, en su escrito, también Habermas se da cuenta de que una de las consecuencias de la transformación de la esfera de la publicidad y sus funciones es que la publicidad misma se vuelve principio organizativo de los órganos estatales...la publicidad equivale a notoriedad, asegura la influencia y la opinión pública.

“El principio del mundo moderno exige que lo que haya de ser reconocido por todo hombre le aparezca como algo legitimado” Decía Theodor Adorno.

Y podemos aplicar perfectamente esto al día de hoy, en miles de aplicaciones con espacios en blanco para expresar lo que sea.

¿Ahora, que pasa cuando *we go public* en la red y lo multiplicamos por mal millones de personas? Hablamos de que se vuelve inofensivo ese espíritu de ir en contra de la cultura, o en contra de autoridades o situaciones, se pierde la cualidad que es el auto cuestionamiento. Podemos escribir y publicar lo que queramos, crear videos protestando o insultando, parodiando, sin necesidad de comprobar que sabemos de lo que hablamos, o de que existe una base sólida bajo el comentario.

Son tantas las expresiones flotando en la red que el impacto de cada una se reduce cada vez que alguien le da *click a upload*.

Todos los días me pierdo entre la irrelevancia de millones de comentarios y entre mensajes que importan en situaciones técnicas de la vida cotidiana.

Estos fenómenos ocurrieron también en contextos más antiguos, como por ejemplo en 1750 cuando una pobre novela mediocre llamada Pamela se convierte en un best-seller en Francia, gracias al público burgués.

Otra característica del escenario actual que me parece minimizadora de la capacidad

del humano, es la calidad y cantidad de los archivos que reciben más visitantes...videos y publicaciones de humor simple y estúpido, frívolo, anti-crecimiento, del cual, todos los días soy pieza.

Aunque aún así, acepto existe la contraparte...la facilidad de expresarse en algunos ámbitos si tiene resultados de poder notificar al público de incoherencias o irrealidades y romper, aunque sea un poco, los monopolios informáticos que buscan mantener los medios de comunicación. Pero sigo creyendo que, un video de un chango sobre un puerquito, tendrá muchos más visitantes que un artículo de 'provecho'. Las masas sobre la mesa.

52 Culp a los Blackberries y homónimos de descuartizar el concepto de interacción personal y tangible...hacen que omitamos el contacto a los ojos, y nos perdamos en la inmediatez de mensajes que no son reales fuera de una pantalla de cinco centímetros. Y que tampoco reflejan lo que verdaderamente está pasando alrededor del usuario. Perdemos la capacidad de vivir el presente como es, con sus diversiones, aburriones y aberraciones. No todo es rápido y entretenido en la vida. Estamos perdiendo la capacidad de vivir con los cinco sentidos los altibajos que presenta la cotidianeidad, y nos perdemos en lo inservible, lo enajenante de la tecnología.

"The kind of deep reading that a sequence of printed pages promotes is valuable not just for the knowledge we acquire from the author's words but for the intellectual vibrations those words set off within our own minds." Dice el autor del artículo *Is Google making us stupid?*, Nicholas Carr. Yo estoy 100% de acuerdo.

Estamos perdiendo esa capacidad de atención, esa capacidad de prolongación de la gratificación, somos como el perrito que no puede obedecer y sentarse a esperar el premio. Queremos la respuesta inmediata, indolora, aunque no sepamos si es la precisa y entonces así nuestro cerebro empieza ya a funcionar también.

Este fenómeno de la tecnología del internet al parecer está afectando la manera en que pensamos, pues el cerebro es maleable en su forma de programar el comportamiento, y estamos, de cierta manera, conectando e igualando la manera en que buscamos información con la manera en que hacemos trabajar nuestra mente. Hay demasiada influencia en nosotros, y en realidad no hay regulaciones posibles en cuanto a lo ético o no-ético de la red y este tipo de situaciones.

Ahora, la manera en la que formulamos lo que pensamos con simbolitos visuales depende del tipo de simbolitos que nos fueron enseñados, alguien occidental no traduce pensamientos en palabras escritas de la misma manera que alguien a quien le fueron enseñados caracteres y fonemas, por ejemplo un japonés.

Y de igual forma, el instrumento que utilizamos para sacar como output las palabras cambia la forma y estructura de las mismas. Es como los instrumentos musicales. Tú puedes tocar la misma nota en un piano, en un xilófono y en un acordeón...y aunque sea la misma Si bemol, no se escuchará del todo igual.

Así pasa cuando expresamos nuestro saber en la computadora, o la máquina de escribir, el teléfono celular, el telégrafo...es lo mismo, pero no es lo mismo.

Creemos, entonces, que nuestro cerebro opera como una máquina. Y a la vez, empezamos a pensar que somos y valemos menos que una máquina.

Los magnates de Google quieren ya intentar combinar esa invención del buscador web con la mente humana...pues creen, estaríamos mejor. ¿Estaríamos mejor o nos volveríamos simplemente cajas llenas de información infinita y no concatenable?

"In the past the man has been first, in the future the system must be first." Decía Frederick Winslow Taylor...La expresión me parece muy triste, pero cierta. El humano, como hemos visto durante su historia, se ha olvidado de la naturaleza, se ha olvidado de ciertos valores y muchas creencias. Necesitamos encontrarnos. ¿Qué situación puede ser tan fuerte como la del hombre olvidándose del hombre?

Bibliografía y Webliografía

1. <http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2008/07/is-google-making-us-stupid/6868/>
2. <http://www.edicionessimbioticas.info/De-la-contracultura-a-la-cultura>
3. <http://revistarepublicante.com/artes/television-artes/a-traves-de-la-red/>
4. Historia y Crítica de la opinión pública, Jürgen Habermas, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1981.
5. <http://gseis.ucla.edu/faculty/kellner/papers/fs.htm>
6. http://en.wikipedia.org/wiki/Theodor_W._Adorno
7. <http://plato.stanford.edu/entries/habermas/>



Sueño de muerte.

Hugo Rimada

53

Soñé que moría y que en derredor mío había sólo vacío. Ése que sólo se siente cuando tu corazón es roto las primeras veces. El que se siente cuando te confrontas con realidades que nunca creíste llegar a sentir. Maldito balanceo: Era como una combinación de celos, impotencia y otra vez celos.

Morí en un accidente de carros cuando iba manejando por la Prolongación Cuauhtémoc llegando al bordo que está atrás de San Isidro. Los culpables habían sobrevivido: tres cuasi adolescentes que me cerraron el paso desde arriba cuando el conductor perdió el control al frenar. El chavo no había visto el bordo enormísimo que estaba frente a él, o quizás ni siquiera sabía que ahí estaba. Lo que es un hecho es que estaban jugando a las carreras contra nadie, y yo prácticamente quedé prensado debajo del coche de ellos pues los muy idiotas venían tan resuelta y aligeradamente que su vehículo revoloteando entre corrientes cristalinas dio tres vuelcos completos sobre tres ejes invisibles hasta caer justo encima de mí.

Todo lo que vi por el parabrisas fueron los cuadrados faros apagados del TransAm cayendo sobre el cristal y eclipsando el sol de las tres de la tarde. Al principio, me pareció que escuchaba un frenazo a unos metros detrás de mí justo cuando había pasado el bordo, pero lo ignoré porque en mi mente apareció demasiado irreal, demasiado corto, prácticamente interrumpido como por un elevamiento: Simplemente imposible. Qué tan distraído vendría yotambién, que en ningún momento había volteado a ver mi retrovisor. Eso es lo que pasa cuando uno está en sintonía con la vida, pensé desde fuera de mi cuerpo unos segundos después. Vas sumido en la rutina, de repente un ruido leve y, al voltear para arriba por algún reflejo sin fundamento, ves cayendo hacia ti la defensa y los focos apagados de un coche que meramente se derrumbó. Ya no escuché mi voz, pero la supe sonriente, esgrimiendo el triunfo de mi autocontrol sobre cualquier grito o manifestación de susto o desesperación: “están lloviendo carros”.

Mi muerte fue en asomos. Todos pequeñitos y sin lógica desde donde yo estaba. Todo en minúsculos ruidos. Nada suspendido en el tiempo. Sin espacios expandidos. Sin relatividad. Todo chiquito. Nimio. Al final, ni siquiera supe qué había pasado. Millonésimas de segundo en cada evento subsecuente: mis ojos se hicieron enormes de curiosidad y encanto al ver hacia arriba a través del vidrio frontal, pero después vino un sonido de golpe y una sensación de dolor en mi cabeza y pecho tan breves que ni siquiera llegaron a imperar en mi realidad. Nada parecido a como me había imaginado mi agonía final. “No mames,” pensé, “qué tristeza.”

Siempre fui partidario del gozo del dolor. Toda mi vida me vi muriendo en la cama de un hospital, viejito –como mi abuelito Belarmino – enfermo, decadente, intrigante y desesperante, pero rodeado por mi familia, mis hijos, mis hermanos, mis nietos yéndome a cuidar tomando turnos y leyéndome historias para entretenerme. Siempre me imaginé muriendo siendo un factor de unión familiar hasta el final, ajustando cuentas pendientes con todos mis familiares y amigos, y con miedo en mi expresión por la amargura de mi último estertor. Y ahora resultó que fallecí a los treinta y cinco años, inmisericordemente rápido, sin siquiera darme cuenta, sin la compañía de mis seres queridos, sin ser padre, sin haber sido un buen hermano o un buen amigo, con una manifestación de fiesta en mi mente por la portentosa novedad de los carros que llovían, y con el epitome de la curiosidad manifestado en mi rostro que seguramente habría ido hasta mi ataúd si no hubiera sido mi gesto lo primero en ser desfigurado por el golpe. Con lo hermosos que son mis ojos.

Estoy en casa de mamá, abrazándola para que no sufra por mí. Estoy con mi esposa hermosa, que me reclama acurrucada en nuestra cama por haberme muerto sin que hayamos terminado nuestra misión juntos, otra vez. Estoy con mi hermana que me abraza llorando y no me suelta

porque nuestro abrazo nunca fue suficiente. Estoy con el Rorro, mi hermanito, que se muere por que haya una expresión más palpable de nuestro afecto. Estoy con mis hermanos más grandes que platican y disertan conmigo para entender: quieren saber mi opinión porque la respetan, pero como siempre, mi voz real es mía nada más, y yo ya me fui con todo y mi discernimiento, mis proyectos, mis abrazos, mi cariño, mis palabras y mi amor.

54 Desperté con un ataque de ansiedad. No podía respirar. Tenía encima una sensación de haber sido aplastado hasta estar totalmente comprimido. Prensado. Insoluto. Como cuando tienes celos de alguien del pasado, y después quisieras cambiar todo y volver a la inocencia de tu infancia, pero te sobrecoge la impotencia porque ya nada se puede hacer y no te queda más que sentir celos otra vez. Vertiginosas imágenes de mis primeras zozobras sentimentales me atropellaron todas juntas. Pero, al fin pude mover mi cuello para saber que seguía rodeado de hermosos contextos, de complejidad, de entornos delicados y fuertes promesas. Y así, como cuando era niño y volvía de mis pesadillas, con lágrimas en flor lloré desconsoladamente porque había soñado que moría y en derredor mío había sólo vacío.



Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo

Adán Echeverría

55

QUE NO SE ACOSTUMBRE EL PIE A PISAR EL MISMO SUELO

y la rosa es una cuna para mis aberraciones

hace dos días iba tranquilo al baño

pero ahora

sangro desde cada poro

y mi voz se ha descompuesto

como una pila alcalina ya sin radiación

no tengo las uñas divididas ni la lengua

no he dejado que perforen mi mandíbula

y aún así sangran mis alas

aún así tengo que cuidarme de las minas en el suelo

no puedo acostumbrarme a tu enrarecido aire

a tus destilaciones y tanto pronombre en que te guardas

azul azul azul es el camino del amor

y la llave sigue puesta en la nuca

dame cuerda por favor



Regreso a la calle Treviño.6*

Margarita Ríos Farjat

56

6

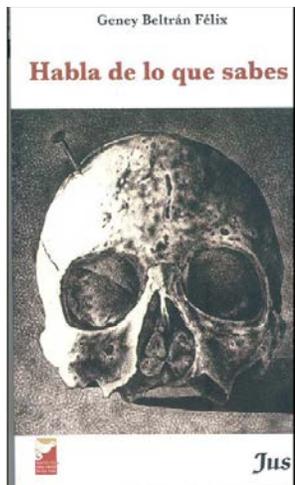
Un poco de sol nos vendría bien
giro la llave de la terraza y gira el tiempo
abro la puerta al jardín pero es el jardín quien entra en mí, lo dejo.
Y no te busco, te encuentro
en la mecedora de la tarde en el arrullo de altas gardenias,
el aroma me adormece y crecen en mí las blancas flores
y soy la tarde que se duerme.
No te busco, te encuentro al lado de las jaulas amarillas,
entre los colores de tus pájaros y su canto de oro.
Levanto los brazos y la constelación de pájaros
que llevo dentro queda libre, pero no se aleja.

Me asomo al cielo de los viejos días,
me asomo hacia la repetida calle de domingo
a la misma gente caminando hacia el lugar que ya no importa
en un Monterrey que ya no existe.
Y desde el fondo del recuerdo asoma el primo lejano
doblado la esquina
cuando yo entonces sabía que la caravana de muñecos y su carreta de plástico
tendrían vida propia entre pájaros y flores.
Hace tanto se perdieron
y aún tienen vida propia en la memoria de mis dedos.
Desde la terraza, arriba, llegadas y lejanías.
Te encuentro ahora
pero no sé si somos llegada o lejanía
quién llega y quién se aleja.
Me asomo al cielo de los viejos días y por las nubes lo sé todo,
se han puesto amarillas, se deshacen como un libro viejo y el polvo cae
sobre la calle, sobre la gente, sobre el Monterrey perdido,
sobre el canto de los pájaros y el jardín que respiro.
Sobre tus ojos abuela, también sobre tus ojos.

Aún así,
un poco de sol nos vendría bien, resistimos. Tras la lluvia de polvo
un poco de sol.

* Fragmento 6 del poema "Regreso a la calle Treviño" en *Cómo usar los ojos*





Habla de lo que perdiste en el camino*

Alexis de Ganges

57

Este libro es una colección de relatos que hablan de la soledad generacional y también en general, en espacios mayormente urbanos. Está inspirado en un verso de Alejandra Pizarnik que dice: “Habla de lo que vibra en tu médula y hace luces y sombras en tu mirada, habla del dolor incesante de tus huesos, habla del vértigo, habla de tu respiración, de tu desolación, de tu traición”. Es por eso que estos cuentos no son, precisamente, optimistas. Sin embargo, como todo relato según Ricardo Piglia, cuentan también dos historias. No sólo es lo que se cuenta, sino lo que late en el fondo, lo oscuro, como de pesadilla, que hay dentro de cada uno de ellos y que está, tal vez, simbolizado por la portada con la calavera.

El libro, compuesto por diez textos de variada extensión, abre con “La celda en la ciudad”, un relato kafkiano acerca de un hombre que, en un día normal, descubre que todo lo que creía fijo y estable se está, como diría Marshall Berman, desvaneciendo en el aire. En una gran metrópolis, igual puede ser la ciudad de México que cualquier otra, un anónimo transeúnte va perdiendo toda su identidad: su trabajo, el dinero, las identificaciones, el reconocimiento de su familia, y se va quedando solo, hasta llegar a un puente peatonal, símbolo del anonimato urbano, que es precisamente la celda en la ciudad. Sin duda, este relato plantea la pregunta “¿qué es la identidad? ¿en dónde radica realmente? ¿En lo que tengo, en lo que hago?. Cualquiera que se haya sentido perdido en una gran metrópolis podría entender que nada es suficiente, en ocasiones, para otorgar identidad a alguien (o todo lo es, que es lo mismo).

“Keppel Croft” es un símbolo; una muchacha que simboliza la redención. Como la protagonista de *Lulu on the bridge*, de Paul Auster, Keppel Croft podría ser una mujer ideal e imaginaria para un hombre hastiado, lo cual no importa: “Tenía rasgos eslavos, ojos verdes, facciones finas cortadas con diamante, su mirada era fuerte”. Este es el cuento más erótico del libro y no deja de tener un elemento oscuro cuando ella dice: “Sepultada por la nieve, en Keppel Croft. ¿Eso es verdad?”. Acaso el fantasma del deseo vuelto carne o el nombre de un lugar lejano; como sea, las relaciones sexuales con ellas parecen más reales que la vida cotidiana:

“A él le urgía hablarle. No quería solamente su cuerpo. La necesitaba de otra forma, droga líquida en las venas, lluvia seca en los pulmones. Quería su presencia real, su voz, cualquier palabra que no fuesen las de siempre: ‘Keppel Croft’”

“Los perseguidos” abre con una frase intempestiva: “Estábamos a la mitad de la clase cuando el director de la clase entró en el salón”, y se trata de un relato sobre envidia profesional. Dos personajes que se odian “cordialmente” y queda expuesto en la frase, refiriéndose al libro de un tal P. Delalande, “¡vaya, ignoraba que Moreno Flores leyera en francés, también!”. El encargo es hablar con Porfirio, amigo del narrador. Pero hay algo misterioso entre la relación entre estos dos hombres. ¿Es algo homosexual? La narración parece apenas sugerirlo, pues todo lo vemos a través de los ojos del protagonista y éste parece ocultar algunas cosas. ¿Por qué está Porfirio en su casa? ¿Por qué quiere el director de la escuela que el empleado despedido vaya a verlo? En todo caso la feroz tormenta parece llevarse todo, incluyendo la voluntad del personaje, que siente que ha hecho una buena acción al liberar a su amigo de la miseria.

“Anoche soñé que volaba” habla, en mi opinión, de la imposibilidad. Joaquín, el protagonista, se siente atrapado, como en una novela naturalista, en la mediocridad de su vida. Se trata de un relato crudo y descarnado que relata sus continuas desventuras, enmarcadas siempre en escenarios patéticos y sórdidos. Sus sueños de volar sobre la ciudad no hacen más que devolverle el hecho de que no cree en nadie, ni en sí mismo. A fin de cuentas, como dijo Allan

Hobson, los sueños expresan lo que no hemos logrado, más que el inconsciente reprimido. Joaquín desea y anhela, pero su situación social, su estatus y todo aquello que la sociología estudia por fuera, no le permiten conseguirlo. Es interesante su papel de cajero y como ve a las distintas personas que llegan, desde los casados aburridos a las muchachas de clase alta que lo desprecian y le hacen recordar a su hermana.

“Ese mundo de extraños” cuenta uno de los sentimientos más intrínsecamente humanos: la repulsión hacia el prójimo. Es tal vez el cuento más humorístico en un volumen. Al llegar a su casa, el narrador-protagonista encuentra que la casa está siendo ocupada por nuevos inquilinos a los cuales él no desea. Al hablar con su casera ésta le dice que deje entrar a quienes tengan contrato. De esta forma, como en una pesadilla, un personaje neurótico, que detesta el ruido y la gente se ve invadido por su peor temor: la otredad penetrando su propio santuario.

58

“Perdonados por quién” recrea un terremoto muy parecido al del 85 pero más actual (puesto que hay celulares), cuando dos personajes están en la biblioteca de la universidad. Un estudiante que piensa en sus problemas personales (los cuales incluyen una separación y una hija de por medio) estudia El doctor Zhivago en la biblioteca de la universidad. De pronto todo empieza a temblar y el panorama se transforma. A través de sus tristes pensamientos se refleja el panorama de devastación que le rodea y también la vida, representada por una madre y su hija que sobreviven milagrosamente. Al final las palabras faltan, o sobran: la ciudad está totalmente destruida y esas ruinas parecen ser su propio reflejo, ¿o el refleja la ciudad hecha pedazos? En todo caso ya no importa.

“La hija” es un relato acerca de la paternidad, que termina de la peor manera posible, tal como empieza: con el estallido de un avión. En un ya no tan imaginario México en guerra, en donde el narco ha ganado un enorme poder, un escritor bukowskiano recuerda a su hija y su casi nula atención hacia ella (similar al de la película “El luchador”). La hija ha logrado huir a Inglaterra y estudiar un doctorado, pero el pasado aún la lastima y al regresar a buscar a su padre se encuentra con algo terrible, casi inesperado. El nombre de la hija, Luvina, como el relato de Rulfo, no es casual. Representa la profunda desolación, tristeza y vacío que hay en el alma de esta hija.

En “Sara antes del fuego” una mujer, ama de casa, espera a que llegue su hijo, borracho. Es probablemente el cuento más al estilo “Carver” de todo el conjunto: una familia de clase media baja y algunas de sus vicisitudes relacionadas con la soledad, la angustia y el alcohol, y también la obvia violencia del marido insatisfecho y alcoholizado. Hay algo intrínsecamente patético y al mismo tiempo heroico en el estoicismo de Sara, y también algo misterioso, como un trasfondo secreto en la descripción de sus acciones: “A pesar del cansancio, no deseaba acostarse. Era como si la cama fuese una llanura inhóspita con agudos hilos metálicos esperando la dócil espalda, y ante su rostro bufara un viento astillado por el frío”.

“Hondonada” es una búsqueda sin solución, en el cual todo ocurre en la imaginación del muchacho descrito como “un lampiño jovencito de 22 años”. ¿Es acaso una alegoría del joven que llega a un sitio buscando ayuda del maestro y sale

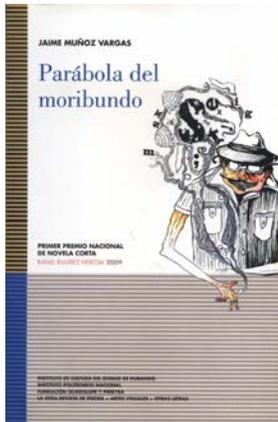
con cajas destempladas? (Recuerdo, en Xalapa, que me puse a buscar la nueva ubicación del Instituto de Investigaciones lingüístico-literarias infructuosamente, hasta que encontré la calle y pude tener acceso al doctor Renato Prada). ¿O la alegoría de los temores del joven aspirante a escritor que busca la ayuda del maestro y no consigue nada? En todo caso, la idea del cuento parece ser poner a un mismo personaje en un espejo: el pasado y el futuro como dos elementos que, a fin de cuentas, son la misma cosa, en un tiempo que, al ser relativo, no tiene la menor importancia (tan solo ese espacio urbano tan desolado como el espíritu del joven).

“El cuerpo de Sicrano”, el relato más largo del volumen, casi una novela corta, es una historia de redención con tines de Onetti, y una alegoría de la decadencia del cuerpo, al que sólo parece salvar la escritura (al estilo de la película El libro de cabecera). Enmarcado por un epígrafe de Edmond Jabés: Inutile est le liver qund le mot est sans espérance. Gabriel Sicrano y María Aspettani son los dos personajes angulares a través de los cuales se mueve la narración, ágilmente y con un lenguaje poético y de tono resignado y lento; la estructura del relato está conformada por varias fechas que no siguen un orden lineal, sino que, con saltos hacia el pasado o hacia el futuro, dejando ver diversos aspectos en la historia de los personajes. Así, nos enteramos que “veinte años y dos meses atrás, Gabriel Sicrano vivía en una pequeña ciudad de la costa oceánica y trabajaba como gerente de ventas en una compañía de productos de carne, estaba casado y tenía gemelas de ocho años”. Al parecer, el personaje ha decidido no cuidar de nadie más, pero entonces conoce a María Aspettani y siente que debe ayudarla. La relación que entre ambos se establece es a ratos ambigua y por instantes tenue, pero siempre una especie de viaje hacia la salvación personal que no llega a concretarse, pero que, el cuento parece indicarlo, vale la pena realizar a pesar de lo patético que pueda ser el mundo.

“Habla de lo que sabes” se revela como un libro de relatos mayormente oscuro, pero con algunas zonas de luz que iluminan diversos aspectos de la condición humana. Sí, están la soledad y la alienación del individuo en un espacio en el que ya no se reconoce, pero también hay otros elementos. A fin de cuentas, ¿qué es un buen relato sino hablar de lo que uno sabe para, quizá, encontrar lo que uno no sabe? Como dice el poema de Pizarnik: “No hables de los jardines, no hables de la luna, no hables de la rosa, no hablas del mar. Habla de lo que sabes”. Es entonces en la desesperanza de la vida de clase media en una gran ciudad, en el odio a la otredad, en la corrupción del cuerpo, la fantasía jamás realizada, la vida cotidiana y su chato horizonte o los lugares comunes de personajes demasiado vulgares, o incluso olvidados de sí mismos, que este libro se nutre.

*Geney Beltrán Félix, *Habla de lo que sabes*, Jus, México, 2009





La lujuria ha sido denigrada*

Daniel Lomas

59

¿Será válido afirmar que las pasiones mueven al mundo? Valga decir: ¿lo apasionado y lo desapasionado mueve al mundo? Pienso en la voracidad por el poder, en la codicia del dinero, en la inclinación a la lujuria. Pienso en el rencor, en el apetito de ser alguien, algo, algo más que una sombra sin huella en esta vida. Pienso en el amor en cualquiera de sus modalidades; pienso en la búsqueda de la belleza. Si hubiera que responder de tajo con un “sí” o un “no”, diría (corriendo el riesgo de equivocarme) que no dudo que las pasiones son la gasolina del mundo, el aceite más íntimo de la maquinaria del alma. Y bueno, si habláramos en especial de la lujuria, de la estrella de neón que es la lujuria, y si de veras nos propusiéramos ser francos, sincerísimos, o más aún, si de veras tuviéramos el cinismo de desnudar la verdad con mucho menos respeto hacia la mentira, quizá entonces no nos alarmaríamos tanto; no nos hagamos tontos: el 99.9 % de los hombres en relación a la mujer, a las mujeres, pensamos con el pene. La mujer desquicia al hombre. ¿Será necesario pedir perdón por esta expresión exagerada, verídica y machista? Creo que no.

Las páginas web porno, las películas XXX, los anuncios clasificados de los periódicos sobre la prostitución, los table-dance, las salas de masaje, las sex shop's, todo eso promueve, alberga, incita, da proteínas al gusanillo de la lujuria. Pero, como la pobre lujuria ha sido denigrada, y es casi vista como una gana desesperada de emborracharse con un vino fuerte y vulgar, y puesto que en los mismísimos archiveros de la moralidad está clasificada como baja pasión, re-probada, incluso prohibida bajo los cánones del pecado capital, aprovechemos pues aquí para matizar un poco. También se persigue a las mujeres para gozar de salud, de adrenalina, de dosis de aventura, para exaltar la emoción de vivir, para que no se oxide el corazón. Por esas razones, se beben tragos de tequila liberador, se pone un pie en las discotecas, se vuelve el hombre un detective obcecado tras el rastro y paradero de fulanita de tal, y hay quienes no saben vivir sin una novia, o sin dos, o sin más novias. Dispuesto a decir la verdad, creo la lujuria habita también en el matrimonio, sólo que los cónyuges se dan permiso de ser lingüísticamente castos y decir que no se llama lujuria sino erotismo. En resumen: el hombre se reconcilia con el mundo a través de la mujer.

Pero en fin, luego de esta digresión, de este cazador que rodea y rodea a la presa sin disparar, vamos a lo que venimos: a platicar del libro *Parábola del moribundo* de Jaime Muñoz (novela que, en el año 2009, ha ganado el Primer Premio Nacional de Novela Corta Rafael Ramírez Heredia).

Vicente Caballero: éste es el nombre de uno de los personajes protagónicos de la novela. Vicente Caballero es un tipo raboverde, un setentón que ordinariamente viste de guayabera y sombrero panamá, pantalones con valencianas, bigotito alacranado; es un fumador de cigarros Raleigh, un bohemio (léase un sabihondo de la música vernácula), pero por encima de todo es un viejillo lujurioso, un enamorado, siempre con la brújula de los latidos descompuestamente bien orientada hacia las faldas. Sí, Vicente Caballero es un viejo vitalísimo que, para su buena estrella, padece de incontinencia sexual. A las meseras de cantina las complace con jugosas propinas, a los amoríos de supermercado les envía cartas súpermelosas, y todas las mujeres, para él, da la impresión de que son caminos que conducen no a Roma sino a un revolcón en la cama. Es un romántico también (en el mal sentido de la palabra, claro está, es decir con lo que ello implica de cursi, de empalagoso, de chorreadura de miel). Es un vulgar sin pelos en la lengua. Un pícaro que practica la galantería. Un anticuado. Un donjuán sin el más mínimo sentido del ridículo.

Por otra parte, Santiago Macías es el personaje principal de la novela y digo principal

porque es él quien nos cuenta la historia, y sin voz narrativa no hay ficción; un joven de treinta y tres años que es poeta, un poeta anónimo, poeta encerrado casi bajo llave en la guarida de su departamento, consciente de que su vocación es vivir para la literatura y/o de la literatura, y prácticamente gracias a esto, lo vemos batallar tanto para agenciarse los centavos más elementales. Es un poeta peatón entre las calles porque no le alcanza el dinero como para comprarse un carro. Es un poeta normalmente abstemio porque difícilmente pagará una botella de Johnny Walker si ya de por sí un café Folger's le representa un lujo. Es un poeta que, admirador de López Velarde, se encuentra en cierta medida relegado, pues le ha tocado en suerte ser habitante de una ciudad de provincia, en este caso llamada Torreón o La Comarca Lagunera, y en el susodicho lugar (al menos en la irrealidad de la novela o ¿caso también en la vida real?) la literatura dista mucho de ser un artículo de primera necesidad. A pesar de todo, Santiago ha tomado la decisión de aislarse, de apostar su futuro en el estudioso acercamiento a los libros. Luego, con tal de subsistir, ha publicado un anuncio en el periódico en espera de incautos clientes: "Experto en escritura. Redacto en computadora trabajos de todo tipo sin errores ortográficos ni sintácticos", y ha agregado además un anzuelo extra: "También labro cartas amorosas."

A grandísimos rasgos, éstas son las radiografías de los dos personajes centrales de *Parábola del moribundo*. Ambos personajes sustentan la novela en su casi totalidad.

La trama inicia así: una tarde, el viejo Vicente Caballero se presenta en la casa de Santiago, atraído como un insecto por la luz de ese anuncio leído en el periódico. Vicente Caballero confiesa que está necesitado de una carta de amor para regalársela a una "dama superespecial", de nombre Esperancita, quien es empleada de una compañía de refacciones para coches, de aproximadamente 55 años, recatada, que fue maestra de lectura y redacción, que vive su soltería acompañada por "un perro llamado Cuco y un perico que canta con buena dicción fragmentos de Bésame mucho". Y el poeta Santiago, a cambio de unos pesos, le redacta a vuelo de tecla y le entrega días más tarde una carta de tres pliegos llena melcocha sentimental. Una semana después, Vicente Caballero regresa a casa del poeta porque la carta cayó de maravilla y ahora está necesitado, dice, de un nuevo pedido: "unas poesías". Y así, el negocio entre ambos prospera y prospera. Entre más cartas salen del tintero del poeta, más billetes entran a su menesterosa cartera. Un buen día, gracias a esas ganancias reportadas por el viejo convertido en su benefactor, el joven Santiago deambula por los pasillos del supermercado (pues al fin puede darse el lujo de comprar jamón serrano, mariscos y hasta una botella de oporto; es más, ha adquirido ya las obras completas de sor Juana), cuando de pronto se encuentra de frente con el carrito de Vicente Caballero, quien en esta ocasión viene acompañado por una muchacha de "muy buenas hechuras". Santiago, al verlos, queda completamente obnubilado desconcertado: ¿Quién es esa mujer que acompaña al viejo?, se pregunta. ¿Su hija?, ¿una empleada?, ¿Esperancita, acaso? Queda prácticamente paralizado de tan sólo pensar que aquella muchacha, sexi e inalcanzable para él, sea la destinataria de las cartas que le manufacturó a Vicente. Al cabo de unos días es el propio Vicente Caballero quien resuelve el misterio, pues le aclara

a Santiago: "Sé que a usted tal vez no le interesa, pero lo considero amigo, y como es mi amigo, a los amigos no se les miente. La verdad es que no me contento con una sola vieja, aunque sinceramente he querido definitivamente sentar cabeza. Las cartas las pedí para enviarlas a Esperancita, pero como estaban muy bonitas pasé en tinta muchas partes y se las mandé a otra mujer, a la que usted vio acompañándome en el súper. Tiene 35 años, está rebuena, es divorciada y parece que no le soy desagradable. Antier le di para sus tunas, me la cogí. Está mejor que Esperanza, ¿no cree? Es chula esa cabrona. Por eso vengo, para que me escriba otra carta con mucho sentimiento".

Ahí queda ya pintado el pícaro perfil del viejo Vicente. Y ese negocio de las cartas es, también, un pretexto desde el cual se fermenta una amistad entre ambos personajes. Páginas más adelante vemos cómo el viejo Vicente Caballero—quien por cierto tiene más de barbaján que de caballero—, sonsaca de continuo al joven Santiago para que clausure los libros por un rato, salga de su cubil de solitario y ceda a la tentación de acompañarlo en las parrandas. De esta suerte, en *Parábola del moribundo* uno asiste a un itinerario por el mundillo de las cantinuchas, los salones de baile, los table dance, las discretas salitas de masaje, todos esos rincones donde reina la noche, el trago de alcohol, la música de las rocolas y las mujeres de la vida alegre que a su vez son de la vida sórdida; en esas aguas pantanosas el viejo Vicente Caballero nada mejor que un sabio cocodrilo; ahí encuentra su felicidad a destajo: goza sus aventurillas, sus amoríos con las meseras, con las bailarinas del tubo, con la mujer que se preste o se deje comprar, sea quien sea y cómo sea, pero que sirva para enfriar el fuego. Mientras tanto el poeta Santiago, testigo de esos recreos de la carne, va absorbiendo cada uno de los pormenores del espectáculo, a veces de buena o de mala gana, contento u obligado, sin percatarse por completo de que esa vagancia a través de las calles nocturnas conforma el material de una futura novela que habrá de escribir. Y los dos divertidos fantasmas no dan por terminada la fiesta sino hasta que se apagan el neón y las estrellas del amanecer, ya muy cerca de la hora de la resaca.

Por otra parte, dice el diccionario que una parábola es una narración de carácter pedagógico y moral, mediante la cual se reviste una idea o el pensamiento que se busca expresar con las ropas de una historia creíble y aceptable para todo el mundo; hablar en parábolas significa también expresarse en forma poco transparente o enrevesada. En ese sentido ya el título mismo de la novela es para mí una parábola, porque no veo claro quién diantre es el moribundo: si el viejo raboverde de Vicente Caballero, quien, por estar en la edad de la marchitez, tiene hipotéticamente los pies más cerca de la tumba (subráyese hipotéticamente), o si Santiago es el moribundo, porque de pronto a él se le escapa la vida pues le falta el dinero para costear a las musas y la tarea de subsistir le representa en sí misma una dificultad. Pero, bueno, lo que quiero resaltar es que a lo largo de muchas páginas el viejo de setenta años es, en apariencia, mucho más vital que el joven de treinta y tres, y sin duda ambos personajes se contrastan el uno al otro y son como un par de platillos que componen una balanza en equilibrio perfecto. El viejo lleva un tren de vida lleno de mujeres, el joven es un solitario; el viejo es un vulgar, el joven aspira a ser poeta; el

viejo goza de lujos (despilfarras, por ejemplo, más de dos mil pesos una noche de juerga en un table dance, da propinas generosas, y su carro luce siempre limpio, impecable, nuevo, refrigerado, es una "bala de plata") el joven en cambio está sometido al apuro de vivir al día (y viaja en autobús); el viejo es un entusiasta, el joven un prudente del pesimismo. Pero en fin, quienes han seguido las ficciones de Jaime Muñoz saben bien que ésta es una de sus mejores armas: delinear a los personajes hasta en los ínfimos detalles y a la postre volverlos memorables al lector.

Y bueno, como lector lagunero que inevitablemente soy, me resulta ineludible hablar del color local, del calor, de la atmósfera física en la que flota la ficción. No opino que se trate de una novela regionalista; sin embargo, es indudable que en *Parábola del moribundo* respira o mejor dicho transpira La Comarca Lagunera (Torreón, Gómez Palacio, Lerdo y otros satélites del polvo). Para mí, es divertido ver de pronto una colección de instantáneas de mi ciudad, fachadas que conozco, calles que he pisado, negocios que tan verificable y realmente existen que incluso pagan impuestos o bien que ya únicamente los podemos hallar en el baúl del olvido porque han cerrados sus puertas, derribados o por quiebra, o que bien cambiaron su domicilio y con ello modificaron un mapa sentimental. Las cantinas de la calle Múzquis, el "Gota de Uva", "La Movida", el mercado Alianza, el mercado Juárez, la tienda de los chinos, el Teatro Isauro Martínez, el boulevard Revolución, el Adolfo López Mateos, los hoteles de paso "El Pingüino" y el "Exxtaxis", la presidencia municipal en la avenida Matamoros, el café Benavides en la avenida Morelos, el "Rincón del Montero" en Parras de la Fuente, la taquería "La Joya", el restaurante "Los Globos", la carretera a Matamoros, los table dance "Blue Fox" y el "Boomerang", la discoteca "Amnesia", el "Bar Papillón" (aparte, una alusión al programa televisivo "El caminito del saber" y otra a la tienda de "Chácharas y juguetes"), el lecho del río Nazas, el puente que une a Torreón y Gómez, en fin, todo eso y más compone y/o descompone el escenario, el terregoso decorado y el a veces raído telón de fondo por donde transitan los personajes, sin que falte, por supuesto, la aparición de una tolvanera.

Además de ser una historia de correrías amorosas, en *Parábola del moribundo* asistimos también a la descripción de un mundillo intelectual de medio pelo, canalla, hostil. El poeta Santiago, empujado por la insolvencia de sus bolsillos, decide enrolarse como reseñista en una revista de nombre Magazine del sol, cuyo director, Juan Carlos Peniche, un individuo perfumado en todo momento con loción Paco Rabanne pero enturbiado con el mal olor de su aliento, es prácticamente un gánster de la cultura. Éste utiliza las páginas de la revista para licuar una supuesta crítica literaria con chismes de la política. Desde allí se lanzan piedras, afrentas, burlas, menosprecios y descréditos contra todo aquel que sea contrario a los intereses retorcidos del señor director Peniche. Así pues, Santiago Macías es contratado como reseñista estrella, con la encomienda de hacer no una crítica sana y objetiva de las publicaciones de sus congéneres, sino de despedazarlos, de aniquilarlos, de destruirlos sin miramientos como si fuera un francotirador de las letras. Para colmo, Juan Carlos Peniche invita al poeta Santiago a una reunión (un supuesto convite de carne asada y cervezas) para que conozca el círculo de allegados, un grupo de seudointelectuales, de escritores

frustrados, escritores que no escriben, a quienes ya se les fue la vida de largo tan tristemente como una cuartilla en blanco y, que, corrompidos de envidia y de vanidad, patean contra todo el que intente sobresalir. De manera que tarde o temprano veremos al poeta Santiago escapar de aquella cloaca, así sea suicidamente, en fin.

Las ficciones de Jaime Muñoz merecen que uno les siga la pista muy de cerca. *Parábola del moribundo* es la tercera novela publicada por este buen amigo y escritor lagunero. Sin embargo, es oportuno recordar la suerte que ha corrido su par de novelas anteriores: en 1998 *El principio del Terror* fue finalista del Concurso Nacional para Primera Novela convocado por la editorial Joaquín Mortiz; luego, en 2001, *Fervor de Santa Teresa* (poco más tarde rebautizada como *Juegos de amor y malquerencia*), fue galardonada con el premio Jorjue Iburgüengoitia. En conclusión, hay tres títulos novelísticos en la nómina de Jaime Muñoz y ninguno ha pasado desapercibido para críticos y jurados. Ahora bien, uno se puede preguntar qué ha sucedido con Jaime Muñoz que tardó o esperó un lapso de ocho o nueve años antes de sacar a la luz esta nueva novela, ¿ha estado inactivo o qué?, ¿se fue de vacaciones a otro planeta o qué? En realidad, en el ínterin, él ha bombardeado la literatura con un arsenal de cuentos estupendos, muchísimos de ellos dignos de figurar en las antologías de mayor renombre. Las manos del tahúr, *Ojos en la sombra*, *Polvo somos*, *Leyenda Morgan* (por cierto, este trabajo está a caballo entre la novela y el cuento), son éstos algunos de los títulos nacidos de su tintero en el último decenio, y por buena fuente sé (y porque lo conozco personalmente) que hay más papeles ron-cando en el cajón de su escritorio, en espera de la hora de tirar el zarpazo. De paso, hay que decir que en 2005 recibió el premio de cuento San Luis Potosí y el de narrativa Gerardo Cornejo. Pero en fin, decía y digo, es bueno seguir con lupa en mano los trabajos narrativos de Jaime Muñoz, que, sumados a la poesía, a la crítica y a un quehacer periodístico no exento de guiños literarios, ya empiezan a pesar (y no me refiero obviamente a que ocupen mucho espacio en el entrepaño del librero donde los tengo alineados, no), ya empiezan a pesar o ya pesan. Enseguida me explico: a Jaime Muñoz lo comencé a leer hace más de doce años; fui leyendo sus libros uno tras otro (una novela, primero, un volumen de cuentos después, y así sucesivamente), los fui leyendo conforme él los sacaba del rodillo de la máquina de escribir, casi con la tinta aún fresca, y aunque cada uno en sí mismo era valioso, y aunque suene desdeñoso lo que voy a agregar, digamos que se trataban de títulos sueltos; recién ahora que he leído con *Parábola del moribundo*, me hizo chispa en la neuronas y caí en la cuenta de que en realidad no he venido leyendo libros sueltos, sino que, sin percatarme casi, sutilmente casi, he leído la obra literaria de un autor (quizá esto que voy diciendo sea lo más importante de mi reseña). Suena fácil decir una obra literaria, pero eso no se alcanza sin castigarse en exceso las nalgas y la propia columna vertebral de tanto pasársela frente a la cuartilla. No cualquiera lo logra. No cualquiera aguanta el maratón y sin calambres en el cerebro.

Pero en fin, no únicamente es lícito leer los libros de Jaime Muñoz por el hecho de que hayan recibido las palmas de los jurados, ni, leerlo hoy para recordarlo mañana cuando su nombre brille con mayor intensidad, sino por una razón más

Reseña (libros)

62

profunda y sencilla. Porque los libros de Jaime Muñoz serán siempre un gran divertimento. La mayoría de sus ficciones está escrita a puro latigazo de buen humor. Un libro de él no se nos caerá de las manos por aburrimiento. Uno no brinca una página en la que no estén presentes el ingenio, la inteligencia, la mordacidad con que avanza la anécdota. Digamos que la mecha del humor negro está siempre encendida, a punto de detonar. En ese sentido, no sobra hablar tampoco de que su prosa es limpia, educada en un oficio de años, grata al oído, perfectamente bien vitaminada de imágenes y de ocurrencias (técnica, técnica, dominio puro de la técnica), sin embargo, a la hora de la verdad, a la hora de abrir los libros de Jaime Muñoz, uno como lector se olvida de todo eso, olvida incluso que lee a un narrador colmilludo que ha recibido premios, y como si todo eso al fin y al cabo pasara a segundo término o mejor dicho como si todos esos elementos dieran un salto a favor del lector, uno es literalmente absorbido por la escritura y se dedica a algo mucho más grato e imborrable: a disfrutar la ficción a cada vuelta de página.

Vargas Llosa ha afirmado que la narrativa se nutre de carroña. Juan José Arreola, en una entrevista, planteaba un dilema más o menos con esta idea: si un escritor se propusiera escribir desde la bondad, desde los sentimientos nobles y puros, correría el riesgo de ser tomado por un ingenuo, y su trabajo, sin duda, por reputarse semejante al de Walt Disney. Ahora bien, no está de más que la literatura dé un paso adelante y a ratos se despoje del pesimismo (acaso, en ese sentido, uno de los más notables ejemplos sea *El viejo y el mar* de Hemingway). No se trata, obvio, de heredarle una moraleja al lector, pues la literatura no es catecismo de domingo, ni cátedra de moral, ni mucho cursillo de motivación personal; pero, por qué no dar cabida de vez en cuando al lado bueno del ser humano, si tanto lo negro como lo luminoso son inherentes al mentado homo sapiens. Así pues, considero que en las páginas finales de *Parábola del moribundo* se brinca esa traba de la carroña (claro que no voy a dar aquí detalles de cómo se brinca; descubrirlo será ya tarea del lector), pero insisto, hay un gesto noble que constituye una puerta de escape del estiércol. En resumen, *Parábola del moribundo* es la historia no de uno sino la de un par de moribundos, que pese a todo persisten, resisten, sobreviven, cada uno entregándose al fuego de su pasión aún bajo el riesgo de que ese fuego los pueda achicharrar. O para decirlo de un modo moralmente edificante: Vicente y Santiago se echan al ruedo y agarran la vida por los cuernos.

*Jaime Muñoz, *Parábola del moribundo*, La Cabra Ediciones, 2010.



Marihuana: el despertar de los sueños muertos

Mariela Franco Portillo 63

Marihuana. Cannabis. Mota. Concepto controversial y de aspecto morboso que circula bajo la tela del tabú social. Para unos considerado como una droga con efectos encantadores y para otros depositado en la vasija de lo prohibido y perverso, pero al final tan poco explorado, amenazando con quedarse simplemente como tema de relevancia política o biológica, evitando un conocimiento holístico, un mayor acercamiento al por qué y cómo de su consumo. Sin embargo, ¿Cuál es su discurso social?, ¿A qué necesidades responde? El artículo no es otro escrito que trata de convencer al lector de sus consecuencias constructivas o destructivas que el consumo de cannabis lleva, ni de satanizar o divinizar los efectos que esta provoca. Mi único propósito es de fomentar consciencia social, reeducar el pensamiento que, a mi forma de ver, muchas veces es cegado por los prejuicios sociales concebidos como propios sin cuestión previa (como seguramente muchos otros temas). Sin embargo, en este caso, la droga no representa un fin que sea foco de crítica y acción, sino un medio de conocimiento que nos lleve a una explicación más profunda del comportamiento del ser humano.

Durante miles de años diferentes sustancias con efectos alucinógenos y psicodélicos que se encuentran dentro de la naturaleza fueron descubiertas, producto de la curiosidad del hombre, y utilizadas por diversas culturas como formas de ritos espirituales. Un ejemplo de lo anterior lo representa el chamanismo dentro del cual se encontraban personas que eran un vínculo entre la divinidad y la comuna, siendo considerados sabios y respetados dentro de su cultura. Las sustancias ya mencionadas se empleaban como medio místico para alcanzar el éxtasis, éste entendido como un estado sagrado del ser. Dichos ritos de nuestro pasado ahora, casi olvidados.

Las plantas psicodélicas, y las instituciones chamanicas que su uso implica, son consideradas herramientas imprescindibles para explorar las profundidades interiores de la psique humana. Los chamanes psicodélicos constituyen actualmente una subcultura, que va en aumento y es de alcance mundial, de exploradores hiperdimensionales, muchos de ellos preparados científicamente.

Hago alusión al chamanismo puesto que por muchos años se descubrió una estrecha relación entre la marihuana con la interiorización del sujeto, es decir, nuestros ancestros encontraron que cierta sustancia tenía la capacidad de llevar al sujeto que la consumía a un estado de mayor consciencia de su entorno y de sí mismo.

La mayoría de las personas conocemos los efectos orgánicos que la marihuana provoca, como son: agudeza táctil, gustativa y sobre todo auditiva, pérdida de la noción del tiempo, descenso considerable del nivel de atención, relajamiento muscular, etc., lo cual, a mi parecer, el individuo en el momento de ingerirla o inhalarla llega a un estado de relajación total, en un momento digamos de trance, donde sus músculos corporales y faciales se encuentran en un estado de descanso e hipersensación, liberándose de toda tensión generada por el estrés, diría yo, el sujeto comienza a sentir su sola presencia, centrándolo en el aquí y el ahora.

Existen algunos autores como McKenna (1992) y Pinchbeck (2002), los cuales se han tomado la tarea de investigar de manera cercana los efectos y las raíces de ciertas sustancias en nuestra naturaleza, entre la cuales hace referencia al cannabis como un medio liberador de sensaciones físicas y emocionales, el cual transporta y envuelve al hombre que la consume en un mundo interno, un “despertar” de sí mismo y de las cosas que lo rodean, un estado de confort al que no desea salir, cuya experiencia resulta placentera para el sujeto.

Si esto es así, el sujeto al consumir dicha planta, situado a consecuencia en el aquí y el ahora, lo lleva por añadidura a un contacto con su propia existencia, desplazándolo a un estado donde el sujeto es observador-partícipe de su exterior, pudiendo diferenciarse por un momento de lo externo, dándose por lo tanto cuenta de su propia presencia y autonomía, es aquí donde yo haría al llamado “despertar” que nombran nuestros autores, brindándole la oportunidad de ser observador de su propio pensamiento, lo cual, el sujeto comienza a experimentarse a sí mismo de manera individual, acallando el ruido mental y las distracciones externas, volviéndose por primera vez agente observador de su propia existencia, tanto interna como externa.

64 Esto me hace recordar al día que le pregunte a un amigo consumidor, si la “mota” hacía pensar de mejor manera, respondiéndome con espontaneidad “no, sólo te hace pensar diferente”. Y ¡por supuesto!, me dije, no quiere decir que todo aquel que lo consume se hace brillante desde luego, sin embargo, en un mundo posmoderno donde el estrés y el ruido se ha vuelto parte de nuestra rutina, donde existe una carencia de apreciación de nuestro alrededor, donde la preocupación por el futuro es nuestro monstruo mas hostigador. Somos seres expertos en pronosticar lo venido, tanto que nos hemos olvidado de que existimos, encasillándonos por miedo a ciertas formas de vida ya estructuradas y compradas. Mundo superfluo e hibrido creado que casi no nos da la oportunidad de hacer despertar a nuestras sensaciones. Es aquí donde, a mi parecer, la marihuana viene a hacer presencia, no como un fin, sino un medio de la búsqueda de este “despertar” de sensaciones, producto de la inconformidad de verdades impuestas, búsqueda de ese algo más que eleve la propia existencia.

Sueños muertos, eso es lo que nos hemos convertido, una sociedad de sueños muertos a la que hace falta provocar. Ahora podemos desplazarnos hacia una nueva visión de nosotros mismos y de nuestro papel en el mundo. Ahí radica el misterio, en el corazón del desierto del mundo no-reflexivo. Con esa curiosidad que nos delata, poseemos sueños y esperanzas que nos diferencian de lo otro. Hemos estado dormidos durante demasiado tiempo, encantados por el poder de la ilusión material que cede a las partes menos nobles de nosotros mismos. Ha llegado el momento de una reeducación social, donde la premisa sea el contacto con la existencia misma, ahora mísera; ha llegado la hora de que hagamos llamado al despertar del cambio de nuestra mente y nuestra alma: nuestro sentido de ser.

Marihuana: El despertar de los sueños muertos. Una droga, hasta ahora, instrumento por la búsqueda de una comprensión cada vez más profunda del hombre, resultado de la insatisfacción en un mundo que enajena, con la esperanza de que aquí, en un mundo que nos vuelve a contactar con lo más primitivo de nosotros, casi olvidado: la belleza del ahora. Donde tal vez la ley del más fuerte no sea de aquel que sobreviva, sino será de aquel que se atreva a vivirla, encontrando la gloria en busca del significado en el pensar y sentir, que, como decía McKenna (1992:) en El Manjar de los Dioses, “jugando por fin en los campos de un Edén reencontrado”.



Los 50 más poderosos de la clase política autóctona (Coahuila)

Jorge E. Reza Alva

65

En la lista hay de todo, como en botica: ex-gobernadores, co-gobernadores, clanes, camarillas, parientes, juniors, bebesaurios, priistas, panistas (e incluso un perredista), reciclados, aferrados, aspirantes (y suspirantes, diría Don Daniel Cossío Villegas) y hasta un líder sindical. Es el *who is who* Coahuilteca.

El ranking lo publica el diario Vanguardia (Saltillo, Coah.) y está disponible en su domicilio electrónico .

Un somero análisis de la lista nos permitirá esbozar una radiografía del poder político en la entidad.

CUATRO HERMANOS

En primer término destaca el hecho de que en esta lista de 50 personajes hay cuatro hermanos: Humberto Moreira Valdés (gobernador, PRI, # 1), Rubén (Diputado Federal, PRI, # 2), Carlos (líder del SNTE, PRI, # 9) y Álvaro (Desarrollo social de Saltillo, PRI, # 36).

Sobre parentesco y política en México mucho ha escrito el investigador estadounidense Roderic Ai Camp, conviene releerlo.

Hasta donde yo recuerdo, este póquer de hermanos es un fenómeno nuevo en la entidad: todo indica que las tenazas del PRI y el SNTE operan de forma eficiente en el estado.

CUATRO MUJERES

Son las que figuran en la lista y ocupan un lugar “de media escalera para abajo” en el ranking: Hilda Flores (PRI, # 25), Esther Quintana (PAN, # 33), Tom Vives (PAN, # 35) y Mary Thelma Guajardo (PRD, # 37). Hay que subrayar que tres de ellas militan en partidos de oposición.

CINCO CACHORROS

Son los mencionados en el grupo de los 50, hijos de políticos prominentes: Fernando de las Fuentes Hernández (PRI, # 11), Román A. Cepeda González (PRI, # 27), Juan A. Marcos Villarreal (PRI, # 28), Enrique Martínez y Morales (PRI, # 32) y Héctor Fernández Aguirre (PRI, # 41). ¿Es necesario mencionar el nombre de sus respectivos padres? Baste con decir que tres de ellos son hijos y uno nieto de ex gobernadores de Coahuila.

TRES PARTIDOS POLÍTICOS

De la lista de 50 personajes: el 4% pertenece al PRD, 14% al PAN y 82% milita en el PRI. La hegemonía del tricolor es clara.

TRES EX GOBERNADORES

La tercia la encabeza Enrique Martínez y Martínez (PRI: 1999- 2005, # 23), le sigue Eliseo Mendoza Berrueto (PRI: 1987- 1993, # 42) y cierra el triangulo Rogelio Montemayor Seguy (PRI: 1993- 1999, # 45). Son los tres consecutivos anteriores al actual gobernador.

El análisis de la lista podría continuar: por región, grupo de edades, tipo de cargo que se ocupa, etc. Pero basten esas cinco pinceladas para perfilar un retrato (con todas las limitantes: en blanco y negro, tamaño infantil y sin retoque) de la clase política en Coahuila.

Y como ocurre con este tipo de listas: “ni están todos los que son, ni son todos los que están”, es una visión que proviene del centro (Saltillo).

66



Sus nombres pesan en las calles de Coahuila por la influencia de sus decisiones. Este último año han hecho hasta lo imposible por escalar en su poderío. Aquí la lista por orden de importancia...

POR VÍCTOR MANUEL SÁNCHEZ VALDÉS

Por cuarto año consecutivo, Semanario le pone nombre y apellido a los eslabones políticos. En un ejercicio de análisis basado en resultados electorales, discursos, cargos públicos, propuestas, decisiones y tropiezos, nos atrevemos a tomar una instantánea de la política coahuilense.

El listado documenta la caída de hombres antes encumbrados y vertiginosos ascensos de una nueva élite. Este zoto tiene varias particularidades: las elecciones de Diputados Federales y Alcaldes hicieron de esta edición un juego de las sillas donde cada quien iba tomando un puesto diferente, también es de notarse la disminución de políticos provenientes de la oposición como nunca antes. Sin mayor preámbulo, así están las piezas del juego a un año de elegir Gobernador.



Tú como Ellos

Sé Voluntario

Vive la experiencia de un Año trabajando con Grupos Voluntarios como Migrantes, Comandantes Rurales y Niños

voluntariadojesuita.org.mx

POSGRADOS

Estudios con reconocimiento de validez oficial por decreto presidencial del 3 de abril de 1981.



IBERO

OTOÑO 2011

Maestría en Calidad (Inicio 8 de Agosto)

Maestría en Administración y Alta Dirección (Inicio 8 de Agosto)
y Dual MBA Jones International University

Maestría en Procesos Educativos (Beca de apoyo a la educación 50%. Inicio 12 de Agosto)

NUEVAS MAESTRÍAS

(Inicio 8 de Agosto)

Maestría en Desarrollo Humano

Maestría en Terapia Familiar

Maestría en Administración de Proyectos

SOMOS
IBERO
TORREÓN®

Informes:
7051068

Planes atractivos de pago.

Pregunta por los convenios con las diferentes cámaras y empresas para los estudios de licenciatura y maestrías.

www.iberotorreon.edu.mx